

CARAS Y CARETAS

—Pero, ¿usted sabía imprimir, don Marcelo?
—¡Cómo no! Y pienso batirle el record a mi antecesor.

"CASA PALMA"

GRANDES ESTABLECIMIENTOS SUDAMERICANOS DE CALZADO

CORRIENTES, 838 — Buenos Aires — C. PELLEGRINI, 78

Dirigir correspondencia a CORRIENTES, 838. SOLICITEN CATALOGOS

















ZAPATITOS CHAROL PLANTILLADOS, DEL 16 AL 25 a $ 1.90

PRIMORES de SEVILLA



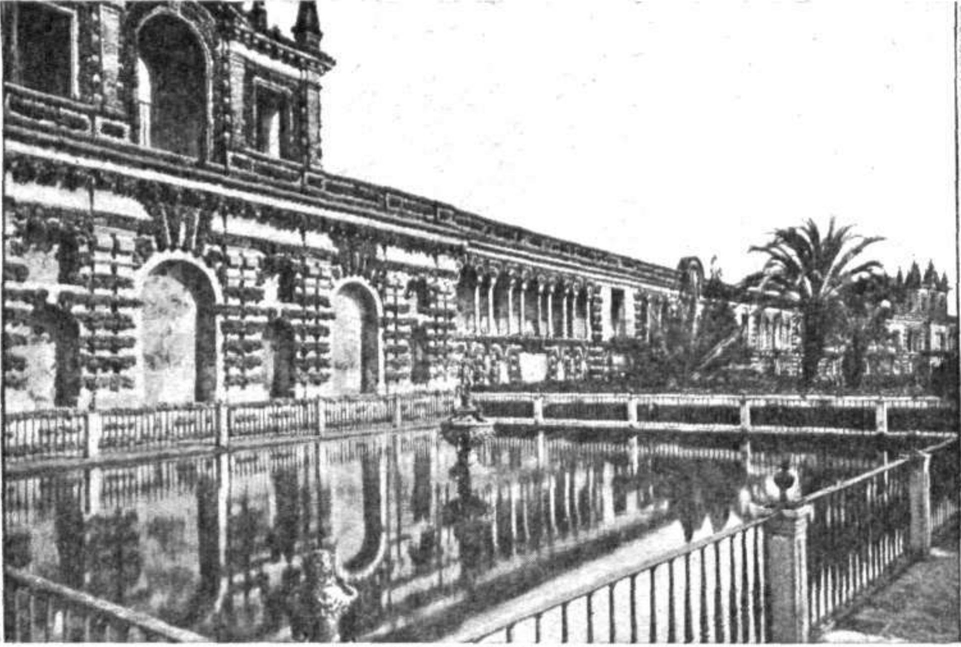
Los MARAVILLOSOS JARDINES *del* ALCÁZAR REAL

TRAS el espléndido edificio de los Reales Alcázares, que mandara reedificar el Rey Don Pedro I de Castilla y aún más hermosear Carlos V, se muestran como lugar de maravilla y de regalado sosiego, los jardines del Alcázar sevillano.

Un perfume sutilísimo de arrayanes morunos y un penetrante aroma de jazmines y naranjos, llenan al visitante de suave embriaguez. Y los ojos comienzan a iluminarse de reflejos de sol y de admiraciones, ante el pequeño jardín, que sirve como de antesala a los otros, inmensos y magníficos.

Y luego, ¡qué regocijo el de nuestra alma ante el llamado «Jardín del Estanque»! Una ancha alberca de aguas verdosas y limpias, constituye la singularidad de esta pieza. Rodéala precioso barandal de bronce pulido y en su centro se al-





El jardín del Estanque

za una afiligranada copa con geniecillos relevados y una gentil estatuita de Mercurio, todos de aquel metal.

Por este lado y formando el frente principal de los Jardines, se eleva un muro revestido de pinturas al fresco y de piedra arenisca, sin labrar, y desde su altura se abarca todo el bellísimo panorama de estos jardines únicos.

Por una escalerilla se baja al jardín de la «Danza», así conocido por las estatuas de una ninfa y un sátiro que, en actitud de bailar, se elevan sobre los capiteles de dos robustas columnas de mármol, bajo las vistosas ramas de corpulentos magnolios.

Continúan tres patios, conocidos por el «Jardín de la Gruta».

Por el «Jardín del Príncipe» que decoran arcos de cipreses, se pasa al nombrado «Rústico».

Una cancelilla de hierro, da paso al del «Laberinto», así designado por el que formaban sendas limitadas por macizos de boj, hoy desaparecido.

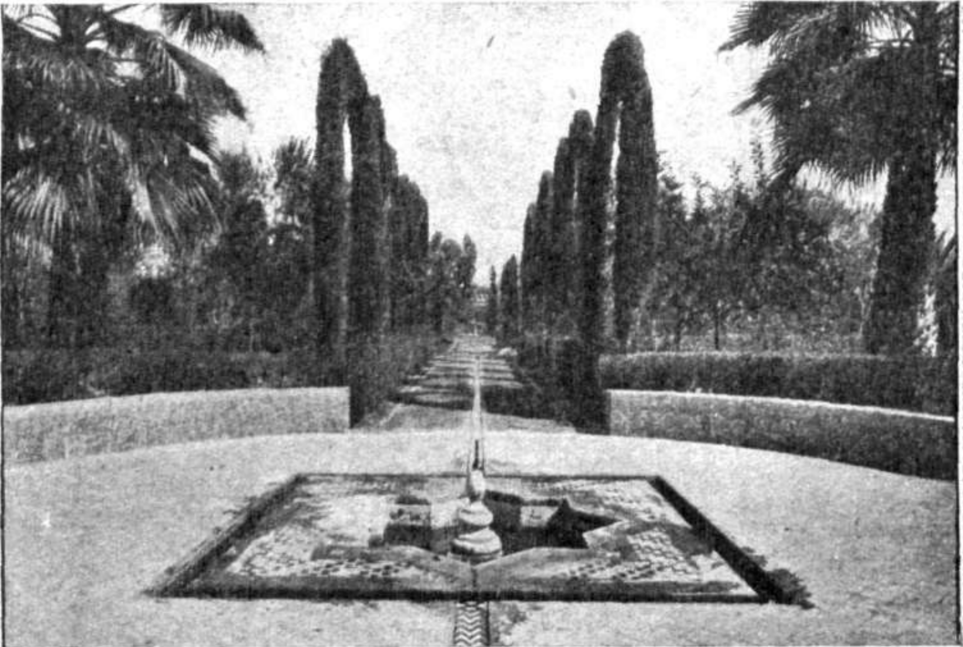
Por una portada de material, se pasa al «Jardín Grande», que está dividido en cuatro compartimentos.

Frontero está el «Pabellón» de Carlos V.

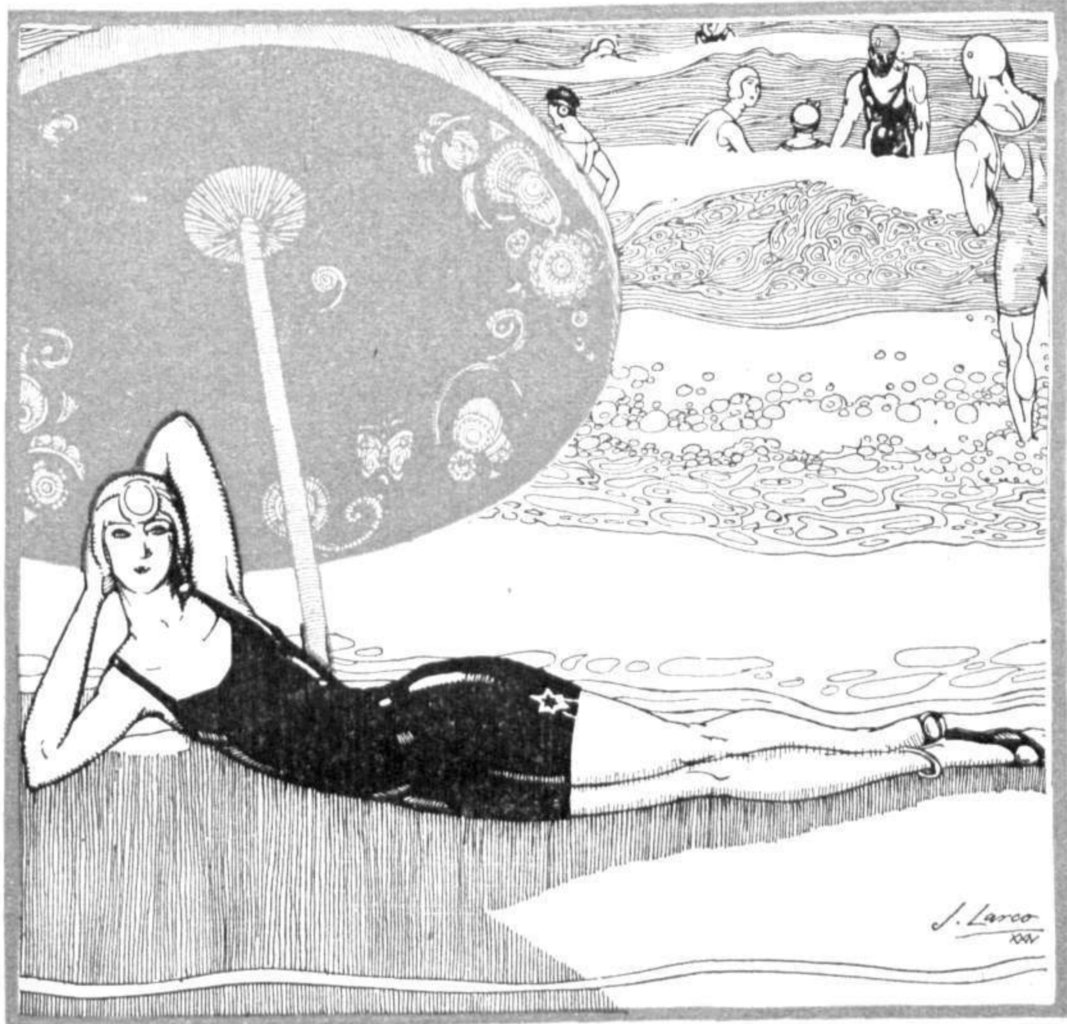
También son de admirar los juegos de aguas, los árboles y plantas nacidos de las semillas que mandara traer de América Felipe II.

Estos renombrados jardines, tan bellos y maravillosos a la clara luz del día, como entre el ropaje de sombras de la noche, serán siempre gustoso recreo de los sentidos y manantial abundante de emociones.

J. MUÑOZ SAN ROMÁN



El paseo de los cipreses



JUNTO AL MAR

Sobre la arena rubia el cuerpo rosa oscila
felino. Se desmaya en él la luz brillante
de la mañana cálida. El agua de diamante
acaricia las curvas y se aleja intranquila.

El sol pone en las gotas que humedecen el cuello
fúlgido, las aristas de un cristal veneciano;
como una rosa emerge de la arena la mano
y como nieve asoma entre el negro cabello.

Llega una alegre brisa del mar que tornasola
sus aguas. La mirada insondable y dormida
como la veleidad misma de nuestra vida
corre tras el vaivén de la espumosa ola.

Y la pupila absorta, brilla húmeda e inquieta,
y el cuerpo en un derroche de ansiedad voluptuosa,
muévese y deja sobre la arena temblorosa
la huella perfumada de una inquietud secreta.

Vese el metal del mar que azulando la playa
regresa más pujante. La ola alcanza los brazos
y musical y amante se deshace en pedazos
como el cohete de luz que se abre y se desmaya.

Y en el cuerpo de nieve quedan abandonadas
las gotas temblorosas de transparencia única,
mientras el sol derrama su fulgor como túnica
y las torna doradas.

BARTOLOMÉ GALÍNDEZ

DIBUJO DE LARCO

LOS DE AYER



MANTEGAZZA

Volúmenes de divulgación científica, amenizados por un estilo literario fácil y atrayente, y su libro *Testa*, que con el *Cuore* del inolvidable D'Amicis, es de lo mejor que puede ponerse en manos de los niños, han popularizado entre nosotros el nombre de Paolo Mantegazza, el célebre psicólogo, poeta y literato italiano. Lo que no se ha divulgado lo bastante entre los hombres de las generaciones actuales, es la noticia de que Mantegazza convivió con nuestros padres y abuelos la época argentina de la organización, pues anduvo por estas tierras después de Caseros.

— Cuando Mantegazza estuvo aquí—decíanos una señora que, por su edad, constituía una reliquia y por su memoria una maravilla.

— ¿Aquí en Salta?

— Sí, pues, aquí en Salta, allá por el año cincuenta y tantos. Me acuerdo que era muy buen mozo aquel italianito... Le queríamos mucho, y aunque no le entendíamos del todo cuando hablaba en su lengua, tenía una voz tan dulce, se apasionaba tanto, era tan elocuente, que nos embobaba, oyéndole durante horas... Después me han dicho que en su país, en el Senado, se lució como orador político, y no me extrañó. Buena práctica llevaba de por aquí, después de habernos contado cosas tan lindas, y ¡hasta versos!...

¿Cómo vino a parar aquí aquel joven médico, recién obtenido su título en la universidad de Pavía, con fama ya en su patria, de poeta y de hombre de ciencia, que a los diez y nueve años de edad obtenía un premio con un poema en verso, y poco después admiraba al auditorio del Instituto Lombardo con la lectura de su tesis sobre la generación espontánea?

También aquí busquemos a una mujer... Por culpa de una «pasión violenta e infeliz» — dice uno de sus biógrafos, resolvió viajar, distraerse, olvidar. Recorrió algunos países europeos, pero desde ellos sentía demasiado cerca el lugar italiano donde habíase enmarañado por primera vez su corazón. Para poner más distancia entre su amor y «ella», cruzó el océano. Aquí ejerció su profesión con mediana fortuna, sin dejar sospechar el glorioso porvenir que le aguardaba. «Estuvo en la República Argentina, en el Paraguay y en Salta (Estados Unidos)» — dice «pintorescamente» la enciclopedia Espasa, (Tomo M., página 1021). Ese «pequeño error» geográfico nos lo aclaró ya aquella señora buena que recordaba los días en que el médico vivió en el valle de Lerma y para olvidar aquella «pasión violenta», que lo arrojara de su patria, se prendó de la mirada de una bella salteñita y con ella formó su hogar...

— Casó con una niña Tejada, hermosa, perteneciente a una de nuestras familias patricias, el año 56. Mantegazza tenía entonces 25 años y era ya un médico querido y respetado por todos. Fué de los primeros que se ocupó en combatir las fiebres palúdicas por métodos científicos. Recuerdo que entre las cosas que elogiaba incesantemente, después de los ojos de las salteñas, era el vino rojo de Cafayate. «Estos vinos — decía — avergonzarán a los más célebres de Francia, cuando entren en la circulación europea. El de Cafayate es un Borgoña elevado a la quinta potencia...» Era también un entusiasta por la *aloja* y la *chicha*, lo que él llamaba, la cerveza y el vino de los incas, respectivamente, y cuyo uso recomendó siempre, sin éxito, a los labradores de su país, que continúan prefiriendo, naturalmente, el buen vino de uva...

Dos años después, se marchó a Buenos Aires, en compañía de su esposa, con el proyecto de pasar a Italia y regresar a ésta con trabajadores rurales lombardos para formar una colonia. ¡Qué Mantegazza! Daba gusto oirlo proyectar la colonización de Salta por sus paisanos. La familia de Tejada estaba desesperada al verlo partir. ¡Italia está tan lejos! Algo les avisaba que Mantegazza no volvería por estos pagos... Y así no más fué... No volvieron nunca, ni de paso.

Al regresar a su patria, obligado por los sucesos políticos, debió abandonar sus bellos proyectos de colonización y dedicarse a la medicina. Comenzó a trabajar con ahinco y con fe, y desde aquellos días arranca la biografía que le conocemos.

Fruto de sus viajes por la América española, fué su libro «Río de la Plata y Tenerife». «Algunos — anotaba en el prólogo de la segunda edición, — me han reprochado el haber sido demasiado indulgente en mis juicios... y me acusan de haber empleado colores excesivamente rosados. Me he golpeado el pecho y realizado un profundo y valiente examen de conciencia, y he dejado los mismos colores, porque me parecía que ese color respondía al róseo horizonte de aquel país joven y robusto que valerosamente combate las primeras batallas de la vida y que tiene por delante un porvenir de horizontes infinitos...» «Ayudemos — terminaba diciendo, — la obra de la naturaleza que acaricia a los afortunados y salva a los mejores. Entre estos, sin escrúpulo alguno, yo coloco al pueblo argentino.»

Como se ve por esas breves frases que copiamos, el ilustre italiano, llevó y conservó, junto con su consorte argentina, las más simpáticas impresiones de nuestro país, y fué, durante toda su larga vida de hombre de estudio y de político, de los más sinceros y entusiastas amigos que tuvimos en Europa.

Razones políticas e impostergables ocupaciones científicas, que fueron elaborándose hasta su último día, no le permitieron realizar el ansiado y cien veces prometido nuevo viaje a nuestro país. Hubiéralo efectuado con placer y curiosidad aquel buen médico - poeta, que tuvo para las mujeres porteñas páginas elogiosas que será bueno reproducir; aquel profundo observador que dejó señaladas las características raciales de estos pueblos; aquel lírico, en fin, que sabía asentar sus ensueños sobre bases científicas para augurarnos días de grandeza y de gloria, conquistados en la paz por el trabajo.

B. GONZALEZ ARRILI

FIRMAS ESPAÑOLAS

PARA "CARAS Y CARETAS"



SUPERSTICION Y MISTERIO



AUNQUE nos sea familiar, por lo conocido, ese ángulo social en que se mueven los privilegiados de abolengo, y los poderosos de la fortuna, nada nos exaspera tanto como los instantes que preceden a una comida de gentes que acaban de sernos presentadas con una frase de cortesía convencional y un simultáneo apretón de manos. Es menester un gran dominio de sí mismo para no mostrarse cohibido. Esa primera impresión de cortedad nos humilla tanto, que todos procuramos vencerla buscando con la mirada en torno nuestro, la llama de simpatía o la sonrisa de confianza que pueden brotar inesperadamente de un rostro desconocido y que revelan a veces la secreta afinidad de los temperamentos. Al sentir aquella ráfaga cordial, nuestro espíritu se hace la ilusión de encontrarse menos aislado entre gentes extrañas y un mudo diálogo se entabla a distancia entre nosotros y la persona que nos ha distinguido con un gesto amigo. La psicología usual que supedita los movimientos del alma al mecanismo de los instintos, no acierta a explicarnos satisfactoriamente el porqué de esas espontáneas aproximaciones de seres que acaban de verse por primera vez. ¿A qué misteriosa presión responden? ¿A haber nacido bajo la influencia del mismo astro? Los espiritistas admiten con esa fe un tanto pueril que es el más sólido puntal de la ilusión humana, que toda simpatía impulsiva no es el principio sino la continuación de un afecto y que al encontrarnos frente a la persona que la suscita

nuestro corazón no hace más que recordar algún episodio de la experiencia sentimental contraída en una vida anterior. Nosotros, menos crédulos aceptamos el que haya simpatías y antipatías irrazonadas que atraen y repelen a los seres entre sí, pero, hemos renunciado, por falta de pruebas psicológicas a explicarnos su origen.

¿Por qué me sonríe esa dama en cuanto se encuentran nuestros ojos, con una benevolencia que tiene algo de maternal? No lo sé. Sus canas y la serenidad de su mirada hacen abortar toda maliciosa sospecha sobre la naturaleza de sus sentimientos. No es el hombre quien la atrae, sino su espíritu, algo inmaterial de él que ella presiente al través de su perfil. Yo siento también ¿por qué negarlo? una gran curiosidad, por saber quién es esa señora que parece pendiente de mi persona. Su nombre, no me dice nada. No evoca ningún recuerdo mío. Ester Seylor. ¿Quién es esta mujer? El azar, imponiendo su tiranía al dueño de la casa resuelve que al señalar los puestos alrededor de la mesa, aquella dama y yo nos sentemos frente a frente. Esa vecindad agudiza aun más mi deseo de interrogarla, pero ¿cómo quebrantar la etiqueta que nos obliga a los dos sino al silencio, a no cambiar más que algunas palabras de cumplido? Los minutos iniciales de la comida transcurren con esa reserva de buen tono que es de rigor entre personas bien educadas que apenas se conocen. Mientras otros se prestan mutuamente esas menudas atenciones que hacen agradable el trato humano en sociedad, yo me desvivo por servir a la señora de enfrente, la cual, sensible a mi solicitud, acentúa la benevolencia de su semblante. Y ocurre lo de siempre: la primera copa de vino desata las lenguas de los comensales, las palabras suenan en el aire y la conversación se extiende a toda la mesa. Se habla de todo, al principio con comedimiento y luego con cierta libertad, sin bordear, naturalmente, ningún tema escabroso. Alguien hace notar que el precio de todo va aumentando en proporciones aterradoras en las pequeñas ciudades de la costa vasca desde San Sebastián a Biarritz, y achaca el encarecimiento a la liberalidad con que se desprenden los yanquis del dinero. Otro se manifiesta escandalizado de la osadía de las modas femeninas, que empiezan a confundirse con el impudor. Se comenta la conferencia de Ginebra y se pasa de ese tema internacional a una crítica de los bailes modernos. Cada comensal apronta sus observaciones dejando ver a los demás su vulgaridad o su agudeza de pensamiento y todos intervenimos con el excelente humor que promueve el zumo de la vid, en la charla general, interrumpiendo a veces al que está hablando.

El comedor, amueblado a estilo vasco, es una ancha pieza de la planta baja de la casa, que da sobre el jardín y desde dentro oímos alternativamente el rumor del mar y el estrépito de los automóviles que pasan por la carretera. De pronto advierto que la dama que tanto intriga mi curiosidad se turba profundamente. Su rostro se demuda y hace ademán de abandonar la mesa.

— ¿Qué le ocurre a usted, señora? ¿Se siente usted indispuesta? — la pregunto con cierta angustia.

— No. No se moleste usted — me contesta en un francés que enturbia la sintaxis británica.

Y al fin se levanta precipitadamente y se dirige al jardín. Los demás comensales, distraídos en la conversación, no se preocupan de nosotros. Yo, dejo mi servilleta y corro en pos de la dama, pronto a asistirla y si es preciso, a reclamar la ayuda del anfitrión, que, anciano y miope, no ha advertido nuestra ausencia. Ya en el jardín, me acerco respetuosamente a la dama que está sentada en un butacón de mimbre y la interrogo con ansiedad.

— ¿Qué le pasa a usted, señora? Perdóneme usted; pero, no he querido resistir a la tentación de acompañarla...

— Esta noche va a suceder una desgracia. Eramos trece en la mesa — me dice con voz trémula.

Yo no puedo menos de sonreir, pues, mi escepticismo me ha defendido siempre de toda superstición.

— ¡Bah! Pero ¿no es más que eso?... Tranquilícese usted... Si cada vez que se encuentran comiendo trece personas en la misma mesa sobreviniese un drama, todos vestiríamos de luto... No dé usted importancia a eso...

La dama, al oirme se queda estupefacta como si hubiese escuchado una blasfemia y en sus ojos de un azul que tiene los cambiantes del agua marina veo temblar dos lágrimas. Luego, acerca su silla a la mía y se apodera de mis manos que retiene entre las suyas, como si quisiera protegerme de un peligro inminente. Su emoción, no obstante mi incredulidad, me contagia y un presentimiento trágico hace desmayar mi entereza de ánimo. Yo sé que existen seres dotados de una penetrante facultad de videncia y la suposición de que esta señora esté leyendo en mi porvenir me estremece. Yo no quiero conocer nada de lo futuro. Me he resistido siempre a que me lean la suerte en las rayas de la mano y me he negado a acompañar a mis amigos impacientes por ponerse en manos de las echadoras de cartas. A esa violación del misterio he preferido la fría rudeza del destino. ¿Para qué saber lo que habrá de sucedernos mañana si está en la voluntad de los dioses el que sea inevitable?...

— Mire usted — me dice confidencialmente. — Yo tenía un hijo que salió ileso de la guerra. Era ayudante de campo del general Douglas Hays y en el cumplimiento de su deber no esquivaba ningún peligro. Al volver a casa traía varias condecoraciones y ni una sola cicatriz... Aquel hijo mío se parecía a usted extraordinariamente. Es imposible que la semejanza natural aproxime más a dos hombres. Era de su estatura, de su fisonomía y tenía los mismos ojos que usted, obscuros, grandes y un poco melancólicos. Sin embargo, no era retraído, ni triste, sino todo lo contrario, alegre y comunicativo como un niño... ¡Mi Juan era una verdadera joya! créalo usted — exclama con apasionada nostalgia la dama.

— En eso diferimos, porque yo adolezco de muchos defectos — contesto sonriendo para distraerla de su obsesión.

— Pues bien. Al volver a casa, después del armisticio, acordamos festejar su llegada con una comida de familia... Han pasado desde entonces cinco años y la escena me parece de fecha reciente. En el comedor, el retrato de mi marido, muerto hace ya mucho tiempo, nos presidía a todos. Habíamos acabado ya de almorzar, e íbamos a servir el café, cuando mi hermana Enriqueta dijo de pronto, poniéndose muy seria. — Somos trece en la mesa... Excuso decir a usted que aquella observación no nos intranquilizó poco ni mucho, porque entonces yo no era supersticiosa. Nadie dió importancia a aquellas palabras y después de servido el café hubo baile en casa hasta muy tarde... ¿Qué podía yo temer que amenazase a mi hijo cuando acababa de venir sano y entero de la guerra?... Es decir, sano del todo no... Como era muy impresionable, sus nervios se debilitaron mucho con las

emociones de la campaña y con frecuencia yo le encontraba absorto en sus recuerdos. Pero, el médico de casa dijo que aquello no tenía importancia y que con unos meses de reposo en el campo, desaparecería.

— ¿Y desapareció, naturalmente? — dije enterrumpiendo a la señora.

— No. Quien desapareció del mundo fué él... ¡Mi pobre Juan! Ya de madrugada, cuando todos se retiraban, contentos, yo le acompañé, como de costumbre, a su alcoba. Desde niño yo cuidaba de él sin permitir que la servidumbre interviniese para nada en sus cosas... Lo dejé en la cama tan contento y satisfecho como estábamos todos después de la fiesta... Le di muchos besos porque para mí siempre era la criatura que me había hecho feliz con su inocencia y su bondad y él me dijo al despedirme:

— Hasta mañana, *mamá*... Debes estar muy fatigada y te conviene descansar...

Y me abrazó con una violencia desacostumbrada, que no me preocupó porque la atribuí a la nerviosidad que padecía frecuentemente desde que volvió de la guerra. Me acosté sin sombra de inquietud y por la mañana temprano, viendo que tardaba en levantarse, cosa rara en él, pues era madrugador, mandé al criado a su cuarto...

Al llegar a este punto la emoción de la dama fué tan viva que se resolvió en un largo sollozo. Yo profundamente impresionado, no sabía qué decirla que equivaliese a un consuelo. La compasión que me inspiraba aquella madre y el malestar íntimo que yo sentía por verme complicado inesperadamente en aquel drama de familia, paralizaban en mí todo poder de reflexión necesario para interesarse por la desdicha ajena. ¿Qué puede nuestra razón contra lo inexorable? Además, no quiero ocultar que mi egoísmo en aquellos momentos era más grande que mi compasión por el dolor de aquella mujer. Mi semejanza personal con su hijo, que justificaba la simpatía conque me había distinguido entre los demás comensales y la supersticiosa analogía de las circunstancias de aquel drama de familia con la escena que estábamos viviendo la dama y yo, me tenían muy inquieto. El espíritu por fuerte que sea vacila cuando se ve acosado por lo misterioso y el hombre más dueño de sí se siente indefenso ante la fatalidad que tal vez le está acechando en aquellos instantes...

— El señor, no responde ni se mueve — repitió la dama, recordando las palabras del criado. — ¡Mi pobre Juan estaba muerto!...

— ¿Pero?... — interrogué sin atreverme a exponer del todo mi pensamiento.

— No... Nada de *suicidio*... Una lesión cardíaca contraída en la guerra, que él mismo desconocía... Nunca se quejó del corazón...

— Yo no veo, pues, cómo aquella fué una gran desgracia en la cual no influyó poco ni mucho el que hubieran sido ustedes trece en la mesa. Su hijo estaba condenado a irse del mundo prematuramente porque tenía una lesión que no perdona...

La dama movió la cabeza con aire de duda y quedóse en silencio, para seguir, tal vez, con más recogimiento el triste itinerario de sus recuerdos, y yo, libre ya de la preocupación supersticiosa que me había tenido embargado el ánimo, dejé a sus ojos que vagaran sobre el paisaje que me rodeaba. La claridad plenilunar precisaba con entera limpidez las líneas y contornos de las casas en el vasto horizonte nocturno. Abajo, el valle se abre entre colinas ofreciéndonos la graciosa perspectiva de los prados verdegueantes y de las tierras sembradas de maíz y hortalizas. Todo está cercado por setos de escaramujo y aliaga, que enmarañan su espinosa ramazón refundiéndose en una densa *cortina*. De trecho en trecho un grupo de castaños o de manzanos apostados en el lindero parece custodiar el predio vasco. A la diestra de la casa, que se yergue sobre un ribazo, el mar azota mansamente los cantiles de la costa que se extiende visible haciendo recodos, hasta Cabo Higuer, y la luna, de un oro pálido, vierte sobre las aguas esa luz suave, y sin bruscas irisaciones que invita a la melancolía y al ensueño. El cielo, de un azul profundo se ha revestido de toda su pompa estelar y no se ve que el más ligero celaje lo desluzca. Por la izquierda se recorta el perfil ondulante de la carretera entre una doble fila de álamos y de fresnos plantados en sus márgenes, que parecen escoltar al viajero hasta la frontera. Los autos pasan sin cesar atronando con sus bocinas el silencio de estos campos y la fulgurante irradiación de sus faros lo sumerge todo en una dilatada órbita luminosa. El caserío, muy diseminado, nos comunica una grata impresión de paz. Entre sus muros encalados y bajo su techumbre voladiza transcurre la vida del aldeano vasco, libre de apremiantes afanes, que se contenta con lo que le da a su tiempo la tierra. Si elevamos la mirada sobre las tranquilas y verdes colinas que nos rodean, la cadena pirenaica limita por el frente nuestra curiosidad visual y su dorso montañoso nos hace pensar en los ventisqueros de sus cimas y en los torrentes que corroen sus flancos.

De improviso llegaron hasta el jardín voces alteradas y rumores de agitación que partían de la casa. La señora, sentada a pocos pasos de mí, pareció no advertirlo. Su fisonomía reflejaba esa indiferencia a la que se llega por el misticismo o por la morfina. Yo me acerqué a ver lo que ocurría y me pareció que el mejor método de información era el dirigirse al dueño de la morada.

— ¿Qué es del señor Bordek? — pregunté a un criado que recogía el servicio de café del *fumoir*.

— ¿El señor Bordek? Acaba de salir precipitadamente en automóvil para Burdeos, sin despedirse de nadie...

— ¡Y cómo! ¿Cuál es la razón de ese imprevisto viaje?... — pregunté un tanto asombrado.

— Pues, que su hijo único, el señorito Octavio, está gravemente herido. Venía de París por carretera y su coche se estrelló contra un camión que no llevaba luces.

Volví de nuevo al jardín y me encontré a la dama absorta en sus recuerdos.

— ¡Tenía usted razón, señora! — la dije bruscamente.

Ella pareció volver a la realidad presente y sus ojos me interrogaron ansiosamente.

— El hijo del señor Bordek está mal herido por un accidente de automóvil...

— ¿Mal herido? ¡Desgraciadamente está muerto! — exclamó la dama con un acento que me dió un escalofrío. Y sus ojos claros, bañándose en la piadosa melancolía nocturna, me comunicaron una impresión de videncia infalible. Aquella mujer no solamente había presentido el drama, sino que acababa de presenciarlo desde lejos.

MANUEL BUENO

DIBUJO DE PALACIO

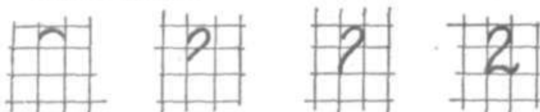
PRIMER GRADO INFERIOR

Número 2.

Ejercicios concretos. —

1. Señalar, levantar, cambiar de lugar, etc., *un* objeto y *uno* más.
2. Sacar de las bolsitas, que cada niño debe tener, *una* cosa y otra cosa más (bolitas, botones, porotos, piedritas), dando así idea de la cantidad de cosas que se indican al decir *uno más uno, o sea dos.*
3. Hacer pasar *un* niño más *un* niño al frente de la clase, haciendo expresar la cantidad de niños que han pasado, con la palabra *dos.*
4. Dibujar *dos* triangulitos, *dos* cuadraditos, *dos* árboles, *dos* bolitas, etc., siempre en forma sencilla y siguiendo la cuadrícula.
5. Formar grupos de dos objetos y luego comprobar que hay dos separando *uno más uno.*
6. Hacer notar que uno más uno son dos, que en dos hay *uno* y *uno* más, que si a *dos* se le quita *uno* queda *uno* y que si a *dos* se le quita *dos*, queda *cero* (Todo prácticamente, con objetos).
7. Presentar el número *dos* a la observación de los niños.
8. Hacerlo buscar entre otros, escrito en el pizarrón o cartoncitos.
9. Enseñar a escribir el número dos.

Pasos a seguirse:



Problemas mentales.

10. Un niño y un niño más, ¿cuántos niños son?
11. Si compro un lápiz teniendo otro, ¿cuántos tendré?
12. Un niño tenía dos centavos y perdió uno, ¿cuántos le quedan?
13. ¿Cuántas patitas tiene un pajarito?
14. ¿Cuántas alas tiene una gallina?
15. Tenía dos libros y regalé uno, ¿cuántos me quedan?
16. En una bandeja hay dos tazas y se rompe una, ¿cuántas quedan?
17. Luis tiene un caballito y Pedro dos, ¿cuántos más tiene Pedro que Luis?
18. Un niño tiene dos caramelos y da uno a un compañero, ¿cuántos le quedan?
19. Compré dos lápices, uno se lo di a Rosa y otro a Micaela, ¿cuántos me quedan?

Charadas ilustradas



Idea de par.

Ejercicios concretos.

1. Hacer que los niños indiquen objetos que se compran por pares (guantes, medias, zapatos, aros, puños).
2. Hacer levantar un par de manos, de dedos, de juguetes, de lápices, figuras, etc.
3. Hacer notar que tenemos un par de ojos, un par de orejas, un par de brazos, un par de piernas.

PIENSA Y

Problemas mentales aplicando el término.

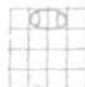
4. Mi hermana compró un par de zapatos, ¿cuántos le habrán dado?
5. Salí con un par de guantes y por el camino perdí un guante, ¿cuántos me quedan ahora?
6. Angélica compró un par de floreros y regaló dos, ¿se quedó con alguno?

APRENDE A CONOCER LO QUE TE RODEA

La mosca.



¡Cuántas veces habrán tenido una mosca en la mano! ¡Han observado cómo es su cabecita? Traten de dibujarla.



¿Cuántas partes más tiene el cuerpo? Dibújenlas.



¿De qué color son las alas? Imiten el ruido de ellas al volar y añádanlas al dibujito.



¿Qué más tiene la mosca? Agréguenlas al dibujo.



¿En qué época del año hay más moscas? ¿Saben ustedes dónde se crían?

Se posan en todas partes, es un animal sucio y dañino. Trae consigo muchas enfermedades.

¿Qué otros animalitos se parecen a la mosca? Si no nos proporciona utilidad alguna y en cambio nos perjudica, ¿qué debemos hacer con ella?

Al matarla debe evitársele el dolor.

Los niños que se entretienen en arrancarles las alas o las patas, dan prueba de mal corazón. Lo malo hay que destruirlo *evitando el sufrimiento.*

En las casas limpias, no pueden vivir las moscas, pues se alimentan metiendo su trompa en los lugares sucios.

Tengamos, pues, bien limpias nuestras casas, especialmente el comedor y la cocina. En esta última, es donde dan banquetes, pasando del cajón de la basura a la carne o verduras que luego comeremos.

Los niños deben perseguir y matar las moscas.

Adivinanza.

Más alto que un campanario,
Redondo como una esfera,
Estoy sin punto de apoyo
Para que todos me vean.

ARCADIA DE

E J E C U T A

Mudanza.

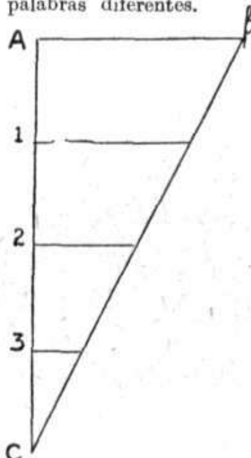
...... a ......
...... e ......
...... i ......
...... o ......
...... u ......

Anteponer y posponer la misma consonante, cambinándola siempre con una vocal igual en los cinco casos. Deben resultar cinco palabras diferentes.

Para hacer un croquis sencillo de la R. Argentina.

Constrúyase un triángulo en la forma indicada, de modo tal, que el lado A. C. sea el doble de A. B.

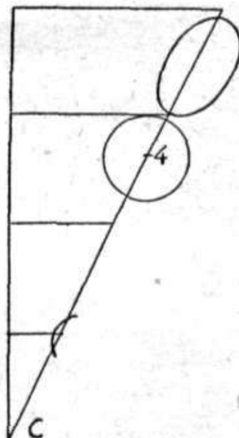
Divídase luego el triángulo en cuatro partes iguales, tomando medidas sobre la línea A. C. — líneas 1, 2 y 3.



La segunda división y sobre la línea B. C. se vuelve a dividir en tres partes iguales, por los puntos 4 y 5.

Haciendo centro en 4, se traza una circunferencia y en la parte superior un óvalo.

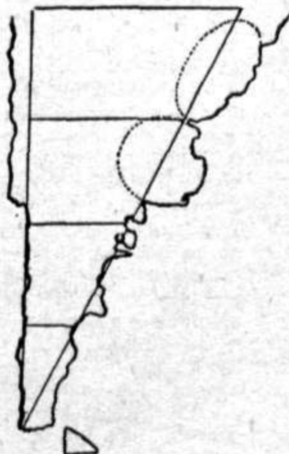
Sobre la línea 3, se dibujará una media circunferencia.



Teniendo como base estas líneas, hágase el contorno de la República Argentina, sin olvidar los accidentes capitales de la costa, que más la caracterizan.

—

En esta forma, siempre resultará proporcionado el croquis.



M U L B R O D H

MAPA



Pon en orden estos recortes y hallarás el mapa de un pedazo de tu suelo.

Si tienes constancia, puedes coleccionar la serie que en esta hoja aparece y formar luego, un hermoso mapa de tu patria.

Véanse los números anteriores.

Para adornar tu cuaderno



Soluciones del número anterior.

Triángulo numérico.

Madrileño.
Ladrillo.
Modroño.
Amadeo.
Lirio.
Oro.
Mi.
E.

Rompe-mates.

1.º — Pardos.
2.º — Roma.
3.º — Rosario.

Adividanzas.

1.º — Se refiere al número de letras de cada palabra.
2.º — La llave.



GULISTAN O EL JARDIN DE LAS ROSAS

EL ATLETA

Cierto atleta, muy pobre y comilón, un día, después de exponerle su miseria a su padre, le pidió permiso para viajar por ver si así mejoraba su situación.

— Quiero cambiar de suerte, — decíale; quizás la fuerza de mi brazo me abrirá el camino que conduce hasta la fortuna. El arte y la virtud, no son más que palabras vanas sino se encuentra la oportunidad de mostrarlos. Es menester echar áloe sobre el fuego y frotar el almizcle para que se sienta el perfume.

— ¡Ah, hijo mío!,—le contestó el padre.—Aleja de tu mente esa vana ambición, que te perderá. Conténtate con la sobriedad, la única que puede darte la felicidad. Los honores y las riquezas, no son los productos de nuestros esfuerzos. Puedes tener toda la fuerza y habilidad que tú quieras, y todo te será inútil si la suerte te es adversa; la fuerza, nada logra sin ayuda de la fortuna. ¡Sólo es la fortuna lo que reina y maneja todo!

— ¡Oh, padre mío!,—prosiguió el hijo,—los viajes, tienen múltiples ventajas. El espíritu se abre a mil conocimientos útiles, en la variedad de espectáculos; se visita a las ciudades y a los diferentes países, y el hombre se torna más interesante para sus amigos; se adquiere sabiduría, honores, y algunas veces también fortuna. Además, se hacen nuevas amistades. ¿No han dicho los sabios: «Mientras estés atado al umbral de tu casa jamás serás hombre. Sal y ve a recorrer el mundo, aprende a conocerlo antes de verte obligado a dejarlo.

— Sí, hijo mío, — replicó el padre, — tales ventajas hállanse en los viajes; pero, solamente para cinco clases de hombres. Primero, para los mercaderes, que teniendo dinero en abundancia, mujeres y sirvientes, pueden viajar días y noches, y gozar de las delicias de la vida. El hombre rico, no es extranjero bajo ningún cielo; donde vaya, en la montaña o en la llanura, como en el desierto, puede plantar sus tiendas. En cambio, el hombre pobre, en su misma patria es extranjero.

En segundo lugar, para el hombre sabio y elocuente; él encontrará, en cualquier parte, buena acogida. El hombre sabio es como oro en barra, siempre tiene su verdadero valor.

La tercera clase de hombres para quienes los viajes tienen ventajas, es la de las personas que poseen belleza. Los espíritus más delicados, apresú-

ranse a servirlas y aceptan su amistad como favores. Un gran sabio ha dicho: Un poco de belleza, vale más que mucho oro; una linda cara, es el mejor remedio contra la tristeza, una llave que abre todas las puertas. La perla, a pesar de habérsela sacado de la ostra que la engendrara, con seguridad siempre encuentra un comprador.

Los que forman la cuarta clase, son los hombres de hermosa voz, pues todos los humanos son sensibles al encanto de la armonía. Algunas veces, una linda voz triunfa sobre una cara bella. La una, no se puede percibir sino por los ojos del cuerpo, más, la otra, penetra en el alma y todos los sentidos encanta.

La quinta especie es la de los artesanos, quienes siempre hallan con su brazos los medios para vivir. Hay un proverbio que dice: «Un zapatero, recorriendo el mundo, siempre puede apartar la miseria, pero un rey, fuera de su reinado, se morirá de hambre».

Esos son, hijo mío; los talentos y las virtudes necesarios para viajar; el hombre que no posee ninguno de ellos y quiere viajar, se expone a ser víctima de la vana opinión que de sí mismo tiene.

Entonces el atleta respondió:

— ¡Oh, padre mío!, a pesar de todas tus recomendaciones, yo no puedo resistir al deseo de seguir a los sabios que dijeron: «Aunque la distribución de la fortuna está en las manos de Dios, hay que trabajar para lograrla, y aunque la nuestra esté ahora fijada no debe uno llegar hasta esperar la suerte». Con la fuerza que tengo, puedo combatir con un elefante y con el león más feroz. Esta fuerza puede llevarme a la gloria y a la fortuna. Por esto, mi intención es firme: quiero viajar. No puedo soportar más el peso de la pobreza. Además, ¿qué podrá sentir el pobre dejando a su patria? El rico, acostumbrado a la dulzura de la vida, necesita todas las noches su lecho, en tanto que el pobre, adonde vaya siempre encontrará el mismo lecho que tenía la víspera.

Así diciendo, despidióse de su padre añadiendo que si la fortuna no respondía a su deseo, se iría a un país desconocido. Y se marchó poniendo su esperanza en Dios.

Muchos días anduvo hasta que llegado a un río, vió a mucha gente esperando junto a la ribera. Todos daban una moneda de oro, importe del viaje, y como él no la tenía se puso a suplicar a los nautas, pretendiendo hacer valer su fuerza. Pero ellos, hombres insensibles, le dijeron: — Sin oro no se puede pasar, y si tiene oro no necesita la fuerza.

El joven sintióse humillado, y decidió vengarse. Antes de que levaran anclas, les gritó: ¡Si ustedes quieren mi ropa, se la daría con placer!... Los nautas ávidos de ganancias, aceptaron, pues la avaricia ciega de los hombres.

Apenas llegó el joven junto al barco, tomó al nauta que se le aproximara, por las barbas, y lo arrojó violentamente a tierra, cual si fuera una escoba vieja. Cuando los demás nautas vieron aquella fuerza, aceptaron llevarlo a bordo sin pagar. Luego, hechas las paces, se volvieron atentos y amables para con él.

A poco, llegó el barco frente a la columna de unas ruinas del tiempo de los griegos, y los nautas gritaron: — «El navío corre gran peligro. ¿No hay un hombre valiente y robusto que quiera subir a esa columna para tener la cuerdas mientras arreglamos el barco?»

El Atleta, lleno de fuerza y de arrojo, y no sospechando nada de los resentimientos dejados por él, se ofreció olvidando el precepto del sabio: «Si tú has ofendido a alguien una vez, aun cuando después le hayas hecho cien servicios, no te creas en seguridad con él. Se puede arrancar una flecha de una herida, pero el resentimiento producido por una injuria queda siempre en el fondo del corazón».

El joven, pues, tomó la cuerda y subió a la columna. Entonces los nautas, se apresuraron a cortar aquélla y partir dejándolo encima de la columna. Fué como si un rayo hubiese caído sobre el joven. Dos días y dos noches quedó buscando la manera de salvarse, y al tercer día se arrojó al agua, y a nado llegó a tierra casi muerto de fatiga, de hambre y de sueño. Comió raíces para calmar su hambre, durmió un rato y después se levantó y anduvo errando sin hallar un alma viviente. Tirado estaba sobre el suelo, gimiendo y lamentándose de la mala suerte, cuando de pronto se le apareció el hijo del rey, quien por perseguir a un animal habíase separado de su séquito. El príncipe, condolido del estado del joven, le preguntó:

— ¿De dónde viene? ¿qué desgracia le condujo a esta situación?

El atleta le relató cuanto le ocurriera y el príncipe conmovido, le facilitó un vestido, y colmándolo de beneficios lo hizo incorporar a su séquito. Cierto tiempo después le permitió volver a su país.

Cuando el padre vió a su hijo, dió gracias a Dios y una vez que oyó todo lo que él pasara, le dijo así:

— ¿No te había dicho, hijo mío, que la mano del hombre fuerte está atada por la pobreza? Es como un león a quien le han arrancado las garras.

— No se puede adquirir la fortuna, — replicole el joven — sin trabajo ni pena. No se puede vencer al enemigo sin ponerse uno mismo en peligro. Cuando alguien siembra semillas, siempre le queda la duda de si podrá cosechar. Aunque es Dios el dispensador de todos los bienes, él quiere que nosotros los compremos con el trabajo. ¿Acaso el león espera en su cueva y el halcón en el aire a que su presa vaya a buscarlo?

Esto hizo decir el padre:

— Hijo mío todo es cuestión de suerte. Verás. Escucha esta historia:

Un rey de Persia tenía un anillo precioso. Un día, estando de paseo con sus favoritos, dispuso que colocaran su anillo sobre el globo de una tumba, prometiendo buena recompensa al hombre que hiciese pasar una flecha por el centro del anillo. Cuarenta arqueros de los más hábiles, intentaron en vano; nadie podía hacer blanco.

Un muchacho joven, por los alrededores se divertía arrojando flechas cuando una de estas, por casualidad, atravesó el anillo. Y a él dió el rey la recompensa y muchos otros regalos.

Y cuentan que el muchacho en seguida quemó su arco y sus flechas, y como le preguntaron la razón dijo:

— Es para conservar mejor mi gloria...



DIBUJOS DE BONOMI

MOMENTOS EMBARAZOSOS

Por el dibujante norteamericano **CHARLES DUNN**



Cuando era usted el primero en una peluquería, y no sabe si pararse o dejar que se corte la melenita antes que usted una joven que también espera.



Cuando ha andado usted la mitad del camino a su oficina y recién se da cuenta de que va con pantuflas.



Cuando está usted trabajando como aficionado en un teatro, y los bigotes postizos se le caen.



Cuando hace usted fuego sobre un matorral creyendo que lo que se movía era una martineta y no lo era.



Cuando aumenta usted la cuenta que tiene que pagar su amigo, que ha perdido la partida.



Cuando pensaba usted asombrar a su pretendiente pasando por una señora que no hace nada, y...

Apellidos Argentinos

GUZMAN

Hace poco tiempo preguntamos a un respetable e ilustrado señor Guzmán qué significaba su ilustre apellido. No supo respondernos, y al enseñarle en el diccionario la palabra quedóse admirado.

Perdida entre la hojarasca de los libros hay cosas sencillísimas que constituyen pequeños misterios. Sacarlos a luz resulta una tarea provechosa y entretenida.

No queríamos decir que todos los Guzmanes ignoren la significación de su apellido; pero sí puede sostenerse que el cuarenta por ciento no lo saben.

El amor al apellido constituye una de las más justas vanidades, o, dicho de otra manera, no es una vanidad. Forma parte del cariño que tenemos a nuestros padres y antepasados, herencia que el hombre debe transmitir a su prole. La vanidad hállase en el prejuicio de creerse noble por los cuatro costados y sentirse lleno de «sangre azul».

Entre las costumbres cristianas de los españoles antiguos existía una muy generosa: apadrinar en la pila bautismal a los infieles conversos. Si el padrino o madrina eran aristócratas, el ahijado recibía un apellido ilustre. De esta manera existen ramas gitanas, moriscas, indias, etc. que llevan apellidos nobiliarios.

Volvamos ahora a la palabra Guzmán, y comencemos por transcribir lo que dicen los diccionarios, siguiendo al de la Real Academia: «Guzmán (del godo *gods*, bueno, y *manna*, hombre): m. Noble que servía en la armada real y en el ejército de España con plaza de soldado, pero con distinción.

Quedéme a la popa de ellas,
Que es rancho de los GUZMANES,
En naves, coches o iglesias.
TIRSO DE MOLINA.

Guzmán, con minúscula, da nombre a un oficio militar que actualmente no tiene su semejante. Los soldados de cuota en España, los estudiantes argentinos que hacen la conscripción, y hasta los príncipes e infantes reales que inician su carrera de soldados, vienen a ser guzmanes o cosa parecida. La literatura contemporánea ha perdido esa palabra tan castiza. No sabemos que se la emplee en la actualidad. Guzmán, por lo tanto, se redujo a una palabra eufónica, que despierta gloriosos recuerdos. Hidalgo, Soldado, Coronel y otras voces continúan escribiéndose con mayúscula y minúscula, ¿Qué le sucedió a los guzmanes? ¿Obedece el desuso del vocablo a alguna razón lógica, o al capricho del vulgo? Averígüelo un Vargas erudito, o busque otro Vargas curioso donde tales razones están ya averiguadas.

Veamos si en el alemán, donde existe también los apellidos Gutmann y Gutzmann, conservó la significación bélica. El diccionario que poseemos no es una maravilla y tal vez deje sin resolver la cuestión: ««Guzmán. m. Mar. Seccadet»; y en la parte alemana española dice: «Seecadet. m. Mar. Oficial de marina». Es posible que en Alemania el gótico godsmanna no haya sido nunca el nombre de los soldados nobles distinguidos.

Quizás los visigodos invasores de España inventaron el oficio para atraerse a los hidalguchos indígenas. Los guzmanes formarían la Legión Extranjera que los conquistadores enviaban a la vanguardia.

En inglés encontramos la palabra goodman (pr. gudman) sustantivo poco usado, según el diccionario, que significa marido, amo.

Como se trata de un apellido mil veces célebre, no podemos escapar a las sugestiones de la historia.

Don Alonso Pérez de Guzmán, era en 1294, gobernador de Tarifa, por encargo del rey Sancho IV. El infante don Juan a la cabeza de un ejército moro, sitiaba la plaza bravamente defendida por aquel Guzmán de los Guzmán. El revoltoso y mal príncipe, viendo que el gobernador no cedía, amenazó degollar a un hijo de don Alonso que estaba en su poder. Entonces el castellano vióse obligado a ejecutar una de esas barbaridades que se ven en las guerras: arrojar el cuchillo para que degollasen al muchacho.

Hay quienes dicen que debió rendirse antes de permitir la muerte del hijo. Biena la opinión por lo humanitaria; pero sin ser sanguinarios ni esclavos de la disciplina incondicional, se nos ocurre lo siguiente: El infante, ¿no hubiera después degollado a don Alonso, los soldados y al pibe? Don Sancho le llamó el Bueno, palabra española que se enlazó con el Gut gótico.



EL REFORMATORIO DE OLIVERA

Don Domingo Cabred, el benemérito doctor filántropo, y la *Comisión Asesora de Asilos y Hospitales Regionales*, que preside, han sabido organizar en el Reformatorio de Olivera un instituto justicieramente caritativo. Dos años de fructífera vida tiene ya la colonia, donde las víctimas de la herencia o del medio social corruptor hallan ambiente y métodos curativos. Y puede afirmarse que si este apostolado encontrara los recursos que buscó en las partidas del presupuesto general sistemáticamente diferido, la obra sería más intensa y fértil. Hállase el Reformatorio bajo la dirección inmediata del bondadoso y veterano educacionista, profesor Ismael Guerrero Cárpena, quien desarrolla sus iniciativas pedagógicas mereciendo la confianza y los plácemes de los altos comisionados. Cerca de 500 menores reciben educación en aquella

USINA ELÉCTRICA, LAVADERO Y EL TANQUE-TORRE.

LOS MENORES HACIENDO EJERCICIOS FÍSICOS.

VISTA PARCIAL DEL TALLER DE MECÁNICA.

UNA LECCIÓN DE AGRICULTURA DOBLEMENTE PRÁCTICA.

colonia. Hasta hoy el régimen tolerante, casi paternal impuesto, dió halagadores resultados. Pero (y justo es siempre poner dignos reparos) la misión intensiva del reformatorio no dará sus frutos altruístas hasta que los talleres y chacras experimentales no estén rentados debidamente. El niño ha de encontrar, para formarse una vocación, primero, el aliciente del trabajo convertido en entretenimiento, que irá intensificándose hasta convertirse en medio de vida. Y todo esto, buscando el modo de obtener beneficios, para que reciba su recompensa el alumno. A esto se llegará pronto, porque el espíritu filantrópico hace milagros.

ANECDOTARIO DEPORTIVO



LA COPA AMERICA, es la tentación del riquísimo sportman inglés Sir Thomas Lipton, que desde hace tiempo busca un buen capitán, — posiblemente el mejor — para su yatch con el cual piensa intentar el año próximo la revancha de la Copa América. Sir Thomas Lipton supo que el mejor capitán para su yatch era Amelius Jarvis y se fué en busca de él. ¿Sabéis, dónde lo encontró?

No lo adivináis. ¡En la cárcel! Jarvis pagaba una deuda con la justicia y se encontraba detenido en Toronto (Canadá). Había sido condenado por haber pasado de largo... la visita de aduana en un puerto canadiense. Sir Lipton tuvo una entrevista con Jarvis y el acuerdo fué debidamente firmado. En 1925 se intentará la prueba, para devolver a Inglaterra el precioso trofeo de la Copa América.

* * *

MAC NAMARA es el ganador de los Seis Días de Nueva York, en compañía del holandés Van Kémpen. Mac Namara es un australiano con ciudadanía americana. Sus debuts en 1910, despertaron en Australia mucho interés. Pero acostumbraba a tomar el «dooping», y sus coequipiers dudaban de sus calidades. Se reveló en 1912 corriendo los seis días con Grenda, después con Corry, y, finalmente con Clark. Las pistas de Sydney, Melbourne, Toronto, Chicago y Nueva York vieron las proezas de Mac Namara, que el público llamaba «el kanguro australiano». Apareció en Europa para batirse con Lapize, Brocco y Petit Bretón, y fué subiendo la escalera de los triunfos hasta llegar a la cumbre. En los Seis Días Ciclistas, se destacó siempre. Es un corredor que sabe «embalar a fondo» sobre todas las pistas del mundo.

* * *

LA moda al día para un corredor ciclista stayer, consiste ahora en intentar bajar el record de la hora con entrenadores mecánicos. Se elige generalmente la motocicleta fuerte, con motor de altas revoluciones que dé más de cien kilómetros por hora manteniendo la velocidad bien equilibrada. Nuestro público cree naturalmente que batir el record de la hora pasando los 100 kilómetros, representa una hazaña de nuestros tiempos modernistas. Nada de todo esto, sin embargo, existe en el hecho, porque hace unos 25 años, un ciclista americano de nombre Carlos Murphy el 30 de junio de 1899 intentó el record de la milla, 1609 metros, estableciendo el tiempo record de 57 segundos 4/5 lo que representa un promedio de casi 100 kilómetros por hora.

Pero el medio de entrenamiento elegido por Murphy era muy distinto de los que se usan hoy. El americano, que contaba ya unos 33 años, se hizo entrenar por una locomotora del ferrocarril. Se había establecido como punto de partida una recta a unos 80 kilómetros de Nueva York y sobre 3000 metros los organizadores habían preparado un piso liso en madera.

El 28 de junio de 1899 Murphy intentó por primera vez batir el record estableciendo el tiempo de 1 minuto 5 segundos. Al bajarse de su bicicleta declaró que el «corta viento» era insuficiente y que el vagón levantaba demasiado tierra. Se dispuso entonces que el mismo vagón llevaría un cuadro más grande y en la mañana siguiente Murphy volvió a correr. Preparó entonces una bicicleta nueva, Peugeot, con una multiplicación de nueve metros con 45 centímetros y pudo establecer el tiempo de 57 segundos 4/5. Al bajarse de la máquina Murphy declaró que no se había cansado, pero que al terminar la milla que debía recorrer, tuvo miedo para frenar la máquina y fueron necesarios tres hombres que lo agarraran para pararlo. Después, como el público deportivo se había entusiasmado grandemente, Murphy organizó unas «tournée» teatral y se le admiraba como a un fenómeno. Como se ve, nuestros stayers ciclista de hoy con sus 117 kilómetros por hora, no han adelantado mucho... puesto que 25 años ha se había llegado a los 100 kilómetros detrás de locomotoras.

* * *

UN corredor argentino, acaba de ganar la más importante carrera ciclista de Sudamérica. El corredor es el mendocino Cosme Saavedra, la carrera es la Rosario-Bs. Aires, casi 400 kilómetros en una sola etapa. La carrera organizada por el Cicles Club Argentino de Buenos Aires, nos hace volver atrás... por lo menos hasta el año 1900, cuando en Francia Joé Ficher ganaba una Burdeos-París 594 kilómetros en 21 horas. Aquella gran carrera creada en 1891, sigue siendo una de las más clásicas del calendario europeo. Los campeones más invictos disputaron la prueba y los nombres más conocidos figuran en el libro de oro de la Burdeos-París. Lesna, Wattelier, Garin, Aconturier, Augereau, Cadolle, Wanhouvert, Trousselier, Georget, Faber, Mottiat, Deman, Pelissier, Christophe, son los «ases» que han ganado la Burdeos-París. El record lo detiene Luis Trousselier en 17 horas 45 minutos y la prueba se corrió con entrenadores en automóvil...

Nuestro Petit Bretón, pudo clasificarse una sola vez en el segundo puesto, y eso fué en el año 1912. Nuestra Rosario-Buenos Aires, que por el estado de los caminos, representa algo más difícil que la misma Burdeos-París, tiene también su historia, porque se corrió ya en el año 1903 y fué ganada por Emilio Benedettelli y José Del Río, volvió a correrse en 1912 y el triunfo tocó a Vicente Auterio, se efectuó, en fin, en 1922 y un solo corredor, Adolfo Pompey, terminaba la gran carrera.

Ahora, con más facilidades para los corredores, Saavedra pudo, batir un gran record empleando 18 horas y 11 minutos para recorrer la distancia.

PEDRO DE VAGLERIANO



CONCURSO DE BELLEZA FEMENINA

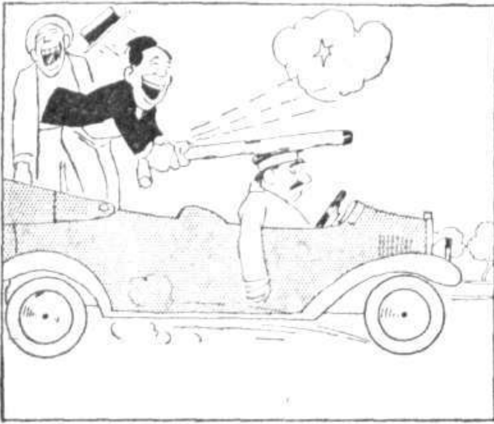
Detalles de los premios que el jurado distribuirá entre las que resulten elegidas como más bellas.

2 pendantifs de oro 18 kilates, platino, diamantes y brillantes ónix; 1 pedantif de oro 18 k., platino, diamantes y zafiro; 1 pulsera articulada de oro 18 k, platino, diamante y brillantes; 1 pulsera articulada de 18 k., platino, diamantes, brillantes y perlas; 1 pulsera articulada de oro 18 k., platino, diamantes y zafiro; 1 pulsera arco de oro 18 k., platino, diamantes y brillantes; 1 pulsera arco de oro 18 k., platino, diamantes y zafiro; 1 roseta de oro 18 k. platino, diamantes, brillante y perlas; 1 roseta de oro 18 k., platino, diamantes, brillantes y zafiro; 1 roseta de oro 18 k., platino, diamantes y brillantes; 3 anillos de oro 18 k., platino, diamantes y brillantes; 1 anillo de oro 18 k., platino diamantes, brillantes y zafiro.

En breve publicaremos las bases y nombres de las personas del jurado.

A PUNTA DE

LAS COMPARSAS DE TODO EL AÑO



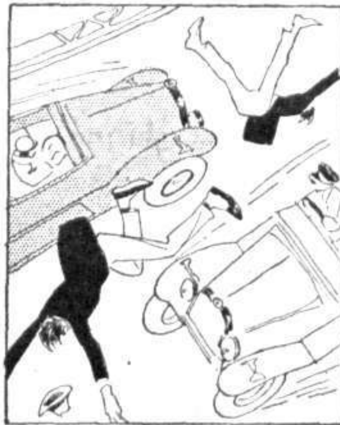
Los alegres pasajeros que desmayan de un garrotazo al «chauffeur».



Los divertidos asaltantes que despojan hasta de la camisa al aterrado transeunte.



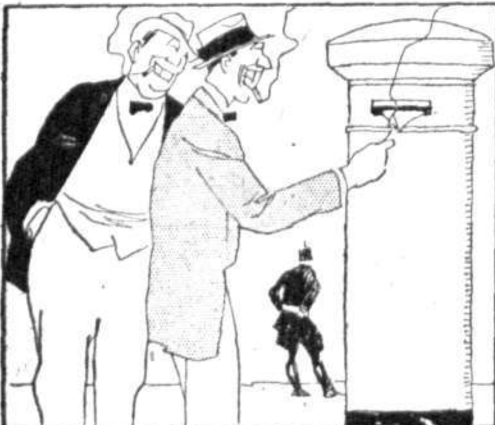
Los amenos patoteros que fastidian a todo el que pasa por el lugar que han elegido como centro de operaciones.



Los humorísticos conductores de vehículos que, en competencia, atropellan a las personas que no les son simpáticas.



Los ironistas profesionales que huyen de la cárcel o del barco que les llevaba a Ushuaia, y que desaparecen por arte de encantamiento.



Las regocijadas personas que pegan fuego a la correspondencia depositada en los buzones.



Y los «desopilantes» cuenteros del tío, que por su respetable antigüedad piensan acogerse a los beneficios de la jubilación.

LAPIZ, por Valdivia

CHARLAS FEMENINAS



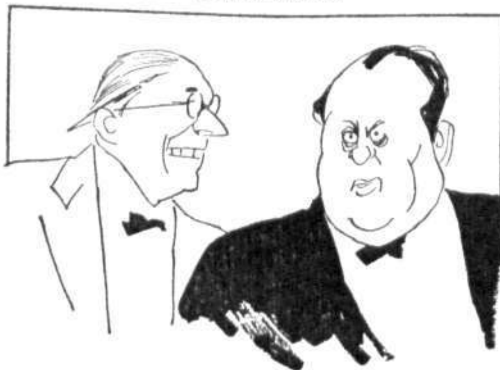
—Vive en un quinto piso, trabaja cerca del tejado de un rascacielo y se pasea en la imperial de un ómnibus.
—Esa muchacha ha sido siempre aficionada a ocupar altas posiciones.

MADRE AFLIGIDA



—Es tremendo. Durante estas vacaciones les ha roto la cabeza a cuatro chicos de la vecindad. Estoy deseando que se abran las escuelas.
—¿Allí se corrige?
—Allí se contenta con romperles la cabeza a los profesores.

VIAJE INUTIL



Sagarna. —¡Un encargado de la enseñanza pública, como yo, no ha podido encontrar alojamiento en Mar del Plata!
El empleado. —¿Y qué tiene que ver la enseñanza con ese balneario? ¿Iba usted a enseñar a jugar a la ruleta?

MUSICA APROPIADA



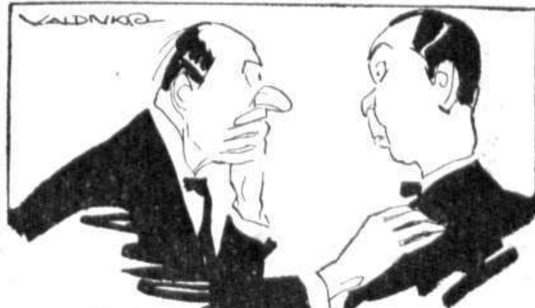
—Cuando voy a la Pampa toco la guitarra. Cuando voy a las playas toco barcarolas. Cuando voy a Jujuy toco la quena.
—Y aquí, en las sierras, ¿qué vas a tocar?
—El serrucho.

CUESTION DE GUSTOS



La esposa. —Ese mozo que se disfrazó de candombero escribe unas novelitas preciosas.
El esposo. —Le conozco. Me gusta más como candombero.

LOS BROMISTAS



—¿Sabes que Pancho ha muerto?
—¿Pancho, el incorregible bromista Pancho?
—El mismo. Falleció el martes de carnaval.
—¿Estás seguro? ¿No se habrá disfrazado de cadáver?

¡FELIZ ORTIZ!

Se encuentra Vinaroz
con Alcaraz y Ruiz.
Después llega Muñoz.
Después llega Alcañiz.
Y todos, con atroz
cariño, hablan de Ortiz.
—Entró de hoz y de coz.
—Es hombre muy feliz.
—Le admiro por su voz
—No dobla la cerviz.
—Ha sido algo feroz
su fuerza directriz.
—No hay nadie tan veloz.
—Y no es un aprendiz.
—Así dice Albornoz.
—Así dice Muñiz.
—Osado y a la vez
amigo de la paz,
se impone su altivez.
—Y siempre fué veraz.
—En él no hay dejadez.
—Ni nada de falaz.
—Le place la honradez.
—Fulmina al cachafaz.
—Ampara a la vejez.
—Desdeña al incapaz.
—Le aburre la avidez
del cínico voraz.
—Si escucha una sandez,
demúdase su faz.
—Con falsa candidez
se burla del mordaz.
—Ante una avilantez
se enoja.
—¡Es tan vivaz!
—Va a ser terrible juez
del zángano rapaz.
—Le asquea la doblez.
—No gusta del disfraz.
—Ya sea por soez,
ya sea por salaz,
a un escribiente, ¡a diez!,
perseguirá tenaz.
—Así dice Jerez.
—Así dice Aranaz.
—Yo, en nombre de Juan Cruz,
el tío de la actriz,
de un joven andaluz
que vende regaliz,
de un músico de Ormuz
con cara de lombriz,
del primo de Capuz,
que tiene una nariz
igual que un altramuz
brillante de barniz,
sin flechas ni arcabuz,
y sin sobrepelliz
ni plumas de avestruz,
iré a pedirle a Ortiz
un puesto para Luz,
la vieja institutriz.



DIBUJOS DE MACAYA

Seguro contra la soltería

Lo peor que le puede ocurrir a una mujer es quedarse soltera. Hasta ahora no había nada contra la soltería; pero ya lo hay. La novedad se ha implantado en Francia y, seguramente, está llamada a extenderse a todo el mundo. Es esta nueva forma la del seguro, algo muy lógico, algo necesario aún, más necesario que el seguro de vida o el seguro contra incendio. Si simplemente no casarse es ya una desgracia para una mujer porque la vida le ha defraudado en una de sus más legítimas esperanzas, el no casarse y quedar sumida en la pobreza es una tragedia y el seguro contra la soltería viene a dulcificarla.

La Compañía aseguradora tiene sus reglas, como es natural. No puede asegurar por cinco años, puesto que antes de los quince es lo más probable no haya de casarse. El seguro será por veinticinco años. Es decir, si la *asegurada* no se ha casado a los treinta y cinco años, la compañía le pagará la póliza *h* o *b*. O bien puede ser más largo el período cuando se toma el seguro temprano, de manera que la *asegurada* reciba el dinero de su póliza a los cuarenta si a esa edad no se ha casado.

La *asegurada* crece. Hasta los veintidós años ha pagado regularmente sus cuotas semestrales. A esa edad encuentra a un joven quien quiere casarse con ella y con quien ella también querría casarse. ¿Va a dejar de hacerlo a causa de que pierde todo el dinero que había pagado? ¿Le va a decir al novio que espere para casarse hasta que ella cumpla cuarenta años, con el objeto de recibir su seguro primero? Claro que no. Casarse es más importante.

La hermana, que también está asegurada, no se casa. Cumple sus cuarenta años soltera, la compañía le abona los cien mil pesos de su póliza, y a los cuarenta años, le abundarán los novios que no tuvo a los quince. Y ella, si quiere, se puede dar el lujo de decirles que se vayan a paseo.

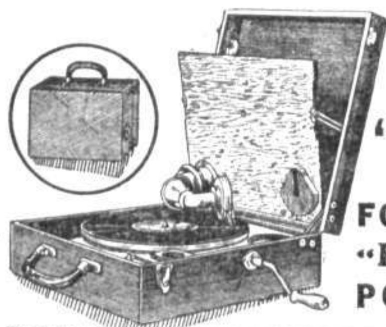


¡Disputándose un hueso!

Discos Dobles "NACIONAL"

Notable disco (N.º 18119) por GARDEL-RAZZANO

"GALLEGUITA" y "POR EL CAMINO"



FONÓGRAFO "REFLEX" PORTATIL $ 95.-



Fonógrafo Glücksmann con bocina $ 45.-

LAS NOVEDADES DE LA SEMANA

Discos Dobles "NACIONAL" de 25 ctms. $ 3.25

DUO GARDEL-RAZZANO
con acomp. de 4 guitarras RICARDO-BARBIERI

18119 { **Galleguita.** Tango. Solo Gardel. Navarrine-Pettorossi.
Por el camino. Tango. Solo Gardel. González Castillo-Bhor.

18118 { **La Sulamita.** Shimmy. Solo Gardel. Caruso-Canaro.
Si supieras. (La cumparcita). Tango. Solo Gardel. Contursi-Matos.

Discos Dobles "NACIONAL" de 25 ctms. $ 3.00

ROBERTO FIRPO. — Orquesta Típica.

6316 { **Capullos.** Tango. J. C. Bazán.
Qué será... Zamba. E. Rietti.

6321 { **Noviecita.** Tango. M. I. G.
Bailen muchachos. Tango. U. Toranzo.

FRANCISCO CANARO. — Orquesta Típica y Jazz-Band.

4041 { **Labios pintados.** Tango. Típica. José Bohr.
Oh juventud. Fox trot. Jazz-Band. José Bhor.

4044 { **Buena suerte.** Tango. Típica. P. V. Lambertucci.
Suprema. Tango. Típica. Jerónimo Fatori.

ELEUTERIO YRIBARREN. — American Jazz-Band.

8050 { **Chappa la mandolina.** Shimmy. Cauvilla Prim.
El moro. Fox trot. Freigedo.

MARIO A. PARDO-ALFREDO PELAIA
Con acompañamiento de guitarra.

6586 { **Fe gaucha.** Dúo. Zamba. A. Pelaia.
Galleguita. Tango. Solo. Pardo. Navarrine-Pettorossi.

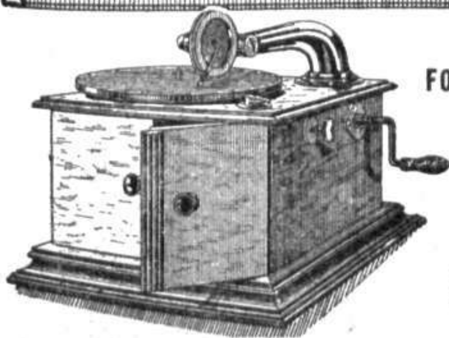
Discos Dobles "NACIONAL" de 25 ctms. $ 3.25

IGNACIO CORSINI, con acomp. de 3 guitarras.

18426 { **Alfredo.** Tango. Caruso-Canaro.
China ingrata. Vals. Caruso-Canaro.

AZUCENA MAIZANI
Con acomp. de ORQUESTA FRANCISCO CANARO.

11012 { **Caterina.** Tango humorístico. (Maizani-Wells). A. J. Wells.
Mano mora. Tango. L. Teisseire.



FONÓGRAFO GLÜCKSMANN SIN BOCINA $ 45.-



EXIJA LA PALABRA "CONDOR"

GRABADA EN CADA PUA. EN CAJAS DE 200: $ 1.-

"NO TIENE SUSTITUTO"

MAX GLÜCKSMANN

Nuevos Discos Nacional

BUENOS AIRES
CALLAO y B. MITRE
FLORIDA y LAVALLE

ROSARIO
CORDOBA 1048/52
MONTEVIDEO
18 de JULIO 966

Nuevos Discos Nacional

Dante

Imaginaos a Alighieri, lleno ya de su visión, camino del destierro, peregrino implacable, arrojado por la pasión y por la miseria, de tierra en tierra, de refugio en refugio, a través de los campos, a través de los montes, a lo largo de los ríos, a lo largo de los mares, en todas las estaciones, sofocado por la dulzura de la primavera, sacudido por la crudeza del invierno, siempre alerta, abiertos los ojos voraces, ansioso por el trabajo interior donde estaba en formación la obra gigantesca. Imaginad la plenitud de aquella alma, en el contraste de las necesidades comunes y de las inflamadas aspiraciones que le salían al revolver un camino, sobre un cique, en una colina, en la espesura de una selva, en un prado lleno del canto de las alondras.

Por el trámite de los sentimientos, la vida, múltiple y uniforme, se le precipitaba en el espíritu, transfigurando en imágenes vivientes las ideas abstractas de que se hallaba repleto. Por cualquiera parte, bajo el peso doloroso, brotaban manantiales imprevistos de poesía. Las voces, las apariencias y las esencias de los elementos entraban en el culto trabajo y lo aumentaban en sonidos, en líneas, en colores, en movimientos, en misterios innumerables. El fuego, el aire, el agua y la tierra colaboraban en el poema sagrado, fundían en el total de la doctrina, la caldeaban, la hacían tenue, la regalaban, la cubrían de hojas y de flores... Abrid este libro cristiano, imaginad alzada, enfrente, la estatua de un dios griego. ¿No veis brotar de uno y otro la nube o la luz, los relámpagos o los vientos del cielo? — Gabriel D'Annunzio.



El visitante. — Es bien raro este grupo de familia.
El magnate. — Sí. Mi mujer fué pintada por un pintor anticuado; mi hija mayor por un dibujante de revistas; el chico por uno que hace avisos en una fábrica de cuellos; la nena por un futurista y yo por un caricaturista...

Madame de Sevigné se equivocó acerca del mérito literario de Racine y del mérito del café, que en su tiempo empezaba a popularizarse como bebida. Suya es la frase: «Racine pasará como el café».



PARFUMERIE



L.T. PIVER

Polvos de Tocador **PARIS**
y Loción

POMPEÏA

y

AZUREA

De gran finura y delicioso aroma





La Plegaria de Papini

Mucho se puede decir y se ha dicho sobre Papini y su obra, pero en la plegaria con que termina su «Historia de Cristo» quedan muy bien sintetizadas sus aspiraciones, su transformación y su nuevo cambio con respecto a la humanidad y a su porvenir. Hela aquí:

«Oh, Cristo, nunca tu mensaje ha sido tan necesario como en la actualidad, jamás fué más despreciado ni olvidado como ahora. El reino de Satanás ha alcanzado la etapa de su madurez, y la salvación que todos esperamos y por la cual todos luchamos, sólo puede venir de Tu reino. El gran experimento está llegando a su fin. La humanidad que se alejó de Ti sólo ha encontrado muerte, desolación. Hemos visto el cumplimiento de más de una promesa, la confirmación de más de una amenaza. Y nosotros, ahora, en medio de nuestra desesperación, sólo abrigamos la esperanza de tu venida. Si no vienes a levantar a los que duermen confundidos en el lodo de nuestro infierno, es señal clara de que el castigo te parece todavía ligero y no suficiente para castigar nuestra traición, y de que Tú no cambiarás el orden de Tu ley. Sea hecha tu voluntad ahora y para siempre, en el cielo y en la tierra. Pero nosotros, los últimos, te esperamos. Te esperamos todos los días, a pesar de ser inmerecedores de tal privilegio y a pesar de las imposiblidades. Y todo el amor que pueda emanar de nuestros desolados corazones será para Ti, ¡oh Cristo Crucificado!, que fuiste atormentado por lo mucho que nos amaste y que ahora nos contristas con todo el poder de tu implacable amor.»



LOGICA ARQUEO... LOGICA

— En las excavaciones a que he asistido cerca de Roma, se ha descubierto un rollo de alambre, lo que prueba que los antiguos conocían el teléfono.

— Pues yo en las excavaciones que he efectuado en Atenas no he hallado nada, lo cual prueba que los griegos conocían la telegrafía sin hilos...

¿Estás dotado de razon?— Sí.—¿Por qué, pues, no te sirves de ella? Si funciona como debe funcionar, ¿para qué quieres más?

MARCO AURELIO.

CANAS

"Este frasco encierra el secreto de mi perenne juventud"!

Confidencia de una de nuestras clientes entusiastas, que expresan fielmente el valor que hoy se da al Agua de Colonia "LA CARMELA".

Hasta hace cuatro años, las canas sólo podían cubrirse empleando tinturas químicas, con las molestias y peligros consiguientes.

Hoy bastan unas cuantas fricciones higiénicas de

AGUA DE COLONIA

"La Carmela"

y los cabellos canosos recobran su color natural exacto: rubio, castaño o moreno, sin los tonos chillones de las tinturas metálicas.

Tiene además, la enorme ventaja de que su uso es muy agradable y simple, pues, se aplica como loción. Higieniza al mismo tiempo el cuero cabelludo, extirpando la caspa.

En venta en todas las buenas tiendas, farmacias y perfumerías.

Precio del frasco: $ 8.— **Interior $ 8.50**

J. L. CONDE & Cía.

CARLOS PELLEGRINI, 426 - BUENOS AIRES

Venta en el Uruguay: Soriano, 780, MONTEVIDEO
„ „ „ Paraguay: Gral. Diaz, 402, ASUNCION

IMPORTANTE

Sólo son legítimos los frascos que llevan la estampilla fiscal con el nombre J. L. CONDE & Cía. pegada en el cuello como en este facsímil

REGALO DE PROPAGANDA

Válido solamente hasta el 28 de Febrero.

Con el fin de que no haya un solo hogar argentino donde falten las CARTERAS "MARTI"

OFRECEMOS por SOLO $ 2.- m/n

Una Cartera "MARTI" para ropa exterior de señoras, conteniendo

140 FIGURINES Y 140 PATRONES

lo más "chic" en vestidos, trajes de calle y "soirée"; blusas, abrigos y capas con sus correspondientes trazados a tamaño natural y graduados para todos los talles, desde el 42 hasta el 60

Para niñas o varones de 2 a 12 años, cada cartera $ 1.—

IMPORTANTE. — Sólo atenderemos pedidos de una cartera por cada persona. Es indispensable enviarnos recortado este aviso al hacer el pedido.

J. L. CONDE & Cía. Carlos Pellegrini, 426 - Buenos Aires.



Buzos en los baños públicos

Son incalculables las riquezas encerradas en el fondo del mar, sobre todo después de los numerosos torpedeamientos de la última guerra.

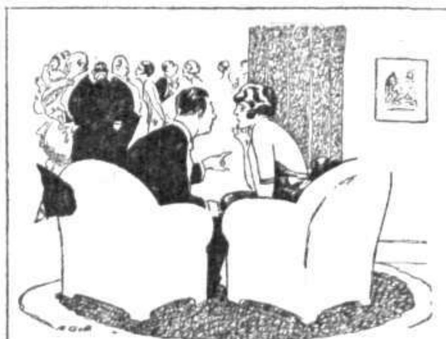
Conocidos los sitios en donde estos se produjeron, se ha tratado, después del armisticio, de recuperar las materias preciosas hundidas: barras de oro, lingotes de plata, etc.

Pero no se han podido instalar todavía submarinos capaces de bajar a las profundidades donde éstas se hallan.

Se han concebido procedimientos muy originales para ello, pero ninguno, por lo visto, de gran eficacia, puesto que el sistema de los buzos es el que sigue poniéndose en práctica. Para esto se han dispuesto armaduras particularmente resistentes, que permiten al buzo descender a las más bajas profundidades.

El pequeño vapor «Ripple» ha operado en la costa de Virginia, y ha podido recuperar un valor de más de cuatro millones pertenecientes al barco «Merinda», sumergido hacía diez años.

Una aplicación, a todas luces original, del buzo es la practicada en la piscina de Mádison Square Garden, en Nueva York.



El (enérgicamente). — La mayor parte de esta gente lo muerde a uno por la espalda.
Ella. — ¡Caramba! ¡Cómo siento no haberme puesto otro vestido!

Se había comprobado que los aficionados a la natación y otros ejercicios acuáticos perdían frecuentemente alhajas de valor en el curso de sus deportes, como sortijas, cadenas, etcétera.

El director de la piscina ha pensado en la utilidad del escafandro, y ha hecho construír un casco de forma especial, pues la profundidad escasa de la piscina no exige un equipo como el que hace falta para sumergirse en el fondo del mar.

El casco es muy ligero, pues no ha de soportar sino débiles presiones. Se halla provisto de una ventana mucho más ancha y de un vidrio menos grueso, y la disposición particular del escafandro y sus articulaciones de caucho le permiten adaptarse perfectamente al cuerpo del buzo.

Una pequeña bomba de dos pistones envía al casco el aire necesario a la respiración, y asegura la evacuación del ácido carbónico formado.

Con este traje, el buzo Greach ha podido permanecer en el fondo de la piscina más de hora y media, explorar minuciosamente el fondo, y encontrar los objetos perdidos por los bañistas que son más númerosos de lo que parece.



PERFUMERIA

MYRURGIA

ESPAÑA

Lociones

Extractos

Polvos

Jabones

LUIS 924

MADERAS DE ORIENTE

ORGIA

FLORES DEL MAL - TU REJA

Evocan el aroma embriagador de las flores, y por su delicadeza y penetración persistentes, son los preferidos del mundo elegante.

Cada caja de polvos marca GOYESCA contiene un delicado obsequio.

Pida en todas partes el jabón BRISAS DEL PLATA rey de los jabones.



PAULINA

POR

JAIME CONSTANT

Como te he dicho, querido amigo, hacía un mes que buscaba un departamento. Una mañana, me telefonea un amigo: «En la calle Gazán, número 15, tercer piso, a la derecha, va a desocuparse un departamento con cinco habitaciones, baño amplio, todo confortable y moderno, y alquiler relativamente módico.

»Tomo inmediatamente un «taxi», que me lleva a una finca de hermosa apariencia, frente al parque Montsouris.

»Subo al tercer piso, toco el timbre de la derecha; nadie me responde. Hago girar el picaporte, pero, en la antesala, oigo dos voces irritadas. Un hombre profiere injurias extremadamente groseras, a las que una mujer responde más o menos en el mismo tono.

»En menos de un minuto me entero de la profesión del señor Violet — así se llama el inquilino del tercero — y de los medios *non sanctus* de que ambos se valen para vivir. Me parece inoportuna la ocasión para exponer mis pretensiones de inquilino, y salgo de puntillas, como un ladrón. Paseo un cuarto de hora por el parque; luego, temiendo que algún otro pretendiente pueda tomarme la delantera, vuelvo.

»Ejecuto la misma maniobra, con el mismo resultado. Vuelvo a abrir la puerta, entro resueltamente, y una especie de gemido me guía hasta la sala. Tendida en un diván, con el rostro entre las manos, una mujer solloza. Sólo puedo verle la nuca, los cabellos cortos y ondulados, el dorso curvado bajo un vestido de crespón *solferino* y dos piernas magníficamente torneadas, ceñidas por unas espléndidas medias claras.

»La mujer se incorpora bruscamente y me observa con ojos irritados. Me dirijo a ella con toda la delicadeza posible:

»— ¿Tiene la bondad: el señor Violet?

»— Acaba de salir, y no sé cuándo volverá.

»Mientras explico el objeto de mi visita, observo su rostro. ¿Dónde había visto yo antes aquellos ojos azules, aquel delicado perfil?

»Calculo que debe tener treinta años. Sus ojos me parecen un poco hundidos, y en su rostro, algo marchito, noto una cierta expresión de abatimiento...

»Hablamos de nuestro negocio. Discutimos, regateamos. Para mostrarme la casa, me hace pasar al dormitorio. Y, en seguida, me fijo en un marco ovalado que encierra el retrato luminoso y puro de una joven, impresionante por su suavidad. Emocionado, balbuceo:

»— ¿Este retrato?...

»— Es mío, cuando tenía diez y ocho años.

»— *¡Dios mío!* ¡Paulina ¡La señora Paulina Bornaud!

»Su asombro corre parejas con el mío. Extasiado, repito el nombre armonioso:

»¡Paulina... Paulina!...

»¡Oh, amigo mío,! Para comprender la emoción de que entonces me sentí poseído, es necesario haber vivido en Tours, hacia el año 1912, cuando Paulina era la Paulina de aquel retrato de perfil.

»La mayor parte de los jóvenes de mi época estaban enamorados de ella; y todos los alumnos del Liceo le dedicaban sonetos y acrósticos apasionados...

»¡Qué linda era! Paulina representaba la belleza en toda su perfección. Aunque tímido, quizá era yo el más enamorado; y por conquistar a la incomparable criatura, sentíame capaz de todas las proezas imaginables. No te rías. Esas pasiones infantiles son más serias de lo que tú crees... Hasta llegué a premeditar larga y fríamente el asesinato de un alumno de filosofía que se vanagloriaba de haber besado a Paulina...

»La última vez que tuve la dicha de contemplarla, fué en el altar de la iglesia de San Julián, el día de su casamiento. Paulina se casaba con un teniente de coraceros, el señor Ferral. Su belleza resplandecía magníficamente entre las alburas de su vestido de novia. Yo, por aquel entonces, había principiado ya en Poitiers mi curso de Derecho, pero me trasladé a Tours, para asistir a la ceremonia. Y paseaba por la iglesia con aire sombrío, como si Paulina me traicionase.

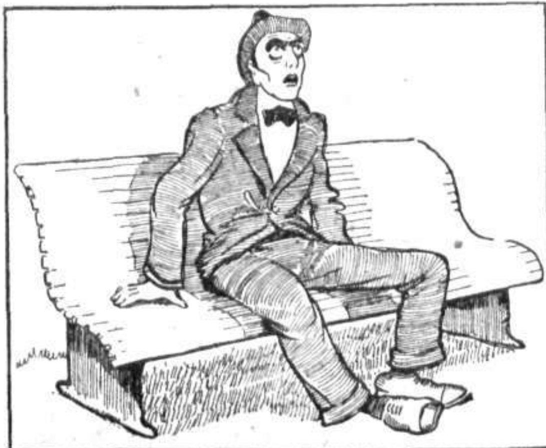
»¡Y he aquí que, doce años después, el destino nos ponía frente a frente!

»¡Claro está que hablamos del pasado! Recordé mi amor platónico de adolescente, y Paulina oyó arrobada aquella evocación de los tiempos en que era feliz... Me contó luego su historia, historia vulgar y deplorable. El marido la había engañado a

los tres meses de casados, y ella quiso pagarle con la misma moneda.

Pero fué tan imprudente que, de su locura, resultó el flagrante delito, el divorcio pronunciado en su contra, la ruptura con su familia, la falta de recursos y de amparo en la vida... Fué rodando, cayendo cada vez más, hasta acabar por unirse con Violet, un hombre sin dignidad, alcoholizado y que le daba malos tratos.

»Conversamos durante un buen rato. Paulina, después de nuestro mutuo reconocimiento, me trató de una manera encantadora... Nos pusimos de acuerdo en cuanto al alquiler, y quedó combinado que yo substituiría en todo a Violet, a quien, dada su canallesca idiosincrasia, bastaría una insignificante indemnización como recompensa y consuelo por el bien perdido. Convinimos en que yo debería volver más tarde para firmar el contrato, puesto que el departamento estaba arrendado a nombre de Violet. Y salí de allí tambaleante como un ebrio, alelado como un remero a quien una corriente irresistible arrastrase hacia lo desconocido.



»Para refrescar las ideas y coordinar los proyectos tan rápida y febrilmente concebidos, entré en el parque Montsouris, y fuí a sentarme en un rincón sombrío, desde donde se distinguían las cinco ventanas de mi futuro departamento... ¡Cuál no sería mi sorpresa al ver aparecer de pronto, en el marco de una de las ventanas, a Paulina, en compañía de un hombre moreno y relativamente joven, que no podía ser otro que Violet! Con gestos y ademanes plebeyos, ella le explicaba sin duda algo sumamente gracioso, porque Violet se retorcía y se contorsionaba de risa. Luego, el hombre pasó un brazo alrededor del talle de Paulina, ¡y se besaron!

»Comprendí en seguida. Se regocijaban por haberme engañado. Se proponían explotarme. Pero su regocijo era prematuro, porque, supondrás, no volví a poner los pies en semejante casa.

»Ahora lo que deseo — y para esto cuento con tu amistasd — el obtener, a cualquier precio, el retrato de Paulina, aquel retrato de la verdadera Paulina, por quien lloré, cuando era casi un niño, en 1912...»

TRADUCCIÓN DE JOSÉ BLAYA LOZANO

DIBUJOS DE PALACIO

¡ÁRBOLES! AMANECER

por

RAFAEL JIJENA SÁNCHEZ

¡Bendición de árboles con sombra
En los caminos, bajo el sol!
Sobre las frentes asoleadas,
¡Milagrosas manos de Dios!

Obsesión de los carreteros,
Los peregrinos y las bestias,
Bajo el taladro de los soles,
¡Y sobre el polvo de las leguas!



Se asoma a la ventana
Del día, la mañana,
Y llama a los aldeanos
Tañendo con sus manos
La única campana
Del lugar:
Tin, tan... tin, tan... tin, tan...

Despiertan los colores.
Despiertan los sonidos.
Amaneció en las flores
Y en los nidos;
Y en los ojos dormidos
De los trabajadores.



Un plan defensivo contra la Peste Blanca

La raza humana no está fatalmente condenada a la tuberculosis. Es más, tal enfermedad es incluso desconocida en algunos pueblos primitivos y, cuando en ellos penetra, se propaga rápidamente con gran virulencia.

Puede reconocerse tres tipos clínicos de tuberculosis perfectamente definidos: el de la infección aguda generalizada, el de la infección poco agudizada y localizada principalmente en los pulmones y, por fin, una enfermedad crónica, localizada.

En las naciones civilizadas, corresponde a la primera categoría la mortalidad por tuberculosis infantil; a la segunda, la ocurrida entre los quince y treinta años y a la tercera las muertes acaecidas en la segunda mitad de la existencia.


Médico distraído (que recientemente se ha aficionado a la "radio"). — ¡Está muy perturbada la estática esta noche!

Una mala vivienda supone generalmente además una alimentación insuficiente y malsana. Constituye un error atribuír a la pobreza de la vivienda las dos influencias debidas a la falta de alimentación y al aumento de los peligros de contagio.

El alcohol, la inhalación de polvos silíceos, favorecen a provocan la tuberculosis. Así los obreros dedicados a ciertas industrias caen fatalmente en edades ya maduras, como consecuencia de los hechos expuestos podrían establecerse como sigue, un plan de defensa antituberculosa.

1.º Disminuír el esfuerzo diario, por la adopción de medidas como la semana de 44 horas y la economía general de trabajo. El estudio de las condiciones industriales ha demostrado que tales medidas resultan económicamente ventajosas y que con ellas se llegaría a disminuír el número de casos de tuberculosis en la edad madura.

2.º Regular los salarios con arreglo a una escala que permita a los obreros tomar una alimentación correspondiente a su propia defensa de energía y procurársela también a sus familias. De tal suerte, serían mucho menos frecuentes los casos de tuberculosis entre los adultos.

3.º No retroceder ante ningún esfuerzo para disminuír los peligros del contagio, ya que cada caso evitado es un foco menos de infección. Dar a conocer al público el valor contagiosos de la tuberculosis y aislar las tuberculosis «abiertas».

Las enfermeras Plunket

En 1917 el doctor Truby King requirió algunas damas de Dunedín (Nueva Zelandia) para formar una sociedad que tuviese por misión ayudar a las madres en el cuidado de los hijos. En mayo de aquel año se organizó la asociación bajo el patrocinio de lady Plunket, esposa del gobernador, dando principio a sus trabajos con una sola enfermera, miss Mc. Kennan, asistenta del doctor King, a quien éste preparó para el desempeño de su cargo.

La enfermera Plunket es una enfermera del Hospital General completamente preparada o una enfermera comadrona, también con una preparación suplementaria de tres a seis meses en el hospital infantil de Dunedín, que es el único centro de preparación de todo el dominio. Entre sus deberes tiene el de realizar las visitas domiciliarias y acudir a un local céntrico, al que las madres pueden ir y llevar sus hijos; deberes que varían según el distrito en que trabaja. Así, por ejemplo, en Wéllington hay siete enfermeras que trabajn a jornada entera, y otra prestando servicios en el local de consultas por la mañana, mientras las otras realizan su visita domiciliaria en sus respectivos distritos, debiendo, en cambio, asistir a dicho local por las tardes.



La quiromántica. — Veo un hombre alto y hermoso postrado a los pies de una bella mujer.
La cliente.—Preferiría que usted viera a mi joyero, un hombre bajito y cojo, a quien debo cuatro mil pesos...

Las enfermeras Plunket llevan una divisa en el brazo a fin de que las mujeres de la calle puedan reconocerlas y requerirles para que las visiten, pues ninguna enfermera de tal clase penetra en casa alguna si antes no se le ha invitado. Sus servicios son completamente gratuitos, lo mismo para los ricos que para los pobres; procedimiento que se ha creído conveniente poner en práctica a fin de que las de peores condiciones económicas no encontrasen excusa para su carencia de consejos y, al propio tiempo, para inducir a las jóvenes madres a que soliciten de las enfermeras toda clase de detalles que vayan poco a poco formando su educación sobre las cuestiones de higiene doméstica. Los fines de la sociedad continúan siendo los mismos que cuando ésta se fundó en 1907, y la sociedad ha trabajado siguiendo siempre las mismas directivas, desde que en 1907 tuvo en Dunedín una sola enfermera, hasta hoy, que tiene 70 enfermeras, distribuídas en el territorio de todo el dominio, cuatro hospitales infantiles y un instituto de maternidad.



FRAGMENTOS DE UN POEMA DRAMATIZADO

PERSONAJES

MARSÍAS BETHUY. — EL DOBLE. — UN CRÍTICO. — JÓVENES BOHEMIOS. — OBREROS. — UN MÚSICO AMBULANTE. — EL DUENDE. — LOS ELEMENTALES. — CORO DE IMÁGENES.

CUADRO PRIMERO

Vieja taberna, en que lo único nuevo es la luz de focos eléctricos. El centro del recinto medianamente alumbrado; rincones de penumbra. Alrededor, la sombra nocturna cruzada por sombras con apariencias humanas.

ESCENA PRIMERA

CORO DE IMÁGENES

Sólo es bello lo que pasa;
las rosas son tan hermosas
porque una sola mañana
dura el vivir de las rosas.

Sólo es bello lo que pasa;
las nubes y las estrellas
que vienen, se van y vuelven,
porque pasan son más bellas.

Si demoramos, perdemos
nuestras magias atractivas;
para ser hermosas siempre
somos siempre fugitivas.

Nuestro hechizo al pasar es eterno
como eterna y fugaz es la flor;
como eterna y fugaz es la vida,
como eterno y fugaz el amor.

ESCENA II

EL DOBLE

(*Forma espectral, idéntica a* MARSÍAS, *pero de una expresión que le embellece, formando una imagen superiorizada de su persona*).

Oyeme atentamente: soy tu Doble;
soy el Ser de tu vida Superior.
Yo di manjar de dioses a tus hambres;
besos de diosas a tu sed de amor.

Mírame fijamente: soy tu cumbre
asomada al abismo que hay en ti;
yo soy la flor de tu carnal ramaje;
la savia en ascensión de tu raíz.

Sígueme a las alturas; tus instintos,
prisioneros del barro terrenal,
salpican las estrellas con retornos
a su insondable origen estelar.

Yo me emancipo de tu cuerpo y subo
de plano en plano hasta un ideal cenit.
De allá la planta de tu pobre vida
riego con un rocío de zafir.

Mi arquitectura psíquica se eleva
sobre el cimiento de tu yo animal;
porque tú me sostienes, me levanto;
tú en mí te extiendes hacia el más allá.



ESCENA III

CORO DE ELEMENTALES



Somos elementales
entes movibles;
no somos incorpóreos
sino invisibles.

Formados de ultrafísica
leve substancia,
de espíritu y materia
a igual distancia.

Vivimos bajo neutra
forma incompacta,
que no es vida concreta
ni vida abstracta.

Formamos una enana
vasta milicia
armadas con las armas
de la malicia.

La malicia es el arma
de más potencia
enfundada en la vaina
de la inocencia.

ESCENA IV

EL DOBLE

(*Contemplando a* MARSÍAS *con expresión de afecto y pena*).

Mientras tú, pobre diablo, en la taberna,
te embriagas de alcohol,
yo, eterno bebedor de luz eterna,
me emborracho de sol.

Mi espíritu de espíritu emborracho
en olímpica, eterna libación,
mientras que tú, con frenesí de macho,
tú bebes como un vino el corazón.

En gozar y sufrir fué sólo activo
tu ser corpóreo en nuestro doble Ser;
yo, substancia de luz, te sobrevivo;
tu alma es de fuego: morirá de arder.

ESCENA V

LOS ELEMENTALES

Todo empieza en nosotros
y acaba en risa.
Es nuestra ciencia y arte
reír de prisa.

Mas no con risa estúpida,
inocentona,
sino con refinada
risa burlona.

Dejamos a la ingenua
gente palurda
de circos y teatros
la risa burda.

La risa detestamos
de la alegría
y en toda risa estamos
de picardía.

ESCENA VI

(*Jóvenes que penetran ruidosamente en el recinto, rodean una mesa y piden bebidas. Uno de ellos dice en voz alta y declamatoriamente:*)

«Ya van tres noches de festín. En ellas
ávido el corazón de un algo inmenso...»

(*Un crítico, junto a una mesa apartada, saborea lentamente un ponche; observa a toda la concurrencia de la taberna y escribe anotaciones en una libreta*).

Vive aún. Todavía, todavía,
desafiando mi docta autoridad,
esa endiablada, vieja poesía,
se atreve a presentarse en sociedad.

Se atreve a presentarse cuando toda
la opinión de los cultos le es adversa;
cuando su estilo está fuera de moda,
cuando es vulgar, romántica y pervers .

Está menospreciada por la élite
de los intelectuales. Es lo justo;
pero toma la pícara un desquite
entre la mayoría de mal gusto.

Versos son para las recitaciones
en poéticas veladas de arrabal;
versos para simplistas impresiones
de la ya vieja gama emocional;

para las normalistas secundarias
y empleados de Correo que no están
al tanto de las modas literarias,
gemelas de la música Jazz-band;

para tipos del clásico bohemio
que imitando a Poe y a Baudelaire
creen que con mofa del burgués abstemio
son virtuosos del arte, por beber.

Ya es tiempo que se extinga tu mal cántico,
pobre borracho, filosofador;
a callar te condeno por romántico;
por realista mereces más rigor.

ESCENA VII

(*El mismo joven de la recitación anterior repite en voz alta:*)

«Ya van tres noches de festín...»



El Doble

Todavía se escucha... Todavía
aquel poema de lirismo rancio
que me da grima, que me da cansancio,
y hasta me da trivial melancolía.

Melancolía estúpida... Potencias
emocionantes de las cosas idas;
fenomenales formas desprendidas
de obscuras, subterráneas existencias.

Imágenes ambiguas... protoplasmas
psíquicos... adentrales desacuerdos;
vida profunda que se va en recuerdos;
recuerdos que retornan en fantasmas.

ESCENA VIII

(*En la taberna la misma voz repite:*)

«Ya van tres noches de festín...»

El Doble

Ya van tres noches de festín... Hay gente
que de la antigua estética en desquite
desde hace siete lustros, neciamente,
«Ya van tres noches de festín»... repite.

¡Ya van tres noches de festín! ¿Es esto
lo que en la vida de hoy tiene valor?
¿por qué no se alza y con terrible gesto
dice: ya van mil siglos de dolor?

Ya van mil siglos de dolor, mil siglos
en que la pobre, enferma humanidad,
oscila entre el pavor de los vestiglos
y el de la propia, horrenda realidad.

¡Ya van mil siglos de fatiga humana,
mil siglos de vivir que forma un mar
de sudor y de lágrimas! ¿Fué vana
la terrible tarea de pensar?

¿Por qué no grita bajo el turbio cierzo
que empaña todo límpido arrebol:
«¡Ya van tres eras de argentino esfuerzo
y aun flota el humo que nos hurta el sol!»

¿Por qué no grita que en los nuevos ciclos
es poltrona la clase intelectual?
¡bulle en los literarios hemiciclos
y está desierta el ágora moral!

¿Por qué no grita la verdad?... ¿Quién sabe
cuántas generaciones de buffet
dan su entusiasmo, el que en ellas cabe,
por las glorias del turf y el cabaret?

El árbol es de la moral cultura
opulento en ramaje, escaso en flor;
dentro de nuestra psíquica estructura
hay mucho amable, pero poco amor.

ESCENA IX

En torno a la misma mesa, con más botellas, los mozos continúan su algazara más ruidosa. Algunos están ebrios, otros temulentos; el aficionado a las recitación vocifera estrofas de "El Temulento".

El Doble

(*Mirando a* Marsías *que, sonriendo con tristeza, mira a sus compañeros de orgía, más jóvenes que él, más gozosos y con más entusiasmo para el placer*).

Borrada de la gran literatura
quedó tu bravia lírica estaferma;
pero en el alma popular perdura
porque está el alma popular enferma.

Flor de su mal, vapor de su oleaje,
tu verso libre en el social pesebre
pasó como una ráfaga salvaje
de angustia y odio, de pasión y fiebre.

Ya es tiempo de que mueras. Tú fuiste
un alerta, un apóstrofe viril;
ritmo de amor en el deleite triste;
voz de protesta en la mudez servil.

Fué tu blasfemia contra el Dios antiguo,
de un renovado misticismo en pos,
más religiosa que el presente ambiguo
donde, viejo ni nuevo, ya no hay Dios.

Tú despediste con adiós de llanto
lo heroico que murió en la juventud;
cantaste sus pecados; fué tu canto
un toque de llamada a su salud.

De tu verso anticuado, la ironía
con marcar ha cumplido su misión
todos los kilovatios de energía
perdidos por la raza en depresión.

Tu arcaico verso maldició la suerte
de una generación crepuscular,
entre el sol de la antigua vida fuerte
y la presente, que es vida lunar.

Muere ya, transitoria poesía;
muere con el morir más natural;
no esperes la espasmódica agonía
de la literatura artificial.

Tú marchas al común enterratorio,
a donde el tiempo sepultando va,
lo fugaz, lo turnante y provisorio
con que lo eterno en construcción está.

Ya es tiempo de que mueras, como ha muerto
lo que valía mucho más que tú:
la profunda existencia del desierto
en el indio, en el gaucho y el ombú.

Joaquín Castellanos







DIBUJOS DE PARPAGNOLI

De 120 a 140 años es la vida normal del hombre

Los hombres centenarios no son tan raros como se cree. Todos los años, mueren en Francia cerca de 150 personas de cien años o más! Y hay casos absolutamente auténticos de individuos que han vivido hasta 130, 140 y aun más de 150 años.

«Ahora bien, lejos de ser la excepción y el prodigio, estos casos de longevidad debían ser, por así decirlo, la regla. Según la ley esbozada por Buffon y precisada por Flourens, en efecto, la longevidad de los mamíferos — de los que ocupa el hombre el escalón superior, — está en relación directa con la duración de crecimiento necesario al desenvolvimiento del cuerpo.

Si se admite, pues, que la duración de la vida representa, en el hombre, seis o siete veces su «tiempo de crecimiento», se ve claramente que todo hombre debía normalmente vivir de 120 a 140 años.

«Es preciso, ciertamente, que las cosas pasen de esa manera en realidad, puesto que — abstracción hecha de los niños prematuramente llevados en tan gran número, — es entre 70 y 75 años que la mortalidad humana alcanza su punto culminante. Ahora bien: la mayor parte de los que desaparecen a esta edad se encuentran aun bien conservados desde el punto de vista psíquico e intelectual, y su muerte es raramente debida a la debilidad senil; casi todos sucumben a las enfermedades infecciosas, a la neumonía, a la tuberculosis, a las afecciones del corazón o del riñón, etc. En pocas palabras, se trata de «muerte accidental» y no de «muerte natural» por agotamiento gradual de las fuerzas vitales. Por consiguiente, ¿no está indicado examinar de más cerca la existencia de esos numerosos centenarios que, ellos solos, tienen una muerte «normal» y «natural», y preguntarles el secreto de su longevidad?

«¡Ay! una desilusión nos topa aquí: a despecho de las apariencias, no existe, a decir verdad, el «secreto de los centenarios», y la «receta» de uno no es ni con mucho la del otro... Sin duda, la mayor parte de estos viejos se encuentran entre la clase pobre o modesta; y esto parece confirmar la teoría que quiere que la vida frugal, mesurada, exenta de todo exceso, sea la más segura garantía de una larga existencia. Pero al lado de estas gentes sobrias ¡cuántos intemperantes y desarreglados!

El cirujano Politiman, muerto a los 140 años, se emborrachaba todas las noches; y Catherine Raymond, muerta a los 107 años, el irlandés Brawn, muerto a los 120, Gascogne, el carnicero pirenaico, muerto a la misma edad, bebían todos de una manera inmoderada. Ross, que en 1906 recibió el premio de longevidad, era un fumador inveterado.

La viuda Lazennec, de Kerinou (Finistere), fumaba en pipa desde su juventud.

Elizabeth Durieux, la saboyana que alcanzó 114 años, tomaba hasta 40 tazas de café al día con su correspondiente copita...



¡QUE SALGA EL AUTOR!

Cuando la audiencia llamó al autor la primera noche de la revista "bataclánica", nadie pensó en que era más de uno...

El color de los ojos

De Candolle ha estudiado el interesante asunto de la herencia del color de los ojos en la especie humana, agrupando los ojos en dos secciones: «pardos y azules». Resulta de la estadística que las mujeres tienen los ojos color pardo con más frecuencia que los hombres, aunque, por lo general, de color más claro. De cada 100 individuos, 80 tienen los ojos del mismo color que sus padres. Los que se diferencian de sus padres por el color de los ojos se aproximan al que tenían sus abuelos. Cuando los hijos nacen de padres cuyos ojos son de diferente color, heredan más a menudo el pardo que el azul, de donde resulta que de generación en generación aumenta proporcionalmente el número de personas con ojos pardos. Este hecho está de acuerdo con los resultados obtenidos respecto a la coloración de los cabellos: es notorio que en casi toda Europa, hasta en las comarcas del norte, tiende el cabello a obscurecerse; disminuye el número de los rubios y aumenta el de los morenos. De Candolle admite que el contraste de los colores constituye un atractivo, lo cual se confirma observando la estadística de los matrimonios: las mujeres de ojos pardos prefieren maridos de ojos azules o garzos; las mujeres de ojos azules o garzos prefieren maridos de ojos pardos. Además, las personas de ojos pardos se casan más a menudo entre sí que las de ojos azules. Tomando en cuenta estos dos últimos hechos y otros particulares se comprende que predominen los ojos de color obscuro.



— ¡Oh, nenita, un poco más lento!
— ¡Veo que te gusta, como a mí, la música lánguida!
— No. Te lo digo porque así se duerme más pronto tu madre.

Balneario de LA TOJA

Excelencia de origen

El Jabón de Sales Naturales de "La Toja", no es un producto de laboratorio, sino un verdadero don de la Naturaleza. Sus principales componentes son extraídos de los manantiales de la Isla de La Toja, cuya eficacia radioactiva y aséptica, es universalmente reconocida.

JABÓN DE LA TOJA

El más barato de los jabones finos y posiblemente el más fino de los jabones de tocador.



CONCESIONARIOS
POLLEDO & Cía
Bme Mitre 1352
Buenos Aires

Agencia de Propaganda ECO, Sarmiento, 643 - Bs. Aires.

CARNAVAL ALEGRE EN LA ALTIPLANICIE

Viene el administrador de la mina y, después de colocarnos en hilera a todos los peones y chivatos, nos obsequia con la tinca de una botella de aguardiente y de un puñado de confites de almíbar, envueltos en un pañuelo de hierbas con dibujos circenses y de carnestolendas. Nadie se entusiasma por trabajar ese día. En la víspera de toda fiesta, el ánimo se inficiona con una inquietud que baila incesante; desde lejos se expande el eco de un bombo, que algún núcleo de gente golpea para ensayar las danzas de la tarde; hay un prodromo de regocijo que a instantes se turba con la flaqueza de nuestra quincena.

Porque el cajero me ha hecho una liquidación rotunda. Creí obtener un pequeño saldo para darme soltura en estos días del Antruejo que viene, pero me dice que he excedido mi crédito en la pulpería y que me han imputado el exceso para la próxima quincena. Por eso no me dieron ni un solo centavo, y a mi mechinal no llevo sino el aguardiente y los confites.

Tengo las manos y el rostro con lacras del polvo obscuro que, a puñados, se respira dentro de los socavones y que se adhiere a la epidermis con la humedad de la exudación. Mi pequeño sombrero cónico, resto de un buen fieltro de castor, no alcanza a cubrir mis cabellos indóciles: y aun cuando pica un tanto el calor del Antiplano, llevo en los pies bastos chanchacos de lana y cáligas de cuero sin curtir.

Por el sendero sinuoso que se alonga hasta la población, desciendo canturreando el motivo de la música de esos días:

Carnaval alegre,
quiero divertirme
y hacer buena cara
a mi mala suerte.

Algunos mineros, más comunicativos que yo y con el placer de apuntarse algunas monedas en el próximo holgorio, han quedado en las humosas barracas del ingenio sobre cuyas paredes de cinc oxidado se esmeran en colocar gallardetes y cadenillas de papel polícromo. Hasta la entrada de la mina se enmarca con algunas banderolas y farolillos chinos que, ya anochecido, encenderá el preterido sereno, a quien corresponde el turno de vigilar el establecimiento, mientras abajo suene la locura festival.

En la bóveda y en los arbotantes del socavón han pintado dibujos simplistas, un poco lineales, iguales como frisos incásicos, en actitudes ingenuas y con un colorido chillón.



El villorrio se enjoya con las primeras exultaciones

del Carnaval. Abiertas las puertas de las chicherías, dejan ver en el fondo las hidrias ventrudas, rezumando mosto, trajeadas con collarines de florecillas silvestres, que se abren pomposamente con el calor de esos días, y con labores de papel donde las manos de las sirvientes se afanaron ocho días antes.

No tengo en mi barraca provisiones para ese día; pero, el aguardiente estimula y la coca rehace las fuerzas perdidas; tengo también confites con sabor de harina tostada.

Así me es más grato el día. La privación pierde su relieve porque me invade un suave contentamiento y creo ciegamente en el éxito de ese carretón adornado que, golpeando sus llantas de hierro en el pavimento de piedra desigual, va de casa en casa en búsqueda del habitual aguinaldo o tinca de Carnavales.

El otro jueves de comadres por la noche, mientras una fanfarrita comunal hiciera una retreta y los circunstantes ambularan por las aceras del contorno cambiando cascarones rellenos con agua clara, globos de goma inflados con líquidos perfumados, papel picado, serpentinas y estrechos y furtivos galanteos, llevaba dentro una borona que me hiciera observar la alegría ajena con una displicencia compasiva.

Ahora no siento la vulgaridad de estas expansiones y le debo a mi botella un sentido optimista acerca de las cosas.

Cuando pasan, unas calles más lejos, las comparsas de mineros e indígenas, disfrazados todos con calzones y camisetas de punto, calzados con gruesos zapatos y tintineantes espuelas, y cubiertas las cabezas con densas pelucas de crin y máscaras de diablo en las que la fantasía regional ha conseguido ponerles un sello macabro y burlesco, me contagio con la música saltarina de la charanga que les sigue y voy entre la apretada comitiva de espontáneos acompañantes.

Detrás, manejadas por algunos mozos de cara jalbegada con harina, vienen varias mulas en reata con montañas de joyas y chafalonía en las espaldas, incrustada esta riqueza en blancos pañolones para mayor lucimiento.

Llegan también otras clases de enmascarados: carotas negras de labios elefantiacos, fisonomías sonrosadas y brillosas de nariz aquilina y bigotes grises que sirven para los que se disfrazan de viejos con un atavío arbitrariamente tradicional, máscaras de estuco con una mueca silbante y grotesca, trajes de oro bordados sobre terciopelo, bandas de música que confunden sus aires en un recíproco concurso para eclipsarse unas a otras.

De los villorrios comarcanos arribaron otros indios con sus mejores atavíos: amplios y flamantes ponchos, pantalones azules de lana, partidos sobre la comba de la pantorrilla y por donde asoma la albura del calzón y fuertes sombreros que ciñen el gorrito con orlas y dibujos, y se asientan pesados sobre la cabeza. Las mozas caminan sobre sandalias de suela gruesa y tacones de madera pintada con chapas de plata; sus polleras cuantiosas caen en mil pliegues como crinolinas antiguas; revienta la estrechez del justillo el par de senos grandes y prolíficos, y dos trenzas negras les cuelgan sobre la espalda con el joyel de las arracadas de perlas y de oro.

Así era mi fiesta cuando convivía con toda esta mi gente en la estancia; me he desterrado en busca de una ignorada aventura y hoy los veo como hombre foráneo y desconocido.

Ascendrada la expansión con el aturdimiento de la música desorbitada y del aguardiente copioso, bailan las parejas cogidas de las manos, con un interminable zapateo y vueltas frenéticas con cuyo impulso se levantan giróvagas las faldas de las indias.

Al anochecer, cuando el exceso y la fatiga enturbia las fisonomías o las desfigura con una expresión animal y primitiva, sin vida y sin movimiento, sólo percibo el alternarse febril de los musicantes que nunca concluyen su competencia y degeneran en una polifonía inarmónica. Yo también he caído retrepado en uno de los poyos que se adosan en las tapias de la iglesia.

Un disfrazado, completamente ebrio, se desprende del grupo y al hacer pocos pasos, trompica en los adoquines puntiagudos y cae de bruces destrozándose la máscara e incrustándose en las mejillas los portillos de yeso; desvanecido por la bebida y el golpe permanece largo tiempo en la misma posición hasta que otra comparsa lo levanta con difíciles esfuerzos y lo confunde en el puñado de gentes que bailan sin cansancio.

Amanezco con un frío que me hiela los pies. Toda la noche repercutió en mis oídos el bumbum de los bombos y la monotonía de los caramillos y de las murgas; cuando el sol está muy alto, los músicos se desperdigan. Pero, me han substraído la botella de aguardiente; mi sed se desata cuando la mujer del puesto cercano dispone sus vasos de cristal deslucido y entrapajados con tiras de hojalata, y los colma de chicha de maní, aromatizada con polvo de canela o de aloja teñida con airampo. Mas, está cercana la fuente de agua dulce y allí abrevo mi sed de trasnochador.

Dentro de las tapias y en los canchones y parcelas en que maduran los tubérculos y la quinua, hay grupos que se ubican en rededor de una parrilla, encima de la cual, al fuego del carbón se doran, cuartos de carne jugosa. Los mozos, en tanto que las mujeres casi senectas se ufanan con estos trances casi culinarios, hacen batallas de macuncos que arrancan de las plantas de patata madura; un trío filarmónico ensaya los bailes y cuecas y hay parejas que subrepticiamente inician sus ternezas.

Cuando el frenesí concluye y el apogeo de la parrilla se ha convertido en cenizas, vanse los festejantes en ringleras largas y rumorosas danzando por las calles con una alegría triste, que mi idiocincrasia adivina trágica.

He concluído el Antruejo enclaustrado en mi misantropía; me acorraló el cajero al negarme un centavo y el pícaro que se bebió mi aguardiente. Cuando se inicia el día en que se reanuda el trabajo, asciendo por el sendero hasta la plataforma de la mina; nadie va conmigo porque los demás no pudieron abstenerse de prolongar su fiesta por un tiempo más; cuando voy, cerro arriba y con el almuerzo dudoso para mi hambre atrasada, me cruzo con una mujer palladora de metal, que viene cantando con su voz melancólica:

Carnaval alegre,
después que te vas
dejas en mi alma
una pena más.

JOSERMO MURILLO VACAREZA

Enseñanza saludable

Sé callado, paciente y discreto, cuando en ti la calumnia perversa, el odio profundo, la envidia torpe y el ruin despecho se lancen desesperados y ciegos.

En las noches luminosas, los perros ladran a la Luna, y la Luna sigue impasible su curso en el espacio; se eclipsa y vuelve a aparecer triunfadora, por la ley de la Naturaleza; y los perros siempre ladrarán toda la vida, sin que logren interrumpir el curso de la luna, que desde arriba no alcanza a verlos.


HEROINAS INVISIBLES
La esposa de un agente del tráfico.

Un día llevaron a Mirabeau un libelo contra él, diciéndole los emisarios: «Os atacan perversamente. Defendeos». Y Mirabeau exclamó: «¿Quiénes me atacan?... Les conozco; por eso no me defiendo, pues sería entrar en tratos y discusiones sobre mi honra y dignidad con quienes no tienen ninguna y con los cuales no puede medir sus armas un hombre que vale, no digamos mucho, pero sí mucho más que ellos, y que puestos en parangón conmigo ante el público, resultarían unos pobres diablos».

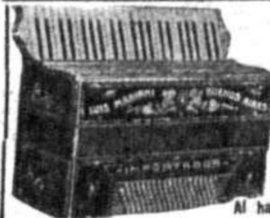
Sigue ese ejemplo. No bajes hasta la canalla, porque te encanallecerías. Quédate donde estés y que abajo griten la calumnia, el despecho y la envidia, porque esos gritos en el viento se pierden y tú eres tú, firme en tu silencio digno, cuya elocuencia no entienden tus enemigos, pero vale entre las gentes que a ellos los conocen y a ti te aprecian.

Fíjate en lo que ellos valen socialmente, moralmente, y en lo que tú vales, y saca la cuenta. No les hagas caso. El odio que los devora es su propio castigo. No les disputes el valor de tu atención, porque los infelices podrán creerse personas de verdad.

Cultiva tu personalidad. Procura bastarte a ti mismo, para no gravitar sobre la comunidad. Conócete, ámate, bástate a ti mismo; sé una nueva fuerza en el conjunto armónico de la Naturaleza.







En el País de los Crisantemos

Las primeras impresiones que recibe el viajero en esta tierra encantadora del oriente, no pueden ser mejores ni más agradables. Bellos paisajes, exóticos monumentos, calles pavimentadas y limpias como en las principales ciudades europeas, el tráfico ordenado.

En las aduanas, empleados del gobierno, correctamente vestidos a la europrea, tienen para el extranjero cortesías que dicen mucho de la civilización de este pueblo silencioso y activo.

La división de las ciudades japonesas se basa en una docena de calles principales y un laberinto de callejuelas, en medio de las cuales se hace difícil orientarse; algunas son tan angostas que ni un *rikshah* puede pasar libremente. El principal medio de transporte, aquí como en todo el oriente, es el *rikshah*, vehículo con dos ruedas y arrastrado por un hombre, a precios relativamente baratos.



El transeunte. — Pero, habiendo concluido la pavimentación, ¿por qué la deshacen?
El sobrestante. — Porque se le ha perdido un pico a uno de los peones.

Frente a los edificios de arquitectura propia, destinados para habitaciones, y que son generalmente de madera, de uno y de dos pisos, se levantan construcciones modernas ocupadas por bancos, tiendas, despachos y oficinas públicas. Las casas habitaciones no se pintan, para conservarlas contra las influencias del tiempo.

El principal centro industrial del Japón es Osaka, ciudad de un millón trescientos mil habitantes, y las fébricas están montadas como las más importantes del mundo. La industria japonesa está muy adelantada, en su calidad y producción, y por la circunstancia de que es casi imposible registrar una patente o marca comercial, resulta difícil distinguir la fabricación nacional de la extranjera.

Los ferrocarriles están en muy buenas condiciones, y se viaja con comodidad, limpieza y economía, pues los precios de transporte son verdaderamente baratos. De raza blanca hay unas seis mil personas en el Japón, y parece que el gobierno quiere reducir esa cantidad, pues a últimas fechas ha impuesto tan altas contribuciones, que la vida futura para los extranjeros será casi imposible. La educación del pueblo es sorprendente, y ha llegado a tal punto la difusión de la cultura, que se puede decir no existen en este país más analfabetos que en cualquier nación del mundo occidental. Casi todos los japoneses distinguidos saben hablar inglés. Una de las virtudes que caracterizan a este pueblo, es su laboriosidad. Hay cerca de 3.000.000 de obreros en el Japón, entre adultos y niños, que trabajan de doce a quince horas por día. Existen 300 agrupaciones de trabajadores, con 370.000 afiliados. Todos ellos trabajan con entusiasmo, en la inteligencia de que su labor contribuye al progreso,



CUANDO por la casa corrieron de mano en mano algunas tarjetas de invitación y vieron que era imprescindible el disfraz, los mozos protestaban.

Efectivamente: los hombres habrían de ir también honrando la tradición carnavalesca; de lo contrario no se les permitiría entrar ni participar del baile.

—¿De qué se disfrazará usted, Margarita?

—¿Yo? ¿No lo sabe?

El, Irineo, no lo sabía. Por lo visto, debería saberlo... ¡y no lo sabía!

Margarita vió que el mozo ponía cara de pedir perdón. Rió y dijo:

—Entonces, adivine.

—¡No sé de qué pueda ser!

Irineo arriesgó en su cortedad:

—¿De gitana?

—No.

—¿De nena?

—Tampoco.

—De... ¡No caigo!

—Quiere dar con el disfraz muy pronto y sin pensar... Piense.

—No, no: es inútil.

—¡Vaya! Sin embargo yo sé de qué se va a disfrazar usted.

—¿Que usted sabe... una cosa que a mí no se me ha ocurrido?

—Se le ocurrirá.

La cara de Irineo dice esa vez: «no bromee».

—A usted se le ocurrirá disfrazarse de Pierrot —afirmó Margarita.

Irineo quedó perplejo, interrogándola. No hacía un mes que vivía en la casa y apenas veinte días que conversaba con Margarita. Ella lo atraía, sin la menor duda. Pero la cosa no había pasado de ahí.

Algo confuso, preguntó:

—¿Usted se disfraza de Colombina?

Margarita le dirigió una mirada brillante y contenta:

—Acertó.

Hubo un silencio. Y de ese silencio salieron precios de géneros, de hechura y demás informes sobre el traje de la pareja Colombina-Pierrot.

No había más: Margarita deseaba darle ocasión de ser su compañero permanente de baile. ¿Qué otra demostración de más franca simpatía?

La noche de la fiesta iba el grupo de máscaras por la acera haciendo escaso ruido. En pocos días no les había sido posible concebir dichos y ademanes risueños de acuerdo con sus vestimentas. Distaba mucho, sin embargo, Irineo de juzgarse un desabrido Pierrot... ¿Qué papel era el de Pierrot sino el de estar enamorado de Colombina? Y él iba en camino de que su papel, más que papel, fuese acaso verdad. La sosería del grupo en todo caso la personificaba Nicolás, que no acompañaba a nadie y ni siquiera estaba todavía chispo.

—¡Che, mazorquero: asustá a esos que vienen para que nos dejen paso!

El no era un mazorquero sino un «colorao de Rosas». Ya lo tenía explicado de sobra y no lo querían comprender.

¡El salón sí que estaba animado! Faltaba media hora para que comenzase el baile. Los Pierrot y las Colombinas no escaseaban. Pero la diversidad era suficiente para entretener al contemplador. Japonesas, aldeanas europeas, un inca con su reina, nenas, una negrita candombera, odaliscas, mendigas, estrellas de cine, la Cenicienta, una gigoleta y su apache, una mariposa y algunas paisanitas criollas. Estas, sin duda, bailarían con esos gauchos que, sentados en el suelo, no terminaban nunca de afinar sus guitarras...

No, el grupo de máscaras que había rodeado a los paisanos no era tan numeroso como aquel otro. ¿Quién estaba en el medio? ¡Un payaso!

—¡A ver, a ver!

Hacia allí fueron Margarita y sus hermanas, el colorao de Rosas e Irineo.

—¡Ah! ¡ió salta como una carnero! —decía el payaso y daba una vuelta-carnero limpia.

—¡Ió camina con las manos!

Y se ponía cabeza abajo y pies arriba, a caminar con las manos.

—¡Ah, ió haga la uvillo... la quirquincho: bolo...!

Y rodaba hecho una pelota perfecta.

Tenía embobados a todos.

—Ió está Frank Brown. Ió tiene mucho gracia. Ió quiere conta a ustedes la historio de mi cabaio. Mi cabaio lo llevó un vez al río. Ió querí báñar mi cabaio. Mi cabaio no quería. Ió sí, ió más querí. Ió tiene una fuerza bárbaro. Ió metí mi cabaio bajo agua y lo tenido cinco horos... ¡Mi cabaio no se ahogó!... ¿Por qué no se ahogó mi cabaio?... ¡Porque estaba di madera!

Terminaba el payaso su tercera historieta reída por los otros máscaras, cuando la orquesta dió principio al baile.

Casi todas las mujeres que rodeaban al chistoso tenían su compañero. Margarita, no.

—¿Por qué? ¿Por qué no está tomada de mi brazo? ¿Por qué no se lo ofrecí? —se preguntó Irineo ante un peligro presentido.

—Señoriya: Colombina le corresponte al payaso —dijo el desconocido inclinándose con gracia ante Margarita.

Chispearon las miradas de las

otras mujeres curiosas de esta preferencia. Grandemente halagada se sintió Margarita.

—¡Qué bien! —exclamó una hermana absolutamente olvidada de Irineo.

Irineo sintió súbitamente que no existía:

—¡Estoy muerto!

Aunque todo pasó en un segundo, llegó tarde, muy tarde a él la mirada de Margarita consultándolo sobre si saldría con el payaso desconocido o si él, Irineo, quería usar de su derecho anteriormente adquirido...

—Salga... —balbuceó él apenas, forzando una sonrisa y debiendo alejarse desairadamente del lugar a los empujones de las parejas que ya danzaban...

Se estuvo en la orilla. El afortunado bailaba demasiado bien... ¡El no sabría hacerlo así!... El afortunado conversaba asimismo demasiado bien... ¡El tampoco lo hubiera sabido hacer de ese modo!

Sintió que le arrancaban de cuajo la Margarita que ya tenía metida en las entrañas. A un mismo tiempo y de golpe descubría su pasión y su desgracia.

—¡Qué calor! —exclamó por decir algo a un compañero extraviado que se acercó.

—¡De veras, ché, Irineo; qué calor! —repitió el otro, creyendo que Irineo quería festejar su propia derrota lanzando la frase popular que significa haber recibido un gran chasco.

No; él dijo «qué calor» sin saber qué decía. Pero al comprender que con ello hacía sarcasmo de sí mismo, su vergonzoso dolor aumentó, pues coincidió con una mirada que al pasar de la pareja le dirigió ella, Margarita, y que más que disculparse de lo sucedido, parecía querer ver si él, Irineo, notaba que lo que el payaso le iba diciendo le gustaba.

—¿Sabés? Todas tráin su compañero... Si no... —le dijo el coloráo de Rosas que tornaba de dar una vuelta al salón. —También, este traje... ¡te lo confieso; no la acerté!... este traje es fulero pa baile... ¿No te parece? Bueno, hermano: vos no queré hablar. A vos te la han dáo chanta... como quien dice, te han galleteao... ¡Vamos a pillarla! Mira: las mujeres... ¡Vamos a pillar el copetín, será mejor! Yo te voy a explicar lo que te ha pasado, hermano.

Irineo se dejó arrastrar por Nicolás, el chupandín. Entre copa y copa se contaron infortunios de amor y pusieron por los suelos a las mujeres.

—Margarita se extraña mucho, amigo Irineo —le explicó el hermano de la joven al abochornado, viniéndolo a buscar por segunda vez.

El hubiera regresado al salón. Casi se incorpora, y, a pesar de lo bebido, sigue al joven y vuelve al lado de Margarita. El lo hubiera hecho. Pero ahí está que Nicolás, que hacía rato le entonaba carrasperosamente el aria de «Pagliacci», le lanzó de nuevo el...

—«Ridi pagliacci»...

Y él sintió el estrujonazo de su tragedia como si fuera la del pobre payaso engañado por Colombina.

Quién sabe, quién sabe si no era cierta su tragedia. Sin embargo, cuando él la sintió esa otra vez rugir en su pecho, vió a su Colombina, a su Margarita, bella, con una belleza que no le conocía, con la gran belleza del dolor amante, aromar desde el salón, y buscarlo a él con angustiosa mirada...

Pero él se quedó como clavado en su asiento.

Margarita era tironeada de la manga por una hermana.

Al rato el coloráo de Rosas y el Pierrot, vagaron por las calles tomados del brazo.

La extraña yunta, desde el borde de la acera, miró luego pasar coches, carros y autos del corso. Los que iban en los vehículos le largaban pullas.

—¡No te metás con el Pierrot que lo defiende un mazorquero! —advirtió graciosamente una marquesa de peluca blanca a una pizpireta de antifaz rosa.

La frase, espiritual, causó envidia al grupo de mozos en pijama que llenaban el vehículo siguiente.

—Che, payaso abombao: ¿Cuándo te echaron del circo?

Del circo no, del baile, interpretó Irineo. Y con rabia insofrenable lanzó una grosería tremenda a todos los de pijama.

Un empleado de policía secreta llamó a un vigilante, y el colorao y el payaso pasaron de agente en agente, protestando siempre y siempre en vano... ¿Por qué irían presos? ¿Qué habían hecho de censurable?

Hasta que uno de los policías dijo a otro:

—¡Che, Zamora; ahí tenés a esos dos!

¿Zamora? Al rato Irineo se dió a conocer.

—Soy Irineo.

El agente lo miró bien bajo un foco eléctrico e identificó al querido amigo que no veía de años atrás.

—¡Quién había de decirlo!... El albayalde y las media-lunas rojas y las pastillas verdes, te cambian mucho... ¡Je, je!...

Colorao de Rosas y Pierrot prometieron a Zamora no volver al corso. Así fueron sueltos. E Irineo, bastante pesado, cayó a la madrugada en su cama como una bolsa de harina.

Entretanto Margarita, siguiendo a sus hermanas y otros jóvenes que bebieron refrescos, no vió en la confitería a Irineo. Quiso tornar a casa. Riñó con el hermano porque no la acompañaba. Fué repetidas veces a llorar al tocador. No bailó.

Todas las de su grupo se extrañaban de que le hubiera dado tan fuerte por ese pavo de Irineo.

Regresada a su casa, cambió de ropa y, aunque se echó a descansar, quedó desvelada.

Doña Amelia, la madre de Irineo, prendería temprano el fuego. Cuando Margarita la oyó salir al patio, se fué hacia ella, le preguntó por el hijo, y, no queriendo creer que en efecto se hallaba durmiendo, pidió permiso para verlo.

¡Su Pierrot! Cierto, estaba allí, roncando, cara arriba, como anudado el entrecejo por un pensamiento penoso... Y... ¡oh maravilla!... algo había en aquel rostro que llenó de gozó su instinto de mujer. Tuvo, sí, la pena de no poderlo despertar para decirle:

—¡No sea tonto, Irineo: yo también lo quiero!

Pero eso ya se lo diría y probaría.

Por lo pronto veía ella que su Pierrot sabía hacer la mejor payasada, aquella que destruye las otras payasadas para revelar al hombre que ama. ¡En el blanco, en el rojo, en el verde de su cara pintarrajeada, desde los lagrimales abajo, el llanto había abierto los caminos de la gran verdad!

EDMUNDO MONTAGNE

DIBUJO DE VALDIVIA

Páginas médicas

Enfermedades del aparato circulatorio

Corazón. — En tanto que las afecciones cardíacas están compensadas, los medicamentos son poco útiles, pero por medio de una higiene cuidadosa se debe evitar al enfermo toda causa de *surmenage* cardíaco.

Los cardíacos o enfermos del corazón deben llevar una vida tranquila, física y moralmente, dentro de los límites de las exigencias de la vida.

Evitarán todo esfuerzo violento, y esto debe guiarles al escoger una tarea o profesión.

Renunciarán la carrera militar o de marina, los oficios de herrero, peones, carpinteros, panadero, mozo de cordel, cartero, y, en términos generales, todos los oficios que reclamen esfuerzos musculares sostenidos o necesitan andar mucho.

Renunciará a las profesiones que exponen a desgastes o emociones morales, luchas políticas, de comité.

Los cardíacos se encuentran, por el contrario, muy bien con las profesiones sedentarias, autores, hombres de ciencias, empleados de comercio; pero lo que está indicado son los empleos nacionales, que exigen en general poco trabajo mental, lo que aleja todo peligro de *surmenage.*

Evitar el juego, sobre todo las carreras, ruletas, pues esto trae emociones violentas; se puede jugar a las quinielas, lotería, etc.

Renunciar a los ejercicios violentos, ascenciones de montañas, esgrima, football, equitación.

Si la afección cardíaca está compensada, pueden en rigor permitirse la bicicleta.

El automovilismo, como deporte, debe ser prohibido a los cardíacos.

El tabaco debe también ser prohibido, puede provocar trastornos digestivos que repercuten sobre el corazón por vía refleja, palpitaciones y, sobre todo en los aórticos, accesos de angina de pecho.

Por razón a la retención de desuso sódico en los tejidos y sus consecuencias patológicas, prescribir a los cardíacos un régimen pobre en sal; es necesario no suprimir completamente la sal, sino disminuirla; debe evitarse el comer jamón salado, etc.

Se prohiben los baños fríos y también los muy calientes; deben tomarse baños templados, cortos y poco frecuentes.

El severo aforismo de Veter referente a los cardíacos: "la soltera no debe casarse, la casada no debe hacerse embarazada y la que es madre no debe lactar", no es ya aplicable de una manera rigurosa.



— ¿Y se te declaró apasionadamente?
— No. Algo más importante: me dijo qué renta tenía.

Contra el zona, herpes, culebrilla

Talco de Venecia..	90	gr.
Salicilato de bismuto	12	„
Acido bórico.......	3	„
Resorcina	1.50	„

Mézclese y tamícese.

Aceite de almendras	cc.	10 gr.
Agua de cal.......	cc.	10 gr.
Lanolina	cc.	10 gr.
Salicilato de bismuto..	4	„



N:1 N:2 N:3

Armas de Precisión y de Caza

Las armas que ofrecemos, no solo son las de más alta calidad y las de marcas más universalmente conocidas, sino que los precios a que las vendemos, no admiten competencia.

N.º 1. — CARABINA de precisión "La Francotte", calibre 6 mm. con alza hasta 200 metros........................... $ **44.-**

Balas doble "culote" 6 mm. cortas, la caja de 250, a................................ $ 3.50

Largas, la caja de 100 .... $ 3.50

N.º 2. — CARABINA Winchester, modelo especial, caño corto, reforzado, de 4 mm. de espesor, forma octogonal, calibre 44, de 9 tiros, pieza delantera con puntera metálica, el tipo de carabina más perfecto, que se aparta totalmente de los modelos comunes................ $ **89.-**

N.º 3. — CARABINA de repetición "Winchester", calibre 44, de 12 tiros $ **83.-**

Balas "Winchester" 44, pólvora sin humo, la caja de 50................................ $ 6.30

N.º 4. — ESCOPETA fuego central de dos caños, de Acero especial, calibre 16, con cuatro cierres, caño izquierdo "choke", fabricada expresamente para nuestra casa. Arma sólida, segura y recomendable....................... $ **85.-**

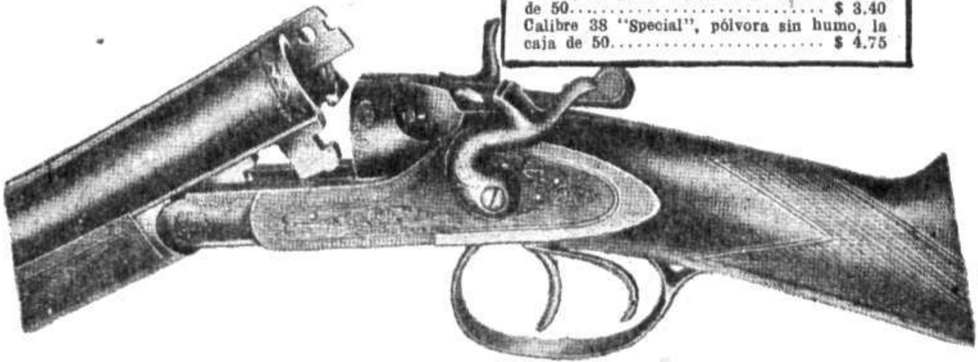
BALAS REMINGTON U. M. C.

Calibre 22 "Short", pólvora "Lesmok", el cien.............................$ 1.45

Calibre 22 "Long Rifle", pólvora "Lesmok" el cien........................... $ 1.90

Calibre 32 "Long", pólvora sin humo, la caja de 50............................ $ 3.40

Calibre 38 "Special", pólvora sin humo, la caja de 50........................ $ 4.75



N:4

Casa

CARLOS RASETTI

FUNDADA EN 1857

F. C. Rasetti & Cía. (Suces.)

SARMIENTO esq. MAIPU - BUENOS AIRES

A NUESTRA CLIENTELA DEL INTERIOR

Disponemos de todos los artículos de nuestro ramo: Armería y Cuchillería. Sírvanse solicitar precios. Estamos en condiciones de poder cotizar los más bajos en plaza.

Notas Sociales

Puede decirse que recién ahora se revela la faz deslumbradora de nuestra «Feria de Vanidades» proverbial: sobre la multitud abigarrada que inunda incesantemente la playa, la rambla y algunos centros de diversión, surgen las burbujas doradas que se agrupan, dando ese toque brillante, lleno de interés y de elegancia propia de la alta figuración mundana... La crónica oficial, obligada como corresponde a hacer *ambiente*, adolecía, *sin embargo, hasta los últimos* días, de cierta monotonía: almuerzos, comidas, comidas o almuerzos..., y no ha faltado quien observara, entre los más caracterizados círculos, el propósito de «dar vida artificial» a determinado centro, en detrimento de otros; pero parece que, a pesar de tales esfuerzos, la alegre y brillante caravana se aparta de ciertos salones que evocan para ella la aridez del desierto de Sahara.

Libres de todo compromiso oficial, podemos comentar entre nosotras, lectoras y amigas mías, la crónica privada, o sean las impresiones reales y sinceras que nos llegan desde la encantada región, en la que se disfruta, ¡por tan breve temporada!, de todos los halagos de la vida. Las conveniencias sociales, o sea, aquel código que aprendimos a respetar entre gentes de cierto rango, sufren indudablemente una crisis, o un eclipse, en cuanto nos aclimatamos en aquel ambiente, pleno de extrañas liberalidades, pero en el que se analiza sútilmente toda innovación: y entre éstas debe mencionarse, como nota discordante, una comida, en cuya asistencia bastante numerosa, figuraban nombres femeninos que gozan de merecido prestigio en nuestra sociedad, comida que fué «presidida» por una personalidad ajena en absoluto al ambiente nuestro, y aclimatada en nuestra «Feria de Vanidades», en virtud de dotes profesionales, que no son precisamente las que dan derecho para alternar en forma tan cordial, con damas y niñas, que suelen ser muy exigentes para seleccionar el círculo de sus amistades; que se le ofreciera gentilmente un obsequio como demostración de gratitud o simpatía. ¡En hora buena! Pero hubo exceso en la distinción... Por lo menos, así lo aseguran los espectadores.

Pero volvamos a la faz realmente deslumbradora del brillantísimo espectáculo: entramos en plena «season» y la expectativa se hace cada vez más interesante... La primera, entre tantas y tantas fiestas celebradas, la primera, que pudiera llamarse «bien» concurrida, ha sido, según se asegura, la comida organizada en beneficio de la población infantil del puerto; fué nota predominante en ella, la inusitada animación, puesto que la brillante asistencia, sin excepción alguna, se dejó llevar por la irresistible sugestión del baile: algunas aristocráticas figuras femeninas, aquéllas que se oyen llamar con el dulce nombre de «abuela» fueron tan atendidas como las mismas figuritas que viven recién su riente juventud; bien es cierto que en la silueta, y hasta el peinado que uniforma la decantada melena, no puede hallarse ya diferencia alguna...

También menciona el comentario, que, invitada por una distinguida dama que ofrece continua y gentilmente la hospitalidad de su mesa, se destacaba en esa misma fiesta la bellísima figura de una joven señora que une dos nombres extranjeros: lucía un traje regio, de sello netamente parisino, que provocó general *admiración, y el interés muy comprensible de los* «snobs» que la rodeaban, empeñados en admirar de cerca su belleza, en ceñir aquel talle tan flexible, siguiendo el ritmo de la orquesta.

Parece que la nueva *imposición* de la moda consistirá ahora en prolongar el escote de la espalda hasta la cintura, y en aquel cuadro deslumbrador, todo vida y colorido, cuyas escenas podrían inspirar a los grandes maestros de la escuela contemporánea, se hallaría fácilmente también la nota burlescamente trágica de ciertos personajes del inmortal Velázquez... Pero, en la «Feria de Vanidades» no puede percibirse la nota dolorosa: la juvenil alegría y el anhelo de disfrutar de la fiesta del mundo, por una parte, y por otra, la ciega presunción, llegan a nivelar las más extrañas situaciones.

No falte quien asegure que en la vida de las playas aristocráticas, tal como en los «clubs» más cerrados e intransigentes de la ciudad del ruido, se paga lo que llaman los «clubman» con suma gracia el «derecho de de piso»: si los neófitos deben contribuír para ser admitidos en estos centros, con la suntuosidad refinada de la mesa hospitalaria y con una prodigalidad inagotable en la mesa de Pocker, en las playas se concede también «derecho de piso», merced a la munificencia de oportunas donaciones; entonces, se produce el milagro anhelado de la «admisión», tan importante para las gentes que piensan como Oscar Wilde, que pertenecer a la alta sociedad puede ser cosa muy aburrida, pero que no pertenecer a ella es la más dolorosa de las tragedias, y no olvidemos, que en virtud de aquel milagro, reciben muchos de los desheredados de la suerte, cuantiosos beneficios.

Pero dejemos a un lado el comentario siempre maligno que inspira la vanidad humana; la crónica privada, debe anotar también la nota sentimental. Se asegura que uno de los «ases» de la cámara joven, muy inteligente y perfecto caballero, vive en la luminosa playa del sur, la hora decisiva de su existencia. Susceptible a toda sugestión de belleza y de «charme» femenino, a pesar de que su alto cargo debiera encerrar su espíritu entre cifras y más cifras, no ha resistido ahora a la mágica sugestión de unos ojos claros, bajo el oro de los cabellos rubios... Viaja constantemente para llenar sus áridas tareas, pero, en vez de visitar el terruño, allá en la heroica provincia, vuelve ansioso al mar, con la esperanza de conquistar a la figura gentil de la porteña, que encarna para él todos sus ensueños y entusiasmos.

La dama duende.

Buenos Aires, Febrero 15 de 1925.

Enlaces



Señorita Amalia L. Millán, que contrajo enlace con el capitán Juan B. Ferro.



Señorita Nélida Durán, que contrajo enlace con el doctor Alberto Néstor Galuede.

Arte, Belleza, Comodidad

y material seleccionado son características de todo corsé o faja ejecutado en la

CASA IZQUIERDO

La línea impecable y forma sugestiva de cada modelo, refleja una expresió que define con exactitud el significado de ELEGANCIA, COMODIDAD CONFORT, constituyendo a la vez el anticipo de una inversión positivamente ventajosa. Las damas han hecho suya a la

CASA IZQUIERDO

por la calidad insuperable de sus modelos. La

CASA IZQUIERDO

retribuye esta preferencia ofreciendo siempre las más geniales creaciones, los estilos más clásicos y la más esmerada confección.



CARLOS PELLEGRINI 490
Buenos Aires
Unión Telefónica, Mayo 0313

Casa IZQUIERDO
La más importante de Sud América

Todo es montaña

Más de diez mil hombres seguían al maestro en su magna obra de redención social.

La elocuencia de su verbo. El hermoso evangelio de su santo ideal. La dulzura de su prédica y la firmeza de sus convicciones, conmovían el corazón de las multitudes.

El muy sabio Maestro, predicaba el trabajo, la lucha sin el crimen, inútil derramamiento de sangre. La confianza en la justa causa del derecho.

«Vamos hermanos, al fin de la montaña. Allá, en lo alto coronaremos nuestra obra. Pero hay que ascender mucho. Romper breñas, perforar rocas; quitar obstáculos».

Y la multitud le siguió. El trabajo era arduo. El sol *quemaba*. El agua torrencial dificultaba a veces el ascenso.

Cuando se ganó la tercera parte del camino, la mitad de los adeptos habían retrocedido. «Todo es montaña» — exclamaban. A la mitad del sendero, los más débiles seguían retrocediendo. «Todo es montaña» y abandonaron la gigantesca empresa.

Cuando el maestro llegó a la cima, le acompañaban solamente un centenar de hombres.

Aquellos fueron los elegidos. Los que conquistaron con su esfuerzo el resonante triunfo. Para ellos las riquezas, los dones, los beneficios, las prebendas.

Y los de abajo, los débiles, los pobres de espíritu, los holgazanes, insultaron el valor y la perseverancia de aquellos que soportaron el sol quemante, el agua torrencial y conquistaron la cima con el esfuerzo de la voluntad y las poderosas armas del trabajo.

Pelegrín López de Victoria.



— ¿Pero se fijó usted en el conductor que lo miraba como si no hubiera pagado su billete?
— Sí, pero yo lo miraba como si lo hubiera pagado...

¡TODO PASÓ..!

¡El Carnaval ha muerto...!

Ya sólo nos queda un dulce recuerdo en la memoria, una intensa melancolía en el espíritu y un hondo vacío en el bolsillo. ¡Así es la dicha.! Dura poco y cuesta mucho. ¡Qué pereza volver ahora a la lucha, a la monotonía, a la prosa de la vida! ¡Qué tristes nos sentimos! ¡Qué cansancio, qué decaimiento, qué malestar tan espantoso! Nos duele la cabeza. Nos duele todo el cuerpo. Nos sentimos escalofriados. Nos parece que vamos a enfermarnos. Ahora, precisa y exáctamente, es cuando se necesita una dosis de

CAFIASPIRINA

Pocos momentos después, todos los dolores, todo el malestar y todo el decaimiento habrán desaparecido y volveremos a sentirnos sanos, fuertes y con el ánimo dispuesto para afrontar otra vez obligaciones y quehaceres.

NUNCA AFECTA EL CORAZON

Se vende en tubos de veinte tabletas y "Sobres Rojos Bayer" de una dosis. ¡Fíjese siempre en la Cruz Bayer!



RECUERDOS DE LA VIDA LITERARIA

EL SECRETO de MENÉNDEZ Y PELAYO





Solía ver a don Marcelino Menéndez y Pelayo, allá por el año de 1893, en su habitación de la «Fonda de las Cuatro Naciones», en su modesto cuarto, aquel cuarto donde reinaba un orden desordenado que sólo él comprendía. Imagino que la misma fámula que arreglaba la pieza, debió tener orden, y muy estricta, de deslizar su plumero con religiosa reverencia, sobre los montones de libros, folletos, pergaminos, infolios y manuscritos, que en revuelta confusión llenaban la estancia.

Muy natural era que el sabio dictase tal orden en defensa de su labor. Temería y con razón, que un cambio en el desbarajuste existente, rompiera el hilo de Ariadna que le servía para manejarse en aquel laberinto intelectual donde se las arreglaba como Teseo.

Pero con más frecuencia, y más a mi gusto, le veía en un lugar modesto que era, por aquel entonces, el punto de cita de los intelectuales de Madrid y de los extranjeros amantes de las letras que vivían o estaban de paso en la Villa y Corte.

Era este centro de tertulia, útil y amena, la librería de Fernando Fe, en la Carrera de San Jerónimo número 2. Modestísimo local que la costumbre, y, en honra a la justicia, la seguridad de encontrar allí, lo mejor y más nuevo, había constituído en el punto de reunión donde, al atardecer, se juntaban muchas personalidades cuyos nombres a la fecha tienen ya de haber recibido el bautizo del laurel consagrador.

Fué allí donde tuve ocasión de poner a prueba, cosa innecesaria, ese mágico poder de don Marcelino Menéndez y Pelayo de saberlo todo, de vivir enterado de las últimas novedades en materia bibliográfica, sin distinción de asunto, ni de pueblo, ni de lengua.

La señora del «attaché» militar de los Estados Unidos en España, dama doctísima y de espíritu muy castellano, recién llegada de un viaje a Londres, me había traído la última primicia de la publicación británica. Un libro que llevaba a la pituitaria el olor fresco de la tinta húmeda.

¿Lo conocerá don Marcelino, pensé? A Madrid no había llegado.

—Dígame, le interrogué aquella misma tarde, ¿ha leído usted la obra de Ignacio Donnelly, sobre Shakespeare, recientemente aparecida en Inglaterra?

Hizo su gesto habitual de arquear las cejas y, con gran sorpresa mía, oí de sus labios, no sólo las más minuciosas noticias sobre el libro, sino, como feliz añadidura, interesantes y eruditos comentarios.

Aquella vida de estudioso, infatigable en su labor honda, seria, de problemas abstrusos, me parecía que no estaba destinada sino a la investigación y al trabajo. Para mí — yo era un joven admirador, — en el que había escrito sobre los heterodoxos y sobre la poesía horaciana, y sobre tantas cosas transcendentes, el cerebro no debía tener un momento de tregua, ser un obrero incansable en su tarea grande y fructífera, no así el corazón que, a mi juicio, no ejercía en él otra función que la del rítmico y palpitar fisiológico.

No tardé en convencerme de mi error. La víscera potente que nos recibe en la vida con su primer latido y nos despide con el último al dejarla, se agitaba en el erudito y admirable escritor, con todos los impulsos de una pasión febril. El estudio de un asunto de límites de mi país, me llevó a Sevilla para buscar luces en el Archivo de Indias y pasé en la ciudad del Alcázar algunos meses. Como en Madrid, me encontré con un punto de reunión intelectual, y muy interesante por cierto. Era la casa de don Juan Pérez de Guzmán y Boza, duque de Tilly, bibliógrafo meritísimo. No olvido que allí conocí, en sus postrimerías, a don fray Ceferino González, cardenal y primado de España, que sobre tales jerarquías ostentaba la de ser un gran filósofo, y un gran letrado. En aquel amenísimo cenáculo volví a verme con Menéndez y Pelayo. Imaginé que el deseo de tomarse un descanso, quizá de variar de tareas, lo llevaba a Sevilla, con tanta más razón cuanto que era el tiempo glorioso de la feria clásica.

Uno de los tertulianos, no gente de letras sino de mundo, muy sabido y entendido en intríngulis de amor, me dió la pauta de porqué el sabio se encontraba en Sevilla. Cuando yo, no se porqué motivo, le hice conocer mi impresión, me dijo:

—No, amigo mío, don Marcelino no viene a descansar, ni en persecución de otro ambiente. Cada año llega a esta ciudad atraído por los *ojos* de una *mujer* y de una hermosa *mujer* sevillana.

—¿Cómo? ¿Don Marcelino?

Mi interlocutor, con una sonrisa que podía traducirse por: «¿pero se imagina usted que el gran polígrafo no es un hombre, como todos, de carne y hueso»? Y agregó:

—Una viuda muy linda, a quien conoció hace unos cinco años, le trastrocó el seso. Desde entonces, viene periódicamente, se declara, obtiene una negativa invariable, porque ella que lo admira y aprecia, no lo quiere, y se vuelve a Madrid a sumirse en sus graves estudios que, probablemente, no dejarán de ser interrumpidos por el recuerdo de los candentes ojos de la viuda.

Y yo vi muchas veces durante aquella temporada, al ilustre escritor, tomar un mismo rumbo, ondular entre las estrechas y torcidas calles sevillanas, y clavar sus miradas, como lo haría sobre el volumen más interesante y curioso, en las rejas floridas de una casa enigmática. Allí, detrás de aquellos muros, se ocultaba el secreto amoroso de don Marcelino.

M. SOTO HALL



LA SORTIJA

Camino de la escuela que el buen recuerdo añora,
ensimismado, enfrente del Palacio del Foro,
me quedé una mañana fresca y embriagadora
mirando unas palmeras y descubrí un tesoro.

En una alta palmera soltó su arrobadora
canción de finos sones un jilguero sonoro
y vi que el sol—oh, mago rey que trae la aurora—
enredó entre unas hojas una sortija de oro.

Después... todos los días estaba la sortija
en aquella ramita prendida y allí fija
era como un regalo que la solar estela
para mi soledad sobre el árbol dejaba.
Escondido tesoro, nadie lo contemplaba.
Yo lo miraba siempre, camino de la escuela.

Hernández de Rosario

ALEGORIA

Solemne y grave el errabundo paso,
—como en la estampa de una edad dorada—
levanta el buey su lira sonrosada
bajo la luz transida del ocaso.
Entre sus recias patas, tiende el raso
de la campiña, hierba inmaculada,
¡y el buey rumia el azul con su mirada
en la inconsciencia insigne de su caso!

Cual sublimando al singular bobino,
sobre el último encaje vespertino
exalta Venus su diamante.
Luego
— tal que en un bello y dulce simulacro —
tórnase el buey magnificado y sacro
como en los tiempos áureos del Dios griego.

Xavier Bóveda

DIBUJO DE REQUENA ESCALADA

Breve reseña histórica del origen de la bicicleta

Aunque es de nuestros días el deporte velocipédico, la bicicleta se ha usado desde muy atrás, y su origen se remonta al siglo antepasado, si bien no como la conocemos, y con otros nombres diferentes. Eran entonces los *velocípedos* aparatos movidos tan pronto con los pies como con las manos y brazos.

El ilustre ingeniero de montes y profesor de mecánica barón Carlos Federico Dais de Sauerbronn, nacido en 1875 en Ausbach (Baviera) y muerto en 1851, fué el inventor de una máquina que, de su nombre, se llamó *draisiana*, y se distinguía del *celerífero* en que la rueda delantera giraba con independencia de la de atrás y no formaba un solo cuerpo con ésta. Todavía se denomina hoy en algunas partes con el nombre de draisiana al velocípedo que sirve para inspeccionar las vías férreas. Pero el *celerífero* fué, a no dudarlo, el primer antecesor de la bicicleta moderna. Componíase este aparato de dos ruedas, colocadas una delante de otra en el mismo plano, en armaduras en forma de horquillas, sobre las que iban montados los ejes; el jinete, montado como sobre un caballo, le imprimía movimiento apoyando los pies en el suelo para darle fuertes impulsos, lo que, sobre ser molesto, daba un aspecto al jinete inmensamente ridículo.

En 1819 apareceieron en Inglaterra los triciclos, provistos de asientos anchos y de unas palancas, que permitían ponerlos en movimiento con los pies, mientras otros servían para guiarlos.



El comprador (a la chica vendedora). — Vea señorita: En el gentío nos hemos perdido con mi mujer. ¿Quiere usted que hablemos un poco?
— ¿Por qué, señor?
— Porque si hablo con una linda chica aparecerá mi esposa.

Franceses e ingleses dispútanse la gloria del equilibrio velocipédico, atribuyéndolo los primeros a Ernesto Michaux y los segundos a Kispatrie Macmillan.

Sea de ello lo que fuere, lo que podemos tener por cierto es que de 1855 a 1862 Pedro Lamellet, francés, perfeccionó el celerífero de Drais, dotándolo de pedales dispuestos directamente sobre la rueda delantera, y en 1855 se construyó ya con más perfección y con ruedas metálicas.

Finalmente, en 1885, los hermanos ingleses apellidados Starley idearon y ejecutaron la primera bicicleta, con las dos ruedas de igual diámetro, y con movimiento propio, como vemos en las bicicletas actuales que alcanzaron la perfección con la invención de los neumáticos, aplicados a las ruedas.

La superioridad y consagración

de los equipos eléctricos

DELCO-LUZ

para la iluminación de casas de campo, chalets, negocios, hoteles, granjas, etc., al igual que en los E. U. A. y Europa, están reconocidos en la Argentina. Actualmente existen en este país más de 3.500 DELCO-LUZ en uso diario, y muchos de ellos desde hace más de 7 años.

Vd. debe ordenarnos inmediatamente

la instalación de un DELCO-LUZ en su propiedad; así podrá disfrutar en la presente temporada de todas las ventajas y economías que él representa.

NO DEMORE, y escríbanos hoy mismo dándonos detalles de su propiedad, y a vuelta de correo le informaremos sobre el modelo y el costo total de su instalación.

Solicítenos folletos explicativos y la nómina de poseedores, que enviamos gratis.

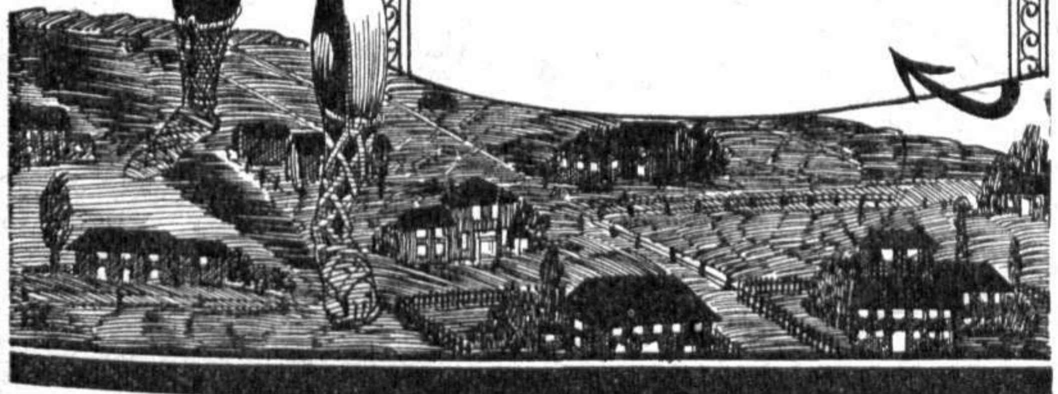
AGENTES EXCLUSIVOS:

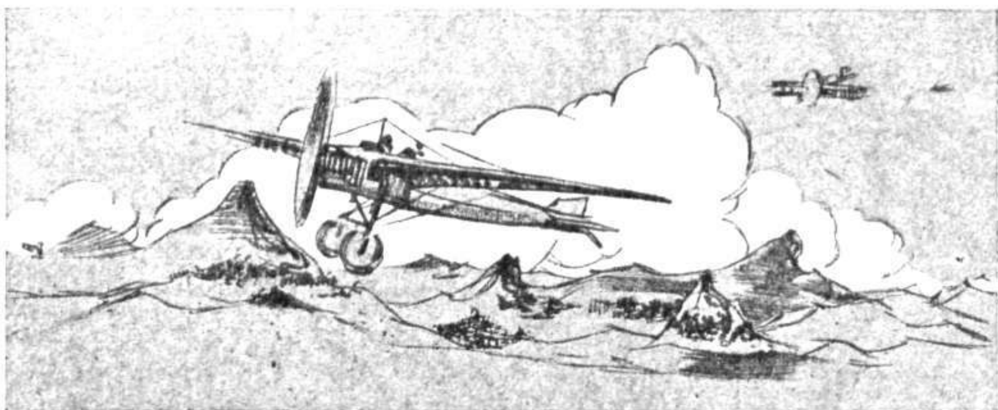
Maipú esq. Córdoba. ROSARIO — **Pratt & Cia.** — San Martín N.° 89. CORDOBA

626, Sarmiento, 636. — Buenos Aires

Tenemos agentes DELCO-LUZ en las principales localidades de la República. Si Vd. se dirige directamente al más cercano, tendrá la misma atención que en nuestra casa.

El DELCO-LUZ es un producto de la General Motors Export Co., Dayton, OHIO, E. U. A





ROZANDO LAS CRESTAS DE LAS MONTAÑAS EN SU VUELO VERTIGINOSO, HA ESTADO A PUNTO DE CHOCAR CON DOS AVIONES EN SU APURO POR ADELANTARLOS.

A TUMBA ABIERTA

TRADUCIDO ESPECIALMENTE PARA «CARAS Y CARETAS»

DIBUJOS DE PARPAGNOLI

APRETADOS entre los tabiques de aluminio el uno detrás del otro, Duhail y su mecánico Le Nillec callaban dejando deslizarse sus miradas hasta el suelo que dominaban a 600 metros. La marcha regular del avión y la calma de la atmósfera reducían su tarea a algunos raros gestos y casi instintivos. El piloto, manteniendo su volante inmóvil, limitándose el ayudante a vigilar de tarde en tarde el engrase y la alimentación del motor, ambos arrullados por el ligero tangaje, abandonábanse al placer de su vuelo.

Perdida entre los contrafuertes de la montaña, una pequeña villa apareció a lo lejos, semejante, con su almácigo de casas minúsculas, a un bonito calco de cartón piedra.

«Allí está Florac — gritó Duhail. — Bajo.»

De pronto, como el aeroplano dirigiera su marcha descendente en una suerte de vasto desfiladero, un sacudimiento hizo gemir la armadura. Se hubiera dicho que el aparato acababa de chocar con algún obstáculo invisible. Onduló, se encabritó, luego deslizóse casi verticalmente en un remolino. Las maromas crujieron. Duhail y Le Nillec arrojaron juntos un mismo grito de terror.

Pero el piloto, prendido de sus frenos sintió que el monoplano volvía a obedecerle. Con un golpe de equilibrador, consiguió enderezarlo, y el descenso prosiguió, regular, en la trepidación precipitada del motor.

Duhail dióse vuelta hacia su ayudante, quien verificaba ansiosamente los principales órganos de la máquina y gritó:

— ¿Qué me dices de esto, Le Nillec?

— No lo sé. Un «agujero de aire»... Creí que estábamos...

— Es necesario que tenga yo el corazón neto. Voy a regresar...

El aeroplano se elevó, describió un gran círculo en el espacio, después, al cabo de algunos minutos, retornó, con algunos metros de diferencia, su itinerario de hacía un momento. De nuevo, se internó en el desfiladero descendiendo con rápido giro hacia Florac, y otra vez el brusco remolino hízose sentir y sacudió el aparato desequilibrado. Pero ahora el piloto hallábase en guardia y enderezó fácilmente su máquina. Sin embargo, no había duda, que un peligro real existía ahí. Que fuera causado por una diferencia de densidad entre capas atmosféricas o por una especie de corriente de aire entre las altas paredes casi verticales de ese corredor de montañas, aquel fenómeno invisible, inesperado, con un tiempo tan tranquilo, colocaba a un aviador a merced de su aparato.

«¡Diablo! — refunfuñó Duhail. — Felizmente he visto esto antes de la carrera.

«La carrera», era el famoso circuito de las Cevenas que debía disputarse el día siguiente sobre el recorrido que acababan de efectuar los dos hombres.

Aeroplanos de todos los países de Europa, iban a tomar parte en él, encontrándose cada nación representada por tres aparatos como máximum, sin limitación de peso, de envergadura ni de fuerza. Asimismo cada aparato debía transportar dos personas. Excitado por la emulación patriótica, el público esperaba ansiosamente los resultados, cruzándose fuertes apuestas.

Duhail, elegido como uno de los tres pilotos franceses, dirigía un 200 HP. *Terror*, soberbio monoplano todo de acero y aluminio, rígido y bien equilibrado. Había preparado amorosamente su aparato y, desde hacía dos días, se entrenaba en un circuito de una cincuentena de kilómetros que deberían los concurrentes cubrir diez veces.

Por la primera acababa de realizar el recorrido justamente «a la cuerda», y darse cuenta del peligro que comportaba.

— «¡Bah! — se dijo. — Mi maquinucha es sólida. Yo pasaré por donde otros no pasarían, lo cual me dará ventaja».

Duhail había adquirido reputación de valor. Era ella, con su destreza de piloto, su principal, y tal vez su único mérito. Pequeño mecánico popularizado por la locomoción aérea, alma violenta y

simple, permanecía, a despecho de su súbita aureola de héroe, tan vulgar e insignificante como en el pasado. Pero la multitud no mezquina su admiración y Duhail, lo mismo que muchos de sus iguales, a fuerza de sentirse alabar a la moda ditirámbica, creía de buena fe haberse convertido en una especie de semidiós.

«Vamos, pues — dijo con desgano. — Descendamos».

El monoplano rodó ligeramente sobre el suelo, aflojó, luego se detuvo. En momentos de saltar Duhail a tierra, un personaje respetable y barbudo se abrió paso entre los grupos aproximándosele. Era el señor Barral, el director de la Sociedad de aeroplanos Terror — «el patrón».

— Y bien, señor Barral, ¿creo que esto marcha bien?

— Precisamente, mi querido Duhail, precisamente... tengo algo que anunciarle... ¿conoce usted a Longrines, no es cierto?

— ¿Longrines, el vencedor de París - Moscú? ¡Caramba!... De ese puede decirse que ha tenido buena suerte...

— Es un aviador notable, notable — cortó Barral. — Y justamente he pensado... hemos pensado...

— ¿Qué cosa? — dijo brutalmente Duhail — aturdido por un presentimiento.

— Hemos pensado que usted sería feliz en inclinarse ante un piloto de mayor reputación que la suya. Sé hasta dónde va su patriotismo, mi querido amigo... No sería cuestión de personas, mañana, sino de la Francia... Nada debe descuidarse para hacer a la Francia victoriosa. Longrines tiene más experiencia que usted, conoce nuestros aparatos... lo haremos partir en lugar suyo. Es, por otra parte, un caso previsto por el contrato de usted.

Duhail había escuchado, aterrado, mientras al derredor suyo la multitud, a la cual escapaba el coloquio, continuaba gritando:

«¡Bravo Duhail! ¡Viva Duhail!»

— Vamos... vamos... no es posible, tartamudeaba éste con voz ahogada. ¿Y los otros dos?

— ¡Oh! los otros dos campeones no son de nuestra marca. Eso no nos atañe. Con todo, estamos muy satisfechos de usted, prefiriendo a Longrines, nada más.

— Está bien — respondió el aviador con un violento esfuerzo para permanecer tranquilo... — Me inclino... Me tienen ustedes ligado de pies y manos... no puedo hacer otra cosa.

Cuando estuvo solo en el cuarto del hotel, su cólera creció todavía. Díjose que debió haber gritado contra la infamia, amenazar, saltar a la garganta del «patrón», y se injurió a sí mismo por su actitud resignada.

— Pero esto no es posible — profería furioso. — No se tiene el derecho de retirárseme *mi* aparato... ¡Es un verdadero robo!

Recordaba, sin embargo, los términos de su contrato, al cual había aludido el señor Barral y que, efectivamente, preveía el reemplazo de Duhail por otro piloto cuando la casa lo estimara preferible, sin previo aviso ni formalidad ninguna.

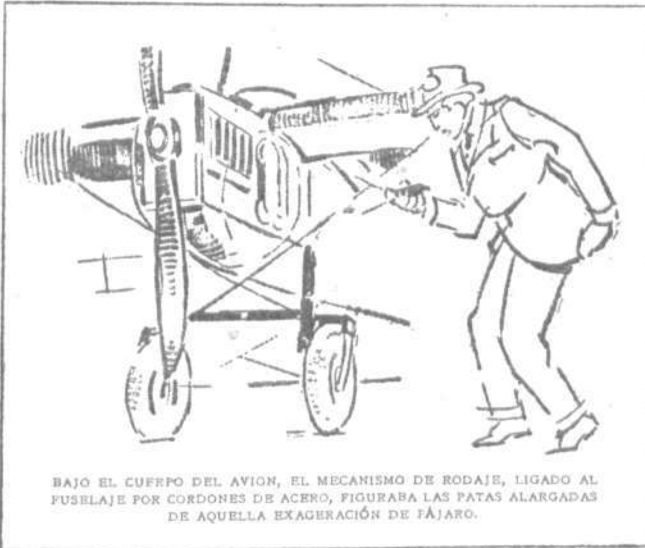
«¡Decir que he firmado eso yo! — pensaba rabiosamente Duhail. — Otra vez, la comprendería todavía... ¡Pero un día como el de hoy, podría creerse!... La noche había llegado desde hacía tiempo, y Duhail proseguía aun sus idas y venidas de animal enjaulado.

Parecía presa de un creciente vértigo que le hacía apretar los puños y proferir entre dientes, innobles injurias que excitaban su cólera. Al fin pareció tomar una resolución: «¡Tantopeor! — murmuró. — ¡Ellos lo habrán querido!»

Salió, dirigiéndose a los hangares, alumbrados apenas por algunas pocas lámparas de acetileno. Una terrible expresión de voluntad rencorosa crispaba su cara.

Dió una gran vuelta, franqueó unos bosquecillos, llegó por el fondo a los hangares, que levantaban en la obscuridad su masa confusa. Contó las barracas, reconoció la de su aparato, tanteó, y concluyó por sentir bajo sus dedos una tabla mal clavada.

Unos instantes después la tabla arrancada silenciosamente permitióle introducirse en el interior del abrigo. Apretó el botón de una linterna de bolsillo. El monoplano Terror, en reposo, llenaba todo el hangar y parecía enorme.



BAJO EL CUERPO DEL AVION, EL MECANISMO DE RODAJE, LIGADO AL FUSELAJE POR CORDONES DE ACERO, FIGURABA LAS PATAS ALARGADAS DE AQUELLA EXAGERACIÓN DE PÁJARO.

Bajo el cuerpo del avión, el mecanismo de rodaje, ligado al fuselaje por cordones de acero, figuraba las patas alargadas de aquella exageración de pájaro.

Las maromas metálicas, tendidas y sonoras como cuerdas de arpa, ataban ese mecanismo a las alas y, entrecruzándose, aseguraban, ellas solas, la rigidez, la solidez del conjunto. Duhail se agachó, dirigió la débil luz de su linterna hacia la parte inferior, sacó de su bolsillo una gran llave inglesa y se entregó a una apresurada y singular tarea.

Un rictus de venganza satisfecha torcía sus facciones, cuando un ruido casi imperceptible lo hizo saltar. Apagó precipitadamente su linterna y permaneció en la sombra en una inmovilidad de angustia. Escuchó, creyendo oir del otro lado del tabique de tablas un paso furtivo que se alejaba. Pero tal vez no fuera sino una ilusión de sus oídos, donde zumbaban los latidos de su sangre.

Esperó largo rato, escrutando ansiosamente el silencio, luego salió del hangar como había entrado y se dirigió a su hotel, completamente tranquilizado y no sintiendo sino una especie de acre satisfacción.

DUHAIL dormía todavía profundamente, cuando alguien lo sacudió. Entreabrió los ojos y reconoció al señor Barral.

«¿Hein?... ¿Qué hay?» — balbuceó el aviador.

— Longrines no puede partir. Acaba de llegar abominablemente enfermo... Vengo a pedir a usted que retorne a su puesto... Apúrese, no le queda a usted más tiempo que el de prepararse.

— ¡Cómo! — dijo Duhail con voz ahogada... — ¡Pero... pero yo no quiero!

Perdido, pensaba en fingirse colérico, en representar una comedia cuando una reflexión lo detuvo. ¿No se iría a sospechar la verdad?... Luego díjose que después de todo podía todavía, antes de la partida, reparar el aparato. — Murmuró, precipitadamente:

«Entendido... Partiré...»

Diez minutos más tarde, rápidamente vestido, dirigíase a los hangares. Se aproximaba al abrigo de su aparato cuando un soldado, con el arma al brazo, se paró delante de él:

«Excuse usted, señor, pero no se pasa».

— ¿Qué me cuenta usted? — replicó el aviador furioso.

— Sabe usted muy bien que está prohibido — dijo el funcionario. — No se puede tocar a los aeroplanos antes de la partida. Por otra parte, he ahí los comisarios.

Algunos señores se adelantaban, adornados con distintivos de cuero e insignias multicolores. Uno de ellos llamó a Duhail:

— Y bien, campeón, ¿quería usted ver una última vez su máquina? Nada que hacer, mi amigo. El reglamento es el reglamento. No puede usted tocarla sino para subir en ella...

— Es verdad — balbuceó Duhail — lo había... lo había olvidado.

Regresó al hotel, aplastado, desesperado, y sacudido por instantes, por grandes escalofríos. Sentía en sus labios secos como un gusto de muerte, un gusto desabrido que lo descomponía.

A través del descarrilamiento de sus pensamientos, uno sobre todo imponíase en su estrecho cerebro atribulado, un pensamiento cobarde de vencido, un supremo sobresalto del instinto de conservación:

«Voy a confesar... Es preciso que confiese... Tanto peor, me río de lo que digan... ¡No quiero morir!...»

Daba un paso hacia la puerta decidido a todas las humillaciones para salvar su pellejo, cuando un diario desplegado sobre la mesa, atrajo sus miradas. Leyó maquinalmente:

NUESTROS HEROES

Partirán mañana para la gloria los concurrentes al circuito de Cevenes. Mañana todos esos jóvenes, en quienes se encarnan la fiereza de su raza, van noblemente a arriesgar su vida para conquistar el precioso trofeo. Longrines, Duhail, Lanos, Ribert, todos esos nombres que las multitudes repítense con admiración, permanecerán en los siglos futuros como los de audaces pionners, como modelos de energía viril...

Alzó los hombros, pero no consiguió desprender sus miradas del diario. Bruscamente, levantó la cabeza, con un gesto de desaliento, de abandono a su destino...

Sus ojos estaban llenos de lágrimas....

«Tanto peor, voy a hacerme romper la cabeza, puesto que no hay medio de hacer de otro modo...»

La hora de la partida se acercaba. Una multitud vibrante, apasionada, llenaba las tribunas del aeródromo.

Duhail, apremiado, empujado por la muchedumhabíase dejado izar hasta su asiento. Viendo a Le Nillec subir a su turno, se estremeció: había olvidado a su mecánico.

— ¡No! — gritó. — ¡No, tú no, no quiero!... Quiero estar solo.

— Vamos, Duhail, está usted loco. ¿Qué le ocurre? Deben ser dos, bien lo sabe usted.

Duhail paseó a su alrededor miradas extraviadas: «Es verdad — repitió maquinalmente — debemos ser dos...»

Pero ya no se le escuchaba. El aviador calló, aplastado por la fatalidad de su destino, sin osar mirar hacia atrás. En contorno de los aeroplanos alineados, corría la gente, apartábase precipitadamente, gritaba palabras de aliento, de consejo.

De súbito, tronó un cañonazo, oyóse la crepitación de un motor, luego de otro, después el de todos a la vez, y los pájaros de metal y de tela pusiéronse a rodar derecho delante de ellos, de más en más ligero.

Duhail dejó de sentir bajo sus ruedas las sacudidas de la pradera: acababa de dejar el suelo. No pensaba en nada, no tenía la fuerza de pensar en nada; apenas, maquinalmente, pensaba en dirigirse para no chocar con los otros aviones, de los cuales algumuy próximos, lo rodeaban en un vuelo paralelo.

Poco a poco, sin embargo, esa postración se disipó. Sacudióse, abrió sus ojos ya lúcidos y miró. Delante de él, bastante distante ya, el gran biplano de Panazza y el aeroplano inglés luchaban en velocidad.

«Diablo — gruñó Duhail. — Ya que debemos matarnos... Quiero a lo menos que sea en el sitio de honor».

Aceleró. La canción estridente del motor hízose más aguda y el aire azotado por las alas de aluminio silbó más ruidosamente todavía.

En el primer viaje, Duhail se encontró aun el sexto, detrás y a distancia del inglés. En el segundo jalón, no estaba precedido ya más que por el *leader*, el biplano italiano y el aparato de Lanos.

«Atención a los choques», — gritó de golpe la voz de Le Nillec.

Duhail notó que los aviones que lo precedían, en lugar de dirigirse en línea derecha hacia Florac, oblicuaban netamente hacia la izquierda, a fin de contornear los parajes peligrosos.

«Vamos — pensó. — Más vale concluír cuanto antes».

Lanzóse en el desfiladero, perdiendo de vista a sus rivales. Esperaba con angustia la sacudida; creía oir crujir las alas mal atornilladas.

La sacudida se produjo. Sintióse resbalar, la armadura gimió toda entera, y la sangre de Duhail refluyó a su corazón. Mas ya, como ayer, el monoplano tangueaba violentamente, se enderezaba y continuaba su deslizamiento vertiginoso. Duhail sentíase embargado por el estupor. No caía. ¿Por qué? ¿Por qué milagro las piezas destornilladas habían resistido a aquel choque?

Salía ya del desfiladero, aproximábase a Florac. El aparato de Panazza apareció a su izquierda, oblicuó, y vino a virar antes que él a lo largo del tercer jalón, casi al ras de la pradera desde donde subían formidables aclamaciones. Pero el italiano, retardado por sus rodeos, no precedía ya a Duhail sino por algunos segundos. Lanos y Powel quedaban atrás.

El viento, que soplaba por intervalos, sacudía ahora los aeroplanos con súbitas borrascas. Cuando el monoplano Terror comenzaba su segunda vuelta un crujido se hizo oir bajo el ala derecha.

Esta vez no era aun sino una falsa alarma.

El aparato continuaba adelantando con el ronquido precipitado de su motor.



— PRECISAMENTE, MI QUERIDO DUHAIL, PRECISAMENTE... TENGO ALGO QUE ANUNCIARLE... ¿CONOCE USTED A LONGRINES, NO ES CIERTO?

Pareció a Duhail que su corazón palpitante ora de angustia, ora de absurda esperanza, iba a estallar en su pecho.

Abajo, en la multitud, síguese ansiosamente la marcha de Duhail. Se le ha visto partir prudentemente, lanzarse luego en una velocidad desenfrenada, mostrando una audacia que parece crecer, crecer, a cada vuelta... Toca los jalones al virar, tiende en línea recta el viento caprichoso que lo sacude y rozando las crestas de las montañas en su vuelo vertiginoso, ha estado a punto de chocar con dos aviones en su apuro por adelantarlos.

Gracias a tan temerario atrevimiento, ha vencido a otros aparatos más rápidos que el suyo; va a la cabeza, ¿se sostendrá hasta el fin?

Por un misterioso fenómeno de adivinación, los espectadores de la carrera presienten obscuramente algo de extraño, el desesperado en tanta audacia.

«¡Insensato!»... — se dicen. — ¿No veis?...

Diríase que ha hecho el sacrificio de sí mismo... ¡En verdad que juega con la muerte... corre *a tumba abierta!*...»

Los minutos se agregan a los minutos, y el monoplano sostiénese todavía. Pero es en vano que su imperturbable trepidación arrulle a Duhail, que el aire silbando acuse la velocidad, es en vano que la distancia a franquear disminuya. El aviador crispado sobre su volante no es juguete de esa fingida seguridad... La esperanza no lo tortura, no, a él...¡Todas las torturas, sea, pero no aquélla!...

Siente venir y aproximarse, inevitable, el instante de la catástrofe. Grandes golpes sordos conmueven su pecho, porque a pesar de todo, la bestia tiene miedo de morir, pero el espíritu que *sabe*, acepta y se resigna...

Roza, como en un sueño, una forma blanca que se atraviesa en el espacio, y que es un concurrente retardado. El monoplano pasa como una tromba, después sumérgese en el desfiladero. A su derecha, el promontorio surge, luego parece eliminarse, y lo domina. He aquí el instante, Duhail no suelta sus frenos porque es preciso que se le recoja en su puesto...

El remolino... La atmósfera que cede y que aspira... Un gemido y toda la armadura... Después el resbalamiento que es casi una caída... Un grito de Le Nillec...

Después las oscilaciones del aparato que muerde el aire y se afirma. El vuelo se encurva, luego se endereza... El equilibrio está restablecido.

Más que un minuto — ¡será entonces para el último instante! — más que treinta segundos... Las ciudad se agranda, y nada cruje... Las tribunas surgen y nada cruje... La pradera verde, desde la cual sube una aclamación formidable se extiende a los ojos del piloto... y nada cruje todavía... La trepidación del motor se interrumpe, la pradera agasajadora levántase y acude al encuentro del areoplano — y Duhail siente con una crispación del corazón que las ruedas tocan el suelo, dulcemente, dulcísimamente...

«¡Vencedor! ¡Duhail en triunfo!»

Los amigos lo abrazan, levántanlo sobre sus hombros. Pero de pronto los más próximos callan porque se dan cuenta que Duhail está inerte y sus ojos se extravían...

«No, no, déjenme... ¡Qué se me deje!»

Despréndese y corre hacia su aparato. Se acerca a las alas intactas, va a arrodillarse — mas Le Nillec párase delante de él. El mecánico toma a Duhail en sus brazos, y rápidamente a media voz:

— Escúchame... No merece la pena que mires... Yo lo había reparado anoche, a escondidas... ¡Chitón! ni una palabra. Anda tranquilo, yo guardaré el secreto...

— ¡Oh! Le Nillec... Le Nillec...

Duhail oculta la cara en sus manos y vacila. Pero la multitud se impacienta y reclama a aquel triunfador, cuya desconcertante audacia, ella sola, logró la victoria... Y Duhail, a quien se arrastra, a quien se aclama, puede apenas lanzar a su mecánico una mirada que se humilla y pide perdón.

LOUIS CHAMPEAUX

AÑO XXVIII BUENOS AIRES, 28 DE FEBRERO DE 1925 N.º 1378

CARAS Y CARETAS

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



SEÑORA
Mercedes Quintana Unzué de Santamarina

FOTO DE FRANS VAN RIEL

PÁGINA INFANTIL



JUAN JOSÉ GAILLAT CASO



PEDRO ENRIQUE PADILLA



ALICIA LAURA GUILLAMONDEGUI



SIGFRIDO DIÓGENES GIANANTONIO



ROMEO VICTOR SIVORI CASABAL

TEMPORADA En MAR DEL PLATA



SEÑORITA ROSITA J. BIRD.



DOS SILUETAS ENCANTADORAS.



SEÑORA SALAS DE ANCHORENA.



SEÑORES ALBERTO Y ENRIQUE JUSTO.



SEÑORA CARLOTA DAMIANI DE MAGALDI Y SU HIJA MARÍA.



CORONEL ROCCA, SU ESPOSA Y EL CORONEL BARRIONUEVO.

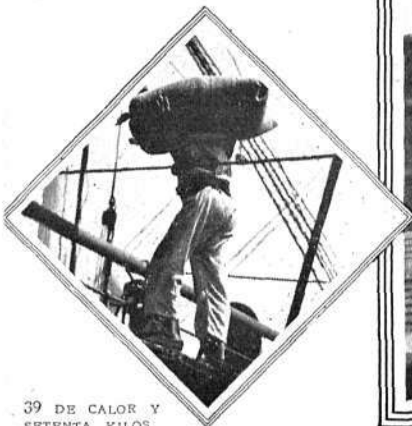


DOCTOR PÉREZ ALEN Y SEÑORA, Y SEÑOR DURÁN.

¡39 y PICO A LA SOMBRA!

Muchos de los habitantes de la ciudad que se sienten sofocados con estos calores insolentes, ignoran que hay una infinidad de mortales colocados en un plano por demás desventajoso con respecto a los protestantes de ventilador y cerveza helada. Esta crónica gráfica, quizá





39 DE CALOR Y SETENTA KILOS EN EL HOMBRO...



UN SOL AFRICANO Y UNA MONTAÑA DE CARBÓN.

RIOLLO DE PURA EPA ACOSTUMBRADO AL SOL RAJANTE.



ESTUFAS AMBULANTES DE BAÑOS TURCOS.



UN ESPECTÁCULO DANTESCO PARA NOSOTROS, PERO ORDINARIO PARA ELLOS...



LA RIQUEZA DEL PAÍS SUS HÉROES ANÓNIMOS



REPARANDO LAS CAÍDAS FUERZAS... A FUERZA DE SANDÍA JUGOSA

DEMASIADO SUCINTA PARA LA PROPORCIÓN DEL ASUNTO, MUESTRA A ALGUNOS MORTALES EN PLENA TAREA CON UN SOL QUE RAJA. SINTAMOS ADMIRACIÓN Y RESPETO HACIA ELLOS PARA QUIENES AQUELLO DE «GANARÁS TU PAN CON EL SUDOR DE TU FRENTE» ES DE UNA REALIDAD APLASTANTE Y ATERRADORA. ADMIRÉMOSLES Y HAGAMOS VOTOS PORQUE... LOS VIENTOS REFRESQUEN...



TIPOS FELICES «LUCHANDO» CONTRA EL

AL MARGEN DE LAS ELEC

BLANCOS Y COLORADOS.

Blancos y colorados arrastraron enormes contingentes electorales. Y este es el momento en que, varios días después de las elecciones, los dos bandos históricos se atribuyen la victoria, siendo, sin embargo, más categóricas las afirmaciones de los dirigentes del Partido Nacional o Blanco.

Es de hacer notar aquí que una de las tres fracciones coloradas, la que capitanea el ex Presidente Viera, fué a las elecciones con lema distinto, lo que hace que se pierdan varios miles de votos

DOCTOR LEONEL AGUIRRE *El triunfo actual, me parece indudable y no me preocupa. Lo que me preocupa es el futuro. El Partido Nacional tiene que sacrificar personalismos y hacer una unión sólida, sin resquicios, para lo cual es indispensable que sus hombres de gobierno, al igual que sus autoridades, realicen una política amplia y levantada.*



DOCTOR MARTIN C. MARTINEZ *He dicho ya que mi deseo era, y sería todavía permanecer en el Senado, cosa que no puedo satisfacer porque mi partido reclama mi presencia en el Consejo. Debo obedecer, pero conservando mi íntima persuasión de que la obra del Partido Nacional ha de labrarse en el Senado.*



SEÑOR RUFINO T. DOMINGUEZ *Alejado de la política activa, por el desagrado que me producía ver mi partido dividido en tres grupos, los riveristas me propusieron (y los batllistas me aceptaron) para integrar la lista que llevaba por lema: "Partido Colorado". Aceptando un puesto de combate, no hice sino cumplir con un deber ineludible.*



DOCTOR LUIS ALBERTO DE HERRERA *Hemos triunfado. Nuestros cálculos se basan en cifras, recibidas de campaña y Montevideo. Esos datos fueron ratificados varias veces por las autoridades del Partido Nacional. Y de su conjunto resulta una tan fuerte mayoría blanca, que no podría ser jamás anulada por eventuales contrastes provenientes de la clasificación de los votos que por el momento es imposible computar.*

FLO

CIONES EN EL URUGUAY

COLORADOS Y BLANCOS...

colorados en el momento en que más unidos aparecen los prohombres blancos.

No se recuerda un mayor entusiasmo político exteriorizado por un pueblo. El uruguayo es de por sí vehemente y suele tomar las cosas con gran calor. Pero ahora, después de las perplejidades que crea el escrutinio (esta lentitud muestra lo perfecta que es la ley, con su cúmulo de garantías) la avidez es mayor. Nuestra encuesta a los candidatos de los dos partidos tiene palpitante actualidad.

DOCTOR GABRIEL TERRA

Estas elecciones, las primeras que se hacen con los Registros Cívicos depurados, prueban esto de un modo concluyente: que el partido colorado forma aplastante mayoría en el país. Esta vez un grupo de hombres equivocados ha hecho que se pierdan varios miles de votos. Pero aun sin ellos, vamos a triunfar. El escrutinio nos dará la mayoría, y así integraremos el Consejo.

DOCTOR JUAN MORELLI

Mi caso es singular aquí, pues aunque pertenezco al Partido Nacional, de cuyas autoridades he formado parte, mi vida está consagrada casi por entero al ejercicio de la Medicina. Por exigencias de mis correligionarios, tuve que dejar incluír mi nombre en la lista que ha obtenido la victoria.

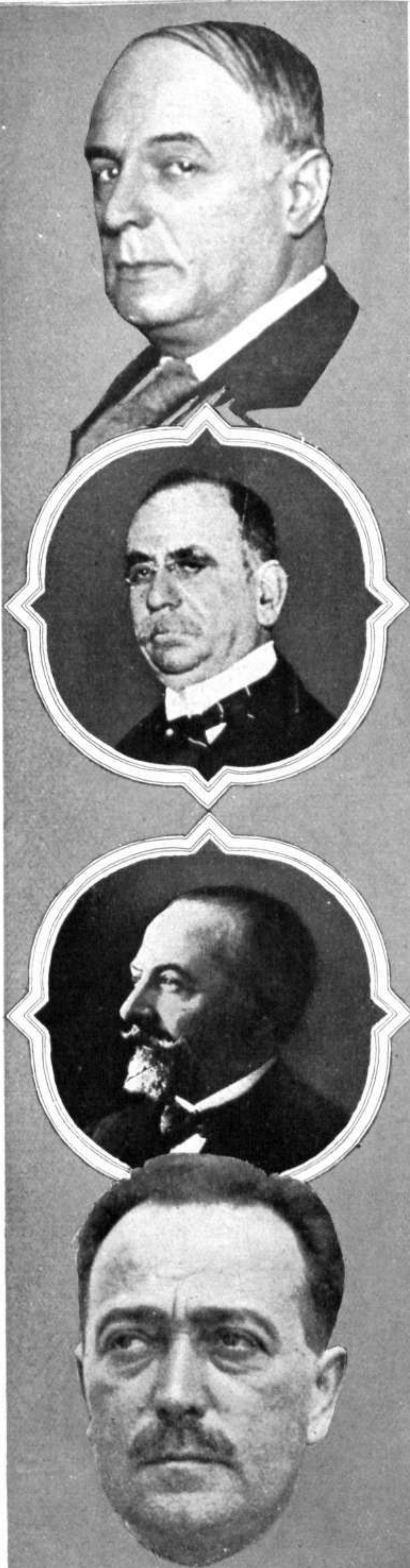
DOCTOR JOSE SCOSERIA

No me preocupó, al aceptar un puesto en la lista "Partido Colorado", más que lo siguiente: no entorpecer la lucha comicial, perjudicando al viejo partido de la Defensa. Nunca pretendí puestos colectivos, ni cuando se obtenían en las urnas los cargos de teniente alcalde. Mi vida la dediqué a la Medicina y la administración.

DOCTOR ALBERTO CIMA

No es posible pretender que un partido que va a un comicio en las condiciones desventajosas del Colorado, obtenga una victoria más honrosa. Yo creo que el Partido Colorado ganó. Como batllista, quedo ahora con una gran fe para el futuro. Y digo con los jefes del grupo, que antes de dos años tendremos 120 mil votantes.

RIDOR



LA TEMPORA





BLANCA PODESTÁ, la bien plantada, ha de continuar sus éxitos en el Smart, acompañada por Giussani.

CAMILA QUIROGA, la emocionante artista de la sensibilidad y de las lágrimas, inaugura el teatro Ateneo, donde la esperan nuevos triunfos.





JUAN GIUSSANI.





ELÍSEO GUTIÉRREZ.

FANNY BRENA, con su «partenaire», Elíseo Gutiérrez, van al Marconi

ROBERTO CASAUX que durante la temporada de 1924, hizo las delicias del público en el Nuevo, piensa seguir creando personajes teatrales, con esa fina vis cómica y ese entusiasta estudio suyo.











SAPELLI.

ANGELINA PAGANO, actriz de talento, proseguirá cosechando aplausos en el teatro Liceo.

ENRIQUE DE ROSAS.

OLINDA BOZÁN, la graciosa y vivaracha actriz cómica, acompañada por Sapelli, desarrollará en el Teatro Nacional un extenso programa.

MATILDE RIVERA Y ENRIQUE DE ROSAS, dos actores de indiscutible mérito, suceden en el Argentino al gran Parra.

DA TEATRAL

César Ratti, especialista para hacer reír mucho rato.





Chela Cordero, César y Pepe Ratti, otro trío de mi flor «pa» el Sarmiento, donde sainetearán con gracia.

Pepe Ratti.





Ada Cornaro, Enrique Muiño y Elías Alippi, un terceto de pura cepa para las transcendentales cuestiones del sainete criollo y de la revista ídem

VALDIVIA



Ida Delmas, la simpática porteña que en el Porteño será, como de costumbre, un «clou» revisteril.



Ignacio Corsini.





Gregorio Cicarelli.



Leopoldo Simari.

Gloria Guzmán, que a dúo con Leopoldo Simari, busca nuevas victorias en el Maipo, a los redobles del belicoso ¡bataclán, bataclán!

Los nuevos hijos del «Apolo», Corsini y Cicarelli, distinguidos cultores de sainetes, sainetillos y sainetones sin mezcla bataclaneadora.



Maruja Santa Cruz que, en combinación con el diabólico Carlos Morganti, quiere entusiasmar a los espectadores y espectadoras del Teatro San Martín, «sans grupo».

MAR DEL PLATA
Los NIÑOS *en la* PLAYA


MABEL WALKER CASCALLARES.


NIÑOS DE BELGRANO.


CHELA URIEN IRIGOYEN.


ZULEMA VARELA.


GISELA LOLA TAIN.


NIÑOS DE ... FONCUBERTA.


NIÑA DE GONZÁLEZ.

NIÑA DE ZAPATER.



INÉS MERCEDES SALVUCCI.



NIÑA DE FERRARI.



BOCHITA GREGORES.



Galería del Turf



GITANILLO

Por Saint-Emilion y Gitanilla.

La performance del defensor del stud La Morena, es la siguiente: Premio Divinidad (debut), 19 de abril de 1924, 2.º de All Steel; Premio All Eyes, 4 de mayo de 1924, 1.º; Premio clásico Italia, 18 de mayo de 1924, 1.º; Premio clásico Montevideo, 19 de junio de 1924, puesta con Old Diamond; Premio clásico Maipú, 13 de julio de 1924, 1.º; Premio clásico Rivadavia, 24 de agosto de 1924, 5.º; Premio clásico Suipacha, 18 de enero de 1925, 2.º de Esclavo; Premio clásico Pippermint, 8 de febrero de 1925, 1.º



FIGURAS DE ACTUALIDAD

Doctor DIOGENES TABOADA

NUEVO ADMINISTRADOR DE IMPUESTOS INTERNOS

POR ALVAREZ

Distinguido universitario, ha tenido una destacada actuación en los puestos públicos desempeñados anteriormente. Aparte de su caballerosidad y rectitud, el nuevo administrador de Impuestos Internos es poseedor de una inteligencia clara y de un espíritu incansablemente trabajador. No es raro, pues, que en este delicado cargo ponga también de relieve las brillantes condiciones que le son propias.

ACTUALIDADES.

En el Club de Flores

Encantador grupo de máscaras tomado en la escalinata de la prestigiosa institución social durante el transcurso del baile de disfraz que la comisión directiva ofreció a las familias de sus asociados. Las reuniones del Club de Flores son ya tradicionales en las fiestas carnavalescas por su distinción y brillo.



Una curiosa toilette que llamó mucho la atención.



[illegible]



Una gentil silueta de las muchas que realzaron la amena fiesta.

En el Club de Flores



Bonito conjunto de espirituales mascaritas obtenido durante uno de los descansos del animado baile.



Señorita Delia Cedro.



Señoritas de Polledo y Aráuz.



Señorita Leonor Cedro.



Vistosos disfraces que pusieron una nota de alegría dentro del interesante conjunto.



Señoritas de Irigoyen y Abella, un quinteto de deliciosas siluetas.

El corso de la Avenida

La Municipalidad de la Capital pone todos los años un verdadero empeño para que este corso sea uno de los más brillantes de la ciudad. El alumbrado artístico, dirigido por técnicos municipales, presenta un aspecto soberbio y fantástico con su profusión de luces multicolores y caprichosos arabescos.



Un detalle del desfile de carruajes a lo largo del trayecto. Ocupados por encantadoras mascaritas, los vehículos pasan ante la vista de millares de espectadores que, dentro de la mayor cultura y corrección, festejan los disfraces originales y la espiritualidad de los cultores del viejo dios Momo.



Eugenio O. Echeverry, panadero



Esther, Aldo, Juan y Osvaldo Ambrosini, esclava y payasos.



Beatriz Saavedra, pierrot.

Carnaval de 1925



Jorge Charueca, lirio.



Hilda San Martín, dama antigua.



Ethel Serra, odalisca.



[illegible]



Elvira Permauyer, paisana.



Pedro Escobar, pelotaris.





Lidia Beatriz Varela, gaucho.

Blanca y Nélida Lázaro, pareja persa.

Nuestros primeros visitantes



Raúl Souza, baturro.



Carlos Raúl Martínez, pierrot.



Lelia Rubí Clauso, Diana cazadora.





Roberto Recanatini, pierrot.

Josefina Prada, Isabel Ríos y Dalila Ste- [illegible]

En el Club Atlético de San Isidro



Señorita Emma Pizarro Lastra y señor Roberto J. Reynolds, en los jardines del club.



Interesantes mascaritas cuya espiritualidad hizo que la reunión transcurriera en medio de un ambiente de animado bullicio.



Dos caballeros que tratan de descifrar el incógnito que se oculta tras de los *antifaces*.



Señorita Felisa Alvarado y señor Ramón Martínez.

En el Sport Club de Villa Urquiza



Señoritas Sara, Dolores y Susana González y Dolores Grosse.



Señoritas de Brethes, Catassus, Mamberto, Arbelo, Vidal, Amato y Sadrivi.



Un ángulo del salón ocupado por [illegible] señoritas.



Señoritas de Castaño y Pelletti.

En el Tigre Hotel



El Ministro del Interior, doctor Vicente Gallo, su señora y una sus hijitas.



El embajador de España, marqués de Amposta que invitó a su mesa a un núcleo de damas de nuestra sociedad.





Distintos aspectos de la hermosa fiesta organizada con fines de caridad en las terrazas del hotel y que fué como un brillante comienzo de las fiestas de Carnaval.

Baile en la Sociedad argentina de autores





Instantáneas tomadas durante la realización de este animado baile en el teatro de la Opera, y al que concurrieron conocidas actrices de nuestros escenarios nacionales realizándose en medio de extraordinario bullicio.

Fots. de Arroyo, Bell, Vargas y Palermo.

La trájica muerte del Juez de Instrucción Dr. Manuel Malbrán



Doctor Manuel Malbrán, juez de instrucción, muerto.

Víctima del impulso extraviado de una mujer, ha caído uno de nuestros magistrados judiciales más prestigiosos y competentes. El doctor Malbrán, que pertenecía a lo mejor y más respetable de nuestra sociedad no era solamente un juez íntegro y recto sino también un caballero a quien adornaban preciosas dotes de carácter. El doctor Malbrán caminaba por la calle Viamonte acompañado por la señora María V. de Malich cuando de pronto ésta al llegar a la esquina de Uruguay, extrayendo rápidamente un revólver le disparó un balazo mortal en la nuca. Inmediatamente la heridora, que se hallaba presa de un ataque de nervios, fué detenida y conducida a la comisaría seccional.



Señora María V. de Malich, homicida.

A C T U A L I D A D E S

Demostración al esgrimista Sassone



El conocido maestro de esgrima italiano rodeado por los miembros de la comisión del Club del Progreso, quienes le ofrecieron un lunch con motivo de su llegada a nuestro país.

En honor del comisario Foppiano



Los altos funcionarios policiales con el comisario señor Federico Foppiano, al terminar el banquete con fué obsequiado por haberse acogido a la jubilación, después de una honrosa y eficaz actuación.

Los Boy-Scouts paraguayos en la Casa de Gobierno



El doctor Alvear y los ministros de Guerra y Relaciones Exteriores, el representante diplomático del Paraguay y otras personalidades saludando en la puerta de la Casa de Gobierno a los simpáticos boy-scouts del país hermano que son nuestros huéspedes.

En memoria del General Donato Alvarez



Conmemorando el centenario del natalicio del ilustre militar, se verificó en la Recoleta, organizado por el Centro Militar de Expedicionarios al Desierto, un significativo y patriótico acto. El ministro de Guerra y jefes del ejército presenciando la ceremonia.

Sucursal del "Diario da Manha"



El ministro de Relaciones Exteriores, doctor Gallardo y el ministro do Brasil, doctor Pedro de Toledo, acompañados por los representantes del prestigioso colega brasileño en el acto inaugural de la agencia en esta capital.

LA · HORMIGA · MINERA



N la región nordeste de la república, asolada por la hormiga, los colonos recitan al efectuar sus siembras: "Plantemos para las hormigas, y que alcance para nosotros".

No se trata, como pudiera creerse, de una tolerable hormiga de jardín, muy fácil de exterminar en su hoya. La hormiga minera nada tiene que ver con sus congéneres negras o rubias. Es un poderoso animal de color rojo obscuro, tremendas mandíbulas y el torso erizado de púas, que vive atrincherado bajo tierra en Misiones.

Ella es dueña absoluta del subsuelo y de la vegetación que crece encima. Más que el tiempo, ella rige la agricultura del país. Su presencia desencadena la desesperación del colono.

Tarde o temprano, se la envenene o se la asfixie, se la combata día y noche en sus mismas trincheras, ella acaba por triunfar.

Dificultosamente en los tiempos de sequía, y con gran rapidez en los tiempos de lluvia, la hormiga minera avanza sin cesar sus líneas subterráneas. Y de la plantación donde ellas surgieron una noche, no queda a la madrugada siguiente sino las hojas intactas diseminadas en montones.

Porque este insecto de ojos casi invisibles sabe perfectamente qué clase de lucha es la que entabla con el hombre. Cualquier otra hormiga cortaría con gran habilidad sus redondeles de hojas, para descender gravemente con ellas a lo largo del tronco. Es ésta una tarea paciente, que requiere mucho tiempo, y que la misma hormiga minera no desdeña cuando se siente en su terreno.

Pero de noche, y en una plantación hostil, no. Las pequeñas hormigas de acarreo esperan entonces al pie de la planta, mientras las grandes hormigas de batalla trepan a cortar las hojas, unas tras otras, en el mismo pecíolo. Tan seguro es su instinto y tan potentes sus mandíbulas, que desde veinte metros se puede oir en la obscuridad el ruido sordo de las hojas cayendo como lluvia.

Una plantación de maíz nace, crece y prospera durante nueve días, y al décimo no queda un tallo en pie. En una sola noche la tierra colorada recobra su soledad.

La hormiga minera posee una inteligencia sombría y sutil como no es fácil hallarla en la misma abeja. Cuando ha gustado de una planta, conserva su memoria a través del tiempo y de las estaciones.

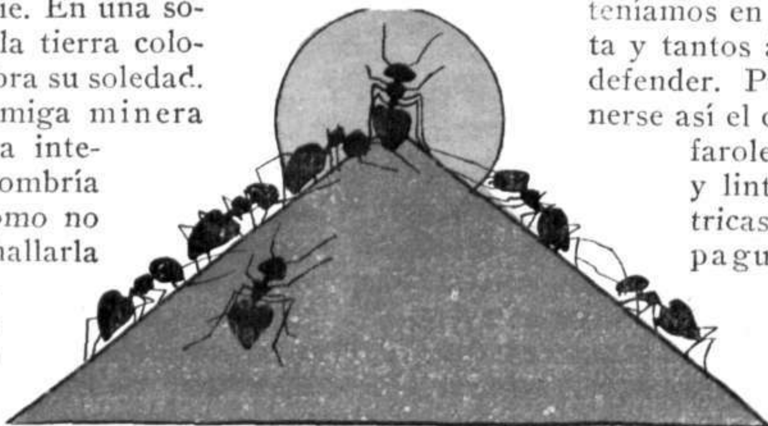
La hemos visto a fines de verano descubrir por casualidad un duraznero a través de mil zigzag, y a la primavera siguiente, su primer ataque nocturno ha sido a dicho duraznero, por el mismo absurdo camino.

Durante mucho tiempo pudimos en casa defender un joven eucalipto, gracias a una constante observación que no admitía tregua. Una noche las hormigas franquearon las líneas de defensa del tronco, sin que pudiéramos explicarnos cómo. Esa misma noche — soplaba una fuerte tormenta, — hallamos la solución.

A un metro del eucalipto pasaba el tejido de alambre, uno de cuyos postes rozaba casi las ramas del árbol. En la cúspide del poste, las hormigas estaban amontonadas a la caza de las ramas que el fuerte viento ponía a ratos a su alcance.

Alzadas al asalto, las patas delanteras al aire, las hormigas seguían con el cuerpo el balanceo de las ramas, listas para trepar. Por momentos la rama descendía hasta el poste, se alzaba con su carga de hormigas, y aquél quedaba un instante desguarnecido; pero nuevos ríos de hormigas subían por el tejido a ocupar el lugar de las asaltantes.

A la par del eucalipto, teníamos en casa setenta y tantos árboles que defender. Puede suponerse así el centelleo de faroles de viento y linternas eléctricas que relampagueaban de noche en la meseta. - H. Q.



DIBUJOS DE MACAYA

¿QUIEN ERES TU, AMOR?..

QUIÉN ERES TÚ, AMOR, QUE ASÍ SIN TASA
E IRREMISIBLEMENTE A TIERRA ME ATAS?
SI TIENDO EL VUELO, EL ALA ME ARREBATAS,
Y MI ANSIA, EN VEZ DE CIELO, TIERRA ABRAZA.

QUE HABLEN LOS BLASONES DE TU RAZA,
YA QUE CONMIGO TÚ A MEDIRTE TRATAS!
¿AMOR, IGNORAS QUE AL ROZARME MATAS
LA ETERNIDAD QUE POR MI VIDA PASA?

SI ERES LA FUERZA, AMOR, YO SOY LA LUCHA.
SI VOZ DEL MUNDO, YO SOY LA QUE ESCUCHA
EN LA ALTA NOCHE EL GRITO DEL DOLOR.

SI EL EJE O EL PEDESTAL, SOY LA EXISTENCIA.
SI GERMEN, CÁLIZ, FLOR, SERÉ LA ESENCIA
DE LO QUE TÚ GOBIERNAS, EN REDOR.

QUIÉN ERES TÚ AMOR, AMOR, AMOR?

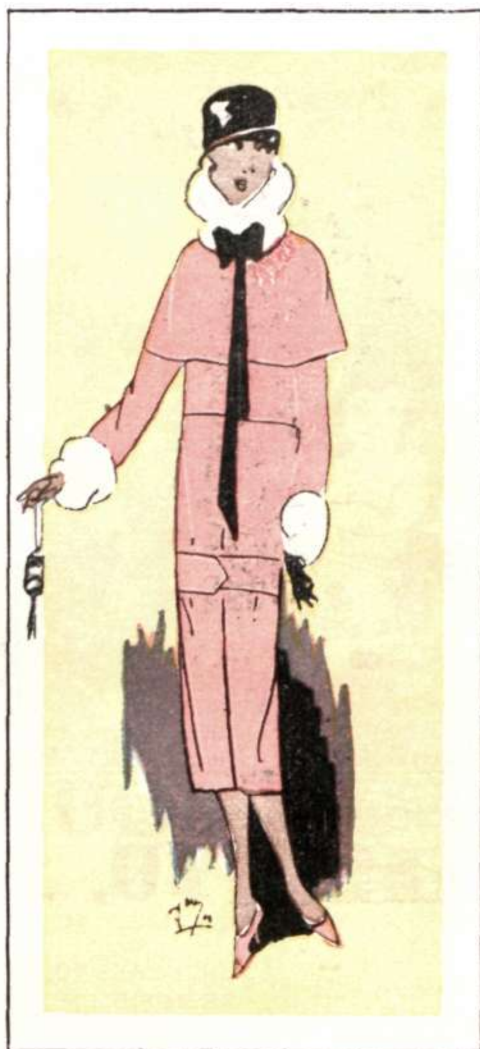


RAQUEL ADLER.



DIBUJOS DE BONOMI





La

Philippe y Gaston crearon este traje al que le valió la denominación de "robe a succés". Seda negra, encaje de Venecia, y paño color lacre.

Qué línea impecable la de este abrigo de medio tiempo en lanilla roja con piel de zorro blanco y moño de terciopelo negro.





Moda

Para una tarde fresca resultará elegantísimo este traje de sarga azul adornado con galones de oro, y de colores algo chillones.

Los dibujos geométricos estampados sobre crespón de China, gozan del favor de las elegantes. Dos túnicas sobre ajustado cuerpo de seda negra.



Burgaleses y Toledanos.

Un conflicto parlamentario en la edad media

o

Dibujos de Palacio.

Durante los tiempos medios, Burgos y Toledo mantuvieron largas y enconadas disputas sobre la importancia de su respectiva representación en las Cortes. Sus diputados, o procuradores, como entonces se decía, eran irreductibles en estos dos puntos: derecho a ocupar en el salón de sesiones los primeros asientos, a la derecha del rey, y primacía en el uso de la palabra.

Los burgaleses sostenían que nadie podía sentarse en el lugar preferente, ni abrir la boca antes que ellos, puesto que Burgos era la cabeza del reino de Castilla. Los procuradores toledanos retrucaban que Toledo estaba por encima de Burgos, porque era la cabeza del imperio. Y ninguna de estas dos cabezas cedía en su orgullo.

En el fondo, todos los problemas políticos, antiguos y modernos, se reducen en todas partes a eso, a quiénes han de ocupar los primeros puestos. La civilización ha creado mil principios y etiquetas doctrinarias para disimular esta verdad o cubrir su crudeza; pero, no por vestir su desnudez con todo género de pompas retóricas, es ella menos latente y visible. El antiguo conflicto toledano-burgalés tiene la ventaja de la claridad castiza, castellana, sin aparato doctrinal, ni triquiñuelas de ningún género: Burgos o Toledo; Toledo o Burgos. He ahí la cuestión, neta, escueta. La tozudez con que los procuradores de una y otra ciudad mantenían su derecho, creaba al rey, Enrique III, el Doliente, una situación difícil. El condestable Ruy López Dávalos, discurrió un arbitrio tan sencillo como ingenioso para resolver la situación, consistente en mezclar los procuradores de tal modo que burgaleses y toledanos pudieran considerarse los primeros, o por lo menos, no se sintieran deprimidos y chafados, creyéndose los segundos. El procedimiento no dió el resultado apetecido por el condestable, porque tanto los representantes de Burgos como los de Toledo, no se parecían a los parlamentarios modernos, dóciles y pasteleros, a quienes por medio de concesiones y ventajas, se convence fácilmente en los pasos perdidos de las Cámaras, evitando así el estallido de la tormenta en el hemiciclo.

En el caso presente no hubo manera de eludir el bochinche, que estalló con la doble claridad burgalesa y toledana, en las propias barbas de Su Majestad.

* * *

La escena tuvo lugar durante la sesión del 5 de Enero de 1402 — hace ya un rato — en el Alcázar de Toledo, donde se celebraban aquel año las asambleas legislativas.

Al penetrar en la sala Pero García y Ferrán Martínez, procuradores de Burgos, vieron ocupados los primeros asientos «a la derecha mano de las caras reales», por los representantes de Toledo. Entonces, García; dando grandes voces, dirigióse al rey con sin igual audacia, diciendo que él y su colega Martínez eran los procuradores de la Cabeza de Castilla, las cabezas de esta cabeza, y que por tanto, no consentían que nadie les quitase la cabecera. Y si los de Toledo no se levantaban al punto del sitio usurpado, ellos, los de Burgos, abandonarían el salón, no aprobando nada de cuanto las cortes aprobasen. Martínez, no menos «fulo» que García,

dijo que prefería morir mil veces antes que Toledo le pisara el poncho a Burgos.

Y ambos procuradores giraron sobre los talones, y, con soberbia leonina, salieron del Alcázar. El rey, atónito ante tan empinada altivez, quedóse un momento perplejo. La actitud de la representación burgalesa, al negar su voto a lo que acordasen las Cortes, sobre todo en materia de alcabalas y otros tributos, ponía en grave aprieto a Su Majestad, viendo en peligro las reales mantenencias. De ahí que intentara convencer a la representación toledana para que dejase libres los primeros escaños de los procuradores burgaleses. Pero los toledanos, con la misma enhiesta altivez, dijeron que ellos eran los representantes de la Cabeza del Imperio y que, en consecuencia, no lograrían los burgaleses hacerles bajar la cabeza.

Un poco atufado, ordenó entonces el Doliente:

— Mándovos que dejéis los asentamientos desembargados.

Los de Toledo no se movieron. Y en aquel momento tuvo lugar la intervención del Condestable Dávalos. Consistió en disponer que se sentasen alternativamente, primero un burgalés, luego un toledano; después otro burgalés y, por último otro toledano. Esta combinación no satisfizo a nadie, y el arduo problema quedó en pie, o mejor dicho sentados los de Toledo y de pie los de Burgos.

En la asamblea reinaba una emoción profunda. La autoridad del rey quedaba a la altura de las baldosas. Si don Pedro el Cruel hubiera estado en el trono, el problema estaría ya resuelto por medio de una de sus famosas «justicias», ahorcando a los cuatro sobre la marcha. Pero el Doliente era de natural más sosegado y blando, y optó por nombrar una comisión de *omes buenos*, ancianos del Consejo, escribanos y otros curiales, que dictaminaran sobre el caso. Esta comisión se expidió por unanimidad, diciendo que desde tiempo inmemorial los burgaleses habían ocupado los primeros asientos.

«Entonces, Enrique II, con satisfacción acaso por que era burgalés — dice Juan Albarellos en sus interesantes «Efemérides burgalesas» — se levantó de la silla real, bajó el estrado, y por su propia mano fué cogiendo del brazo a cada uno de los procuradores toledanos, obligándolos a dejar sus sitiales, al propio tiempo que les decía en alta voz: «Dejad este sitio libre y desembargado, porque es propio de la ciudad de Burgos». En seguida tomó por la mano a los procuradores burgaleses, los llevó a los primeros asientos, les hizo sentar en ellos, y dirigiéndose al concurso , dijo: «Aquí coloco y asiento a Pero García y a Ferrán Martínez, porque todos dicen que a los de Burgos pertenece este lugar».

* * *

La cuestión no quedó con esto resuelta, renovándose el pleito cada vez que se reunían nuevas Cortes en cualquier ciudad, pues no tenían en aquella época punto fijo para celebrarse. Nunca los procuradores de Burgos cedieron a otra representación el primer lugar. Hecha la unidad nacional, mantuvieron esta prerrogativa, demostrando con ello que Burgos, antigua cabeza del reino de Castilla, en cuyo torno se realizara la concentración, sería siempre la levadura del organismo hispánico.

Al advenimiento de la casa de Borbón con Felipe V, celebráronse Cortes en Zaragoza. Los aragoneses, a pesar de las tradiciones del antiguo reino y de su fuerte sentimiento local, colocáronse en la asamblea inmediatamente después que los representantes de Burgos. Donde quiera que éstos se presentasen sentían como transfundido en el suyo el espíritu del Cid, la austeridad de Rasura y el recio carácter de Fernán González. De Burgos había surgido el primer esbozo de nación, y justo era, en consecuencia, que sus procuradores encabezasen las cortes.

Pero los toledanos no se avenían a cederles el primer puesto, suponiendo más legítimos sus títulos para ocuparlo. La disputa se eternizaba. Y para cortarla de una vez, se halló al fin una fórmula de conciliación. Los procuradores burgaleses seguirían ocupando los primeros asientos, a la derecha del trono. Los de Toledo se colocarían, aislados, en el centro del salón. Así fué posible la convivencia del empingoratado orgullo de las dos viejas ciudades castellanas. Esta colocación duró varios siglos, hasta que el advenimiento de la democracia hizo iguales a todos los representantes...



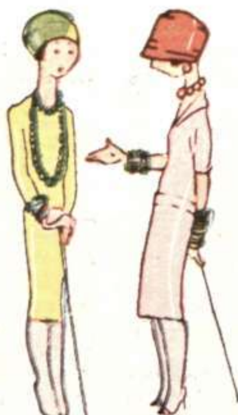
Francisco Grandmontagne

M A R P L A T E N S E S



Los jóvenes este año no llevan sombrero, pero en cambio llevan bastón.

Además de las «cuentas» del hotel y las modistas, las mujeres tienen que soportar las «cuentas» de los collares.





Los domingos en la Rambla suelen verse tipos como éste.



La moda "tutankhamónica" hace furor entre los "golf-men".





Las sorpresas de los trajes alquilados.



Con los lentes obscuros, se puede mirar a las chicas sin que Sisebuta se dé cuenta.





Para una mujer que sube a un tranvía hay cincuenta espectadores; en cambio en Mar del Plata este espectáculo pasa inadvertido.



Los caballos de las "canastitas" tiran siempre "pa la querencia"

DIBUJO DE PALACIO



EL CARNAVAL DE HUACALERA



El sol de estío pulveriza su fulgor de perla sobre el diminuto burgo de Huacalera. Brilla el cielo transparente, los cerros polícromos, las casas bermejas, y el bello pórtico de la iglesia rural. Al Sud, el vuelo del tren, ha dejado la pintoresca villa de Tilcara, con los «antigales» milenarios, su puente de hierro, los álamos sonoros, los sauces mustios y la deliciosa visión de los manzanos en flor. ¡Adiós tierra de evocación profunda, romántica y florida por la armoniosa caricia del río Huasamayo!

Días de Carnaval. Sobre la ingénita pesadumbre indígena, cascabelea la alegría y la ronda musical. Hay bullicio en las comparsas palurdas, las mascaritas ebrias y los ranchos de recreo. La naturaleza ha armonizado también la explosión de su fiesta: en el agresivo muñón de los cardones que agitan al viento la nívea pompa de su flor hermosa y en los *irus* bravíos, que modulan en el cordaje de sus tallos verdes la silbante polifonía de las *huairas* quebradeñas.

Por la polvorienta senda del lugar, dorada por el sol se acerca un cortejo de máscaras pintadas. Pasan por la estación del tren, miran la huella fraterna de los brazos férreos y se alejan hacia el humilde caserío, vibrantes de entusiasmo y regocijo. La ignara caravana, se divierte mansamente. El trebejo musical es el genuino atributo del frenesí carnavalesco.

No usan cabalgaduras regias para el errante camino, ni sostienen el tradicional «pechazo» de los caballos briosos. En el refugio montañés, sólo cantan, gritan, saltan y ríen. También se dividen en corros o se enfilan en ruidosas muchedumbres, Otras veces, el rito absurdo los confunde en fraternidad gozosa o los anarquiza en despótica discordia. La proclive inclinación de sus pasiones es un eterno misterio de la psicología racial.

Los seres marchan estremecidos por el fervor pánnida. La embriaguez odiosa de la chicha y el alcohol los transforma lentamente. El coraje es el sentimiento dominante de la fiesta. Hombres y mujeres se abrazan animados por una infantil ternura, de confidencia mutua. Las «imillas» exhiben el desparpajo de su extravío orgánico; mientras los «changos» enérgicos, contemplan asombrados el doloroso ejemplo de la conciencia atormentada.

El holgorio desata la vocinglería del alma popular. El mito proteico los tortura de inquietudes vesánicas y obscuras. Olvidan el concepto de la vida, el amor y la armonía para herir la impresión del espíritu con actitudes clownescas y tristes. Los rostros se desfiguran por la mueca ridícula y convulsa; se pintan las mejillas de color barroco y platean los cabellos con bastante harina y almidón.

La comparsa heterogénea ha salido de los ranchos a expandir por los caminos su alegría gárrula y contagiosa. Ella traduce en la resistencia física de la diversión tremenda, el frívolo engaño de la máscara y la burla. En cada casa, reposan a beber; en otra, bailan con exceso; en otras lloran su inesperada tristeza espiritual. Golpean las cajas en la mano trémula y luego suenan los típicos instrumentos del arte regional.

Bajo la techumbre primitiva de las viviendas cerreras, revientan en los labios toscos, la dulce canción festiva. Acompañan al cantor, la breve orquesta o la guitarra sola. Frente a la aldeana hermosa, las coplas traducen la inquietud de las almas, el amor y la suerte. Los versos florecen con gracia inusitada. Algunos, en contrapunto ocasional, ejercitan el ingenio de su aptitud admirable.

Un mozo, canta:

Charlacho, charlacho,
Carnaval borracho:
Con sus charlachitos
también borrachitos.

Otro hombre, responde:

Tengo mi chacrita,
Tengo mi sandial:
Tengo mi chinita linda
Pa pasear el Carnaval.

Otro viejo, reflexiona:

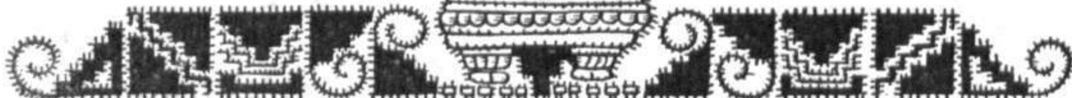
Dichosa casita
Donde yo canté:
¿El año que viene
Dónde cantaré?

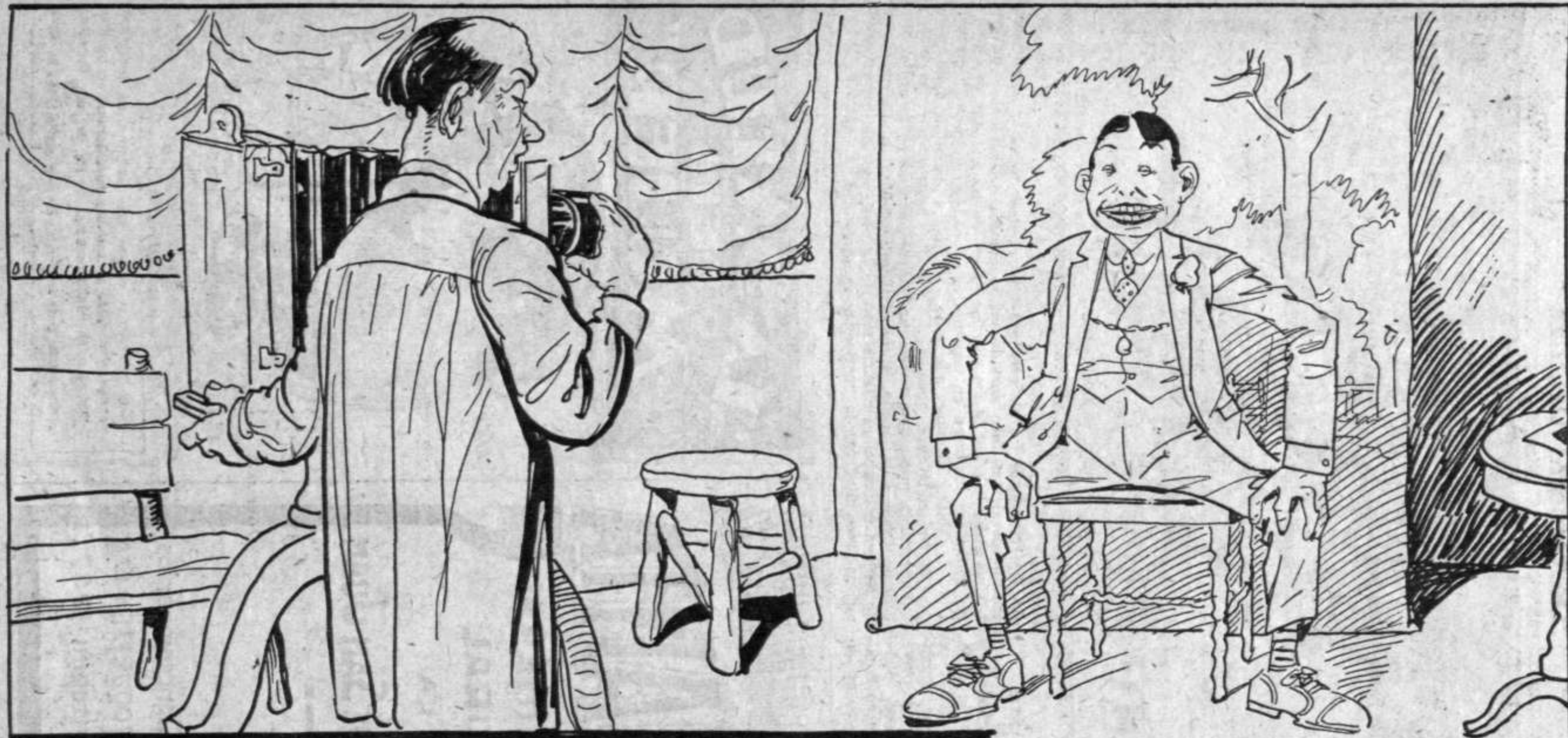
....

¡Oh, Carnaval de Huacalera, que traes en la rapsodia popular la efímera alegría de la raza y que renuevas en la simplicidad artística del mito legendario la armonía compleja de la música y el canto! Yo he visto a los seres nativos, conmoverse de llanto y de alborozo, bajo la sugestión dramática de la reminiscencia lupercal. Por ello, el recuerdo vive y se exalta al animar la visión de aquella tarde en que la comparsa ebria glorificaba el símbolo de las Carnestolendas; mientras los invisibles bomberos de la Noche, comenzaban a regar sus sombras en el cielo pálido para apagar el deslumbrante incendio del sol.

JULIO ARAMBURU







NOTA COMICA DEL **GLAUDA** VERMOUTH ARGENTINO

— ¿Le interesa a Vd. que la fotografía sea de cuerpo entero o de busto?

— Eso me es igual. Lo que yo quiero es que se vea que he nacido en Merlo.

De General Urquiza



Comité infantil "Juventud de Villa Modelo".

EL BAÑO-LUNCH

El último aullido de la moda americana lo constituye el baño-lunch.

Cuando nadadores y nadadoras han terminado sus proezas acuáticas, se reunen cerca de la playa, y allí, de pie o sentados, pero mojados por las aguas, hacen honores al apetito despertado con el baño, disfrutando de los placeres gastronómicos de un bien servido te.

Uno o dos criados de los elegantes nadadores conducen en una lancha el tablero circular adecuado para la merienda en el agua.

Lanzada la mesa, que sujeta un delgado cable a la lancha, el criado bañista coloca sobre ella las tostaditas con manteca, la merienda, las tacitas de te... Disposiciones ingeniosas del tablero y de los soportes de las viandas procuran que éstas no se mojen. El círculo de convidados da a la mesa quietud. Y allí, besados por las olas, que mueren mansas en la orilla, los elegantes americanos disfrutan, a más de la merienda, del atractivo de su excentricidad.


RODOLFO VALENTINO
Ilusión

De Pueyrredón



Festival en el Circulo Social Pueyrredón.



Aficionados que tomaron parte en el festival.

La MUJER y la CASA

LOS DELANTALES

No es el delantal antiguo de tela de cuadros o de algodón, el que ocupa hoy un lugar favorito; los delantales modernos han perdido toda su fealdad para transformarse en prendas elegantes y coquetas.





Para las amas de casa el delantal es indispensable; ciertos quehaceres reclaman su diaria atención, arreglar las ropas, vigilar y enseñar a los sirvientes, atender a los niños, etc., son tareas para las cuales es indispensable el delantal vestido; estos delantales pueden confeccionarse en telas lisas con bordados a la cadeneta o punto de cruz en hilazas de color; o bien en telas con dibujos, adornándolos con festones o bieses de cinta de igual color; procurando que el adorno sea *chic*, para que la dueña de casa pueda ser sorprendida vestida con ellos, y al mismo tiempo prácticos, para que no la estorben en sus quehaceres.

Para la hora de la costura, del tejido, los delantales pequeños son los indicados, cretonas de bonito dibujo, seda de colorido brillante, tela de florecitas, etc. Las formas son variadas; cuadrados, ovalados, en punta en forma de pañuelo; listones, encajes, plisados de tul son los adornos preferidos; en uno de los modelos que reproducimos, gracias al listón de la cintura, el delantal puede transformarse en bolsa.

Para un te íntimo, el delantal se convierte en prenda preciosa, que, por su finura, puede acompañar elegantes vestidos, las telas serán crespón de china, velo de seda, linón en tonos claros, azul, coral, jade, limón, violeta. La mayoría van plisados con incrustaciones de encajes ocres; o bien bordados de seda multicolores; el borde terminado por cuentas de cristal, y se sostienen de los hombros por listones o rositas rococó.

PARA LAS NIÑAS: COSTURERO INFANTIL

Una verdadera pelea de gallos, queridas niñas, que divertirá muchísimo a vuestros hermanitos pequeños, estoy segura de ello, porque vosotras vais a bordársela en su servilleta-babero, de tela de Vichy blanca bordeada con un biés rojo de igual tela.

—¿Y cómo vamos a bordar los gallitos? — preguntarán las lectorcitas.

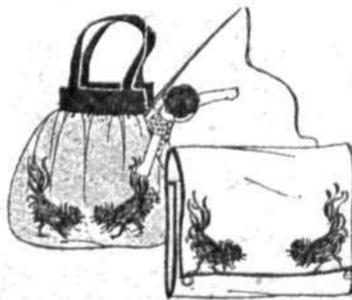
—Propiamente a bordarlos, no. Vamos a recortarlos también en tela roja y a aplicarlos sobre la servilleta. En las orillas colocaremos toda la silueta de los gallitos, doblaremos una pequeña pestaña hacia adentro; después los hilvanamos; por último, en todo el rededor, pasamos una hebrita de hilaza lavable roja, la cual fijaremos a la tela por medio de puntaditas transversales hechas con otra hilaza roja más delgada.



Las que no quieran emprender estas laborcitas, ya porque no tengan hermanitos, ya porque no les guste, van a bordar los gallitos sobre su bolsa de juguetes o sobre su cartera de la escuela.

Comencemos por la bolsa. Esta se corta en dos trapezoides de tela de Holanda cruda, o tela de uniforme de soldado, color mostaza. Se unen los dos trapezoides por sus bases más largas y por los lados hasta la mitad solamente. Las bases menos largas se pliegan y se unen a los cierres que haremos de cartón forrados de tela roja, con las asas de cintas de la misma tela bien pespunteadas. Sobre la bolsa dibujaremos la pelea de gallos y bordaremos los gallitos siguiendo solamente sus contornos, a punto de cadeneta, con hilo brillante y lavable, en color rojo.

El zurrón-cartapacio en que después llevaréis vuestros libros, lápices y papeles, se corta en un solo paralelógramo, en la misma tela de Holanda cruda y se dobla en tres partes, como se ve en el grabado, de modo que una quede adentro, como bolsa, y otra parte como cubierta. Todo el contorno se ribetea con cinta adecuada a ese objeto de color rojo vivo.



LA MODA: EL TRIUNFO DEL ESCOCES



Ya durante las estaciones pasadas, y a la que está próxima a su término, había vuelto a surgir el estilo de telas escocesas; para el invierno, todos los modelos de las grandes casas parisinas traen un surtido de vestidos hechos con telas escocesas a grandes cuadros de tonos multicolores. Los vestidos enteros con dicha tela no son muchos, pues ya se sabe el grave inconveniente de este estilo de dibujo que tiende a engruesar la silueta. En cambio, para combinación de adornos, se pueden obtener efectos de una elegancia inusitada. En los trajes de duvetina color beige, el escocés a grandes cuadros rojos y marrones formará el cuello, los puños y la corbata.

Sobre el azul marino, el adorno escocés será verde con amarillo o rojo; muchas aplicaciones de las más modernas es obtienen mezclande dos telas escocesas diferentes, teniendo siempre presente una armonía de colores.

Los grabados que publicamos dan una idea de la inmensa variedad con que se pueden combinar y adornar abrigos, vestidos y trajes sastre con telas escocesas que serán durante el invierno la novedad y la elegancia de la estación.



LAS JOYAS

Los joyeros parisienses cuidan mucho el montaje de las piedras preciosas que servirán después de realce a la hermosura femenina.

La moda actual da gran importancia a las piedras y perlas. A todas nos gustan, por cierto, las nitidas perlas o los hermosos brillantes que despiden miles de reflejos. Y esto lo saben los joyeros a la perfección.





Las sortijas actuales son de una perla o una piedra solamente (brillante o rubí). Las piedras son cuadradas o rectangulares.

La montura de estas sortijas se hacen de platino para las perlas y brillantes, y de oro para los rubís y esmeraldas.

Las pulseras se hacen anchas, y los últimos modelos son de dos y hasta tres centímetros. Son flexibles y de brillantes, junto a los cuales algunas piedras de color forman a veces un dibujo.

Los pendientes largos se llevan menos, y hoy se prefieren los compuestos por una sola perla blanca o negra y sujeta muy cerca de la oreja.

IVONNE

De San Fernando



Comisión de festejos para las fiestas de Carnaval, reunida en el despacho del señor Intendente.



Cuadro de la velada que se realizó a beneficio de la Sociedad Recreativa y Biblioteca Infantil.



A toda hora

diluído en mucha agua o soda, cuando se le toma para aplacar la sed; algo más concentrado, cuando se le toma para estimular el apetito y favorecer la digestión, el

FERNET-BRANCA

confirma sus excepcionales virtudes higiénicas, que han hecho de él el **estomacal indispensable.**

Importadores: HOFER & Cía. - Bs. Aires.



Unas HORAS en PALLANZA

Por el DR. A. VACCARI

Los centros que por su belleza natural y su posición topográfica suelen ser más concurridos por los forasteros, hay que visitarlos en las estaciones en que quedan casi desiertos.

Es la forma mejor para conseguir que hoteleros y guías se pongan completamente a vuestra disposición.

La región de los Lagos, en invierno, a pesar de contar con localidades que pueden llamarse verdaderas estaciones climatéricas, mantienen sus hoteles desiertos a la espera de que con la primavera caigan los forasteros a bandadas y compensen el largo período de inactividad.

Los pudientes toman rumbo a San Remo y demás encantadores centros de la Riviera Ligure, donde el clima es aún más benigno.

Los delicados de pecho piden salud a las brisas marinas, a pesar de que no siempre el clima marino resulta favorable para esta clase de enfermos.

Los domingos son eminentemente aburridores en Milán, exactamente como en Buenos Aires, de manera que lo mejor que se puede hacer es tomar un tren y seguir viaje hacia los Lagos situados a una hora u hora y media de ferrocarril.

Por lo menos uno toma aire puro y aprende algo, aumenta el patrimonio de los conocimientos, el único que no se pierde nunca.

Yo encuentro delicioso eso de ponerme en viaje sin saber a punto fijo dónde voy a parar.

Una pequeña valijita de mano con lo indispensable para un par de días y... listo.

—Deme un boleto para...

—¿Para dónde, señor?

—Espérese... La línea de Como, no... la otra... ¿Adónde terminan los rieles?

—A Laveno... si va al Lago Maggiore...

—Entonces un boleto para Laveno...

—¿Primera o tercera?

—¿No hay un término medio?... ¿No? Entonces primera.

Trece liras no son la muerte de nadie. No se puede puede decir que el F. C. Norte Milano resulte caro. Trece liras por un viaje de casi dos horas y media. En homenaje a la verdad hay que decir que, debido a las innumerables estaciones, el recorrido parece eterno y mucho más si se hace en las últimas horas de la tarde.

El paisaje queda envuelto en tinieblas y no hay más remedio que leerse los diarios desde el editorial hasta el avisito matrimonial que cierra las páginas de publicidad.

¡Qué de gente desea casarse!...

Dicen que América es el paraíso de las mujeres, el purgatorio de los hombres y el infierno de los caballos... Bueno, aquí hay que invertir las partes: paraíso de los caballos, purgatorio de los hombres e infierno de las mujeres.

A las dificultades de ante guerra se han agregado hoy las de la casi imposibilidad de conseguir un hogar.

—«¡Cumpletu!»...

Las ciudades están al completo. Alquilar un departamentito resulta una empresa heroica, que pueden realizar solamente los que disponen de mucho efectivo al contado y saben mantener en movimiento las agencias. ¡Y día a día se repiten las invocaciones al marido!

«Señorita joven, educada, de carácter muy dulce... trescientas mil... casaríase señor buena posición».

«Viuda ...ticinco años, etcétera, doscientas mil... ídem, ídem».

A un cierto período de la vida las mujeres tienen ...ticinco años. Es difícil averiguar si antes del «ticinco» hay un veinte, un treinta o un cuarenta.

—¡Laveno!...

El tren ha llegado a horario: son las 19 y 30 y salgo en busca de un restaurant. Voy al tanteo pues ni siquiera me he tomado la molestia de dar un vistazo al horario de ferrocarriles para encontrar el nombre de un hotel.

—¡Restaurant y Hotel Bellevue!...

Debe ser un restaurant flamante, pues a través de las vidrieras que dan a la calle, admiro unos manteles y servilletas que no pueden haber sido usados más que un par de veces. Platos sin la más mínima falla, sillas que parecen recién salidas de una mueblería...

—¡Escoba nueva barre bien!...

—¡Este es el localcito que me conviene!...

Efectivamente, el propietario se precipita a mi encuentro me alivia de la valija, del sobretodo y sombrero y me hace una corte asidua, halagadora. Parece un palomo que intenta la conquista de una hembrita inocente.

Manda, ordena, llama, reta, apura, hace reverencias a cada rato y no se cansa de repetir:

—Sí, señor; sí, señor...

A pesar de que a veces yo no abra el pico.

Sólo, en el salón comedor, dispongo de un servicio perfecto, tan perfecto que llega a ser molesto, pues ni la muchacha que sirve, ni el dueño de casa me quitan los ojos de encima.

Procuran adivinar lo que quiero y en cuanto dejo en descanso por unos segundos cuchillo y tenedor, ahí los tengo a los dos:

—¿Señor?... Ah... disculpe, pensaba que había terminado... ¿Después, qué le hacemos?...

—¡Qué quiere hacerme!... Ah... El favor de decirme si hay vaporcito para Pallanza...

—Sí, señor, a las 20 y 30...

—Entonces... adición y ¡hasta la vista!

Cuarenta minutos de navegación y héme aquí en la elegante ciudad que descansa frente al grupo de las Islas Borromeas y al macizo del Mottarone, protegida de los vientos del Norte por el Monte Rosse; la ciudad de las flores, privilegiada ciudad que no conoce las neblinas del invierno y tampoco sus rigores, donde el termómetro oscila entre un mínimum de cinco grados y un máximum de 22.

Pallanza reune las ventajas de los climas prealpinos y lacustres.

Aquí han venido a pasar largas temporadas la reina de Holanda, la de Rumanía, la Reina Victoria de Inglaterra, Federico de Prusia, Leopoldo de Bélgica y un sinnúmero de hombres ilustres de todas las nacionalidades.

Los Cadorna son de Pallanza y en la plazoleta Garibaldi que da frente al Lago, se levanta un monumento a Carlos Cadorna, obra del escultor príncipe Pablo Tro-

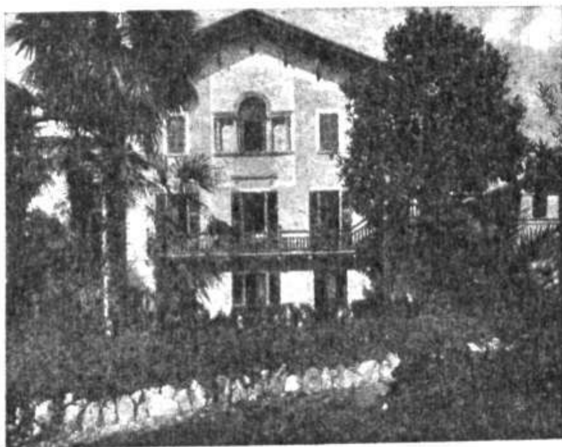


PALLANZA. — PLAZA GARIBALDI. — MONUMENTO A CARLOS CADORNA.

betzkey. Por suerte esta ciudad no es de aquellas cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos. Parece que hay documentos fehacientes de su fundación. No sé porqué se dá tanta importancia a la fundación de una ciudad y porqué la ponen en un compromiso serio al decir que su origen se pierde en la famosa noche... de que he hablado recién.

Cuanto más antigua es una ciudad, tanto mayor es su deber de estar a la altura de las mejores...

Basta... La parte baja de Pallanza, la que está cerca del Lago es eminentemente moderna, todos los hoteles a cual más lujoso; la parte alta conserva las características antiguas, pero resulta muy simpática. Callejuelas angostas, limpias, por las que pueden circular libremente los peatones sin peligro de de que los pise el auto.


CASA REGALADA AL MARISCAL CADORNA, EN PALLANZA.

Gracias a Dios los autos no pasan. Los autos por minúsculos que fueran, obstruirían las calles. En cambio andan como flechas a lo largo del magnífico camino que une Pallanza con Intra a orillas del Lago.

Desde la fecha, pues justamente el día mismo en que llegué a Pallanza tenía lugar la inauguración de la nueva línea, el tranvía eléctrico recorrerá el camino Pallanza-Intra permitiendo admirar uno de los más encantadores panoramas, entre los muchísimos que ofrecen las orillas del Lago Maggiore. Es toda una no interrumpida serie de palacetes y regias mansiones, que se suceden ante la vista asombrada del viajero: son las residencias veraniegas de los Sagi, Menozzi, Duquesa Melzi d'Eril, Biffi, Montebello, Erba, Revelli, Mestoff.

En el camino que va hacia la montaña, otra interminable serie de palacetes deliciosos, rodeados por jardines, donde florecen las plantas más raras. Sin embargo, en esta época del año la ciudad parece triste a pesar de lo privilegiado de su situación topográfica.

El cuadro donde figuran los nombres de los pasajeros en los diferentes hoteles está casi todo en blanco. En el Bellevue los camareros de riguroso frac pasean aburridos. Las piezas están vacías y apenas seis o siete señoras cuyos nervios necesitan tonificarse, quedan a pensión y se hamacan todo el santo día, mirando el panorama, mientras los dedos automáticamente llevan adelante un crochet, que puede ser resulte una «echarpe» con el tiempo.

Una vieja que vende diarios, a la que pregunto algo sobre las cosas raras que encierra Pallanza, me indica la iglesia de San Leonardo:

— Verá usted los cuerpos de tres santos: San Maximino, San Hipólito y San Bonifacio... A más hay un pedazo de la rodilla de Santa Catalina, santa que nació en esta ciudad. Es la protectora...

— ¡Qué me dice!...

— ¡Las fiestas que hacen todos los años!... ¡Y los milagros!... No hace mucho una señora desesperada porque el hijo no podía nunca rendir exámenes con resultado — ¿sabe usted? — pidió la gracia a Santa Catalina y... dicho y hecho... El muchacho ya no tuvo miedo y pudo conseguir que la mesa le felicitara... Enfermos que se sanan en un santiamén... esto ya es corriente...

El templo de San Leonardo no ofrece nada de especial si se exceptúan algunas pinturas y unos trabajos en madera tallada.

Es decir, no pude notar nada más, pues confieso haber cometido un pecado muy grande.

Mientras de pie, no muy lejos de un confesonario, estaba con la nariz al aire para darme uña idea del conjunto, oí una voz femenina y otra masculina... La voz masculina parecía retar con energía a la voz femenina, que lloriqueaba e intentaba unas débiles defensas...

¿Quién podía permitirse hablar en voz casi alta dentro de una iglesia? Una miradita alrededor me reveló el misterio. Una penitente confesaba sus debilidades a un padre, cuyo oído debió ser algo duro, pues ni él se daba cuenta que hablaba a voz en cuello, ni la otra se daba cuenta que en sus contestaciones llegaba a una tonalidad muy aguda.

— Hice lo que pude para rechazarle, pero me persigue...

— Una madre debe encontrar la fuerza para alejar ciertas tentaciones...

Piense usted en esto, piense en aquello... No vale llorar ahora... Antes había que llorar...

Yo me preguntaba por qué habría tenido que llorar... antes... Pero el Padre explicó:

— Debió llorar reflexionando las consecuencias de un paso, cuyo alcance es enorme, le pesará toda la vida. ¿Con qué cara mirará de hoy en adelante a sus hijitos? ¿A su esposo?... ¿Eh?... ¿Eh?...

Me asusté por las revelaciones que sin querer llegaban a mi oído y por miedo de que me sorprendieran, a pesar de que no tenía la culpa si el sonido llegaba hasta mí, pasé al otro lado del templo.

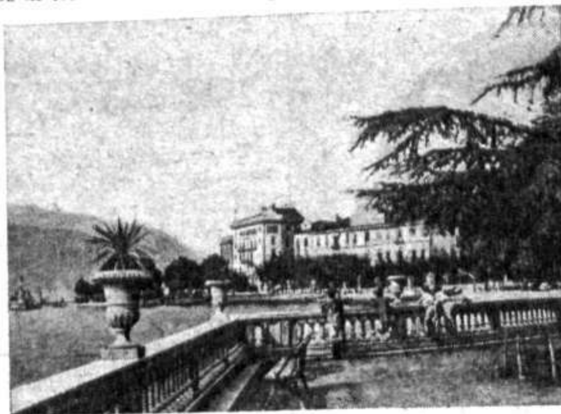
Pero la curiosidad era grande... Quise averiguar quién pudiera ser la Magdalena o para clasificarla mejor, la Francesca da Rímini...

¡La debilidad humana es muy grande!...

Una figura de mujer muy alta y casi excesivamente floreciente se despegó por fin del confesonario y vino a arrodillarse en un reclinatorio no muy lejos de la entrada.

Magdalena o... Francesca... no esperaba más unos cincuenta... juzgando así a ojos vista... Habría sido interesante conocer al... perseguidor...

Para mí... se trataba de un mocito de cinco lustros cuando mucho. Son los que de costumbre atentan a la integridad de la felicidad conyugal, de la misma manera como los viejos atacan las virtudes todavía inmaculadas y prefieren las niñas.


PALLANZA. — PANORAMA DE LOS JARDINES PÚBLICOS.

Y como de todo hay que sacar alguna moral, me dije para mis adentros, que los casados nunca están seguros de ciertos percances hasta el día en que no lleguen a pasar al estado de viudez. No hay edad que valga, no hay responsabilidades que pesen lo suficiente cuando el corazón permanece joven.

¡El que se sienta sin pecado tire la primera piedra!

Notas varias



Señora Carmen G. de Berreado, benemérita educacionista, recientemente jubilada.— San Luis.



Señorita María C. Bustelo, que ha obtenido el diploma de profesora superior de piano y solfeo. — Capital.



Señorita María Dolores Mera, nueva profesora de piano, solfeo y teoría. — Berutti, F.C.O.



Señorita Leonilda Remy, que obtuvo los diplomas de profesora de piano, teoría y solfeo. — Rosario.



Carmen P. Bergareche.



Alem Maggi.

Ganadores del premio "Caras y Caretas", para dobles mixtos de niños, en el torneo de "tennis" organizado por la sociedad "Hogar y Escuela".

PENSAMIENTOS

La felicidad no consiste en los placeres. La vida feliz está segura, por medio del trabajo, el camino de la virtud, acompañados por el propósito entusiasta de alcanzar un fin serio. — ARISTÓTELES.

El filósofo dice: — Y tú, ¿sabes lo que es ciencia? Saber que se sabe lo que no se sabe, y saber qué se sabe lo que no se sabe, esa es la ciencia verdadera. — CONFUCIO.

La ciencia puede hacer confortable una casa, pero no un hogar. — TOMÁS INSKIP.

— Huye de toda conversación amoral. No aceptes nunca el pensamiento vulgar que cree que hay mérito en saber disertar sobre la deshonestidad. Con la corrupción no llegarás a ninguna parte. Con la castidad de pensamiento donde tú quieras.

La leche producida durante los 10 días siguientes a la parición, no debe ser aprovechada para la venta; es en cambio, absolutamente necesaria para el ternero recién nacido.

De Bolívar


Una escena del festival organizado por la señora Corina de Graninini.

INSTANTÁNEAS

Para decir algo interesante no hay que pararse a pensar si todo lo que decimos será interesante, ni nuevo ni siquiera sincero. Es la única modestia que puede haber en el orgullo de escribir lo que se piensa.

Cuando decimos: "¡Qué antipático es Fulano!", casi siempre sería más acertado decir: "¡Qué antipáticos le somos"!

Educar a los hijos suele ser, por lo general, reprenderles todo aquello que molesta a los padres. Por eso hay tantos buenos hijos que son hombres insoportables. Es que sólo les han enseñado a ser hijos.

Por los pueblos he conocido a muchos mozos que habían servido en el ejército. Todos habían vuelto tan brutos como antes, y algunos más pillos. Es que tampoco les habían enseñado en los cuarteles más que a ser buenos soldados.

Casi todos los grandes capitalistas y nobles improvisados se hacen muy devotos. Acaso, como los antiguos criminales, sienten la necesidad de acogerse a sagrado.

Odiamos siempre al que tiene nuestros mismos defectos, porque nos parece que los desacredita.

Un corsé viejo salva en muchas ocasiones la virtud de las mujeres. — JACINTO BENAVENTE.



DEL ENORME TRABAJO DE SER MINISTRO



CUENTO DIPLOMÁTICO



NTONIO de Montenegro, no era un elegante, aunque tenía el talento sudamericano de vestirse bien. Era un hombre bien puesto y de modales discretos. Dentro de su partido, ocupó siempre las vicepresidencias de los comités y de las convenciones. Cuando su partido triunfó, Montenegro fué nombrado ministro en el exterior. Tenía en ese entonces treinta y nueve años. Era el noveno hombre que a esa edad llegaba en su país a ser ministro plenipotenciario. Lo que era un honor más que la estadística le acordaba.

Los preparativos de su partida no tuvieron inconveniente. Tomó el vapor y llegó a Europa, pisando la bendita tierra de Lisboa — como hubiera dicho Eça de Queiroz — en un día tibio y por lo tanto portugués. Al dejar el transatlántico, el *Sud Express* lo esperaba. En el viaje rápido a través de la península, amigos hechos a bordo y compatriotas lo acompañaban. En Burdeos — a siete horas de París — se quedó *solo*. El último amigo le sonrió a lo lejos, mientras el tren hacía esfuerzos arrastrándose fuera del andén. Una vez que el tren se echó a correr furioso, Antonio de Montenegro, incómodo de verse *solo*, se miró en un espejo que la compañía de Orleans había colocado en un rincón del compartimiento para placer de los viajeros enfermos de tortícoli — y en donde pueden ver sin dificultad el paisaje de través sobre el biselado.



Mirarse en un espejo y acordarse *que era ministro, fué* una sola acción y una misma idea. El cargo le apesadumbró el alma. ¿Ministro? ¿Y qué iba a hacer como ministro? ¿Cuáles eran sus ideas? ¿Cuál su programa diplomático?...

Estuvo por pedirle permiso a la sombra de Richelieu para ser ministro sin preocupación y soltura como lo fué el duque de Morny. Pero no. Algo más serio era el problema, y de Montenegro, que no era solemne, no podía acomodarse con este título, si en compensación este cargo no lo obligaba a un esfuerzo, a un trabajo, tal vez hasta un sacrificio. Sin necesidad de nada de eso — por simple ascenso de las eternas vicepresidencias de comité que ocupó — era ministro. Un otro hubiera aceptado la situación, pero de Montenegro, viéndose sin argumentos que lo justificaran ante el *insomnio de su conciencia*, y lejos del país, del país que se había tomado el trabajo de pensar por él, no supo, no atinó a pensar en otra cosa que dar media vuelta *y volverse a la tierra*, para poner en mejores manos lo que le habían dado y no le pertenecía. Su espíritu atravesó por diferentes estados de ánimo, y las estaciones del trayecto, lo trenes de carga que cruzaban el expreso le asaltaban la conciencia con su presencia fantástica. Pero París llegó, y Montenegro se echó en la cama del hotel. Llovía fue-

ra y hacía frío. El hotel parecióle más simpático de lo que son generalmente los hoteles, y cuando le preguntaron el nombre y la nacionalidad, dió su tarjeta donde no había podido grabar otra cosa que:

ANTONIO DE MONTENEGRO
MINISTRO

La cama nueva, la hora temprana en que se había recogido, los pasos que comienzan a la madrugada en los corredores de los hoteles, hicieron que de Montenegro se despertara muy de mañana. La aurora lo llevó de nuevo al punto de su monólogo que París había interrumpido. ¿Qué hacer como ministro? ¿Cómo ajustarse a una nueva vida, que debía reemplazar no sólo sus ocupaciones de Buenos Aires, sino también sus amigos, las fiestas habituales, los círculos políticos?

Allí estaba tendido en un lecho extraño como el cadáver de un desconocido, lejos de todo lo que le fué querido. Las relaciones de su país, con el país en que iba a parar, eran excelentes. Apenas había argentinos en esa tierra. Nunca saldría un barco de sus puertos con destino a su patria. Era un país mediterráneo, en altura, como la Suiza. La posibilidad de las supuestas alianzas políticas, no podían inquietar a su país. Los destinos de las dos repúblicas eran distintos. Ni en las artes, ni en el comercio, tenían nada de semejante, ni de diferente...

En esto oyó sonar las ocho de la mañana y se enteró que el vecino pedía su chocolate. Hizo lo mismo. Cuando el criado trajo la bandeja con el desayuno, le comunicó que el baño estaba preparado. Cuando volvió del baño, una sombra lo seguía. Era el pedícuro. Cuando el pedícuro terminó con «las manos» y «los pies» de Montenegro, entró el masagista. Luego llegó el barbero y cuando el peluquero que tenía el aspecto extraño y afeminado dejó su cuarto, la mucama, como una consecuencia preguntó a su excelencia, si deseaba vestirse. Montenegro fué vestido y era ya la una de la tarde. La rotativa de criados lo dejaba flamante. El almuerzo, lo esperaba en la mesa.

La comida fué larga y minuciosa. El «maître d'hotel» y los camareros añadían a cada servicio, varios «Su Excelencia». A las tres de la tarde, fumando el habano que le mandó el cigarrero y alumbró el mensajero, se echó a andar por las calles de París, satisfecho y feliz. Estaba ya lejos de su problema moral. Había transcurrido blandamente, sin dificultad, la primera mañana del señor ministro. La mañana había corrido sin que se le ofreciera a su espíritu duda alguna sobre su excelente actuación. El tiempo se había puesto a los pies del señor ministro, como un león domado.

En su paseo se puso a observar París. Le llamaron la atención las letras severas de los carteles de propaganda y en los títulos de las casas de comercio. La corrección le agradó. Parecían compuestos por el tipógrafo que alineó para el primer número los tipos mayúsculos y trascendentales de *La Nación*. A fuerza de andar, tuvo que detenerse. Fué frente a la casa de un anticuario. Había en las vidrieras trozos de talla Luis XV, tocadores Directorios, mangos de sombrilla en porcelana de Sévres, cristos Janseneístas, péndulos del Imperio, cornucopias españolas y retazos de terciopelo de Utrech del siglo XVI. Eligió un tintero de cristal de roca que carecía de estilo, pues era de fabricación reciente como lo es la República Argentina y los escritorios norteamericanos, y entró a la tienda a comprarlo. Le pareció barato, y cuando se despidió del viejo que hacía noblemente de antiruario y quedaba bien entre sus cachibaches, lo hizo con un «hasta mañana», de todo corazón. Un nuevo cliente acababa de surgir sobre la faz de la tierra. Eran las cinco de la tarde. *Fair cloc Tza*. Y entró al *fair cloc tea*...

Como observaba todo lo que lo rodeaba en su calidad infantil de viajero, notó que las masas eran un poco grandes en Francia y las tazas de te, pequeñas. Gracias a un cuchillo que no estaba afilado — pues hubiera sido una cobardía afilar un cuchillo para cortar pasteles, — pudo hacer de esas masas varios bocados. Terminada la división alzó los ojos y vió otros ojos que lo miraban. Luego le sonrieron y Montenegro dejó la casa de te explicando a la dama en cuestión, que en Buenos Aires hay una calle idéntica a la rue de la Paix con joyerías, gente acomodada y modistillas. Se refería a la calle Montes de Oca.

Daban las siete de la tarde cuando la dama que era francesa y enemiga de los viajes, pues sólo le gustaba conocer el extranjero, «a través de los extranjeros» — frase que repitió varias veces de un modo peculiar — dejó a Montenegro en una esquina de París. ¿Dónde? Sólo un automóvil podía sacarlo del apuro y se hizo llevar al hotel.

No era la hora de comer. En el comedor solo había un viajero que comía temprano para aburrirse menos y Montenegro subió a su departamento y se acomodó en un sillón para leer los diarios de la mañana, con gran sorpresa de parte suya, pues «no había tenido tiempo de hacerlo antes», habiendo ocupado su día con los hechos que relato juiciosamente. Montenegro, no desconocía su transcendencia. Tampoco le importaban demasiado, pero convenía entre sí que eran indispensables a su calidad de ministro.

Una sonrisa atravesó sus labios. Estaba satisfecho. Lejos su dilema al dejar Burdeos y aún más lejos las reflexiones que había sugerido la madrugada en el hotel. Como ese día podían pasar los siguientes. Su dignidad, la de su país, no sufrían ningún agravio. Y puso sobre el papel, en escalera, lunes, martes, miércoles, etc.

El lunes, agregó: «visita a los anticuarios». El martes lo destinó a conocer, en los cinemas, las películas de éxito; el miércoles, día de moda en el Bosque; el jueves, en el Palais de Glace; el viernes, recibo en el hotel; El sábado, cita con la señora X.; el domingo, carreras. Y volvió a sonreír. No tenía ahora más trabajo que disciplinar su pereza, organizar la ociosidad, y Antonio de Montenegro fué, a pesar de la opinión que pueda tener cada lector, un excelente ministro de la república en el exterior.



VIZCONDE DE LASCANO TEGUI

DIBUJOS DE PARPAGNOLI

De Vicente López





Fiesta social efectuada en el parque hotel de Vicente López.







De Ramos Mejía



Festival artístico organizado por el círculo social "Los Independientes". — Concurrencia que asistió a él.

REFRANES Y SU SIGNIFICADO

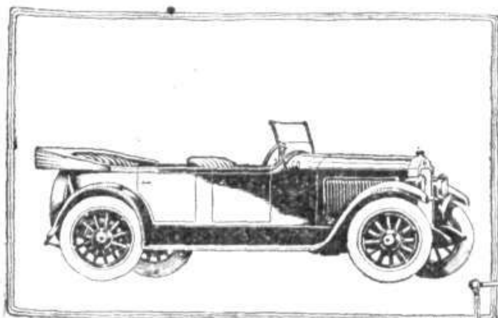
1.º "Decidlo en cabildo y allí seréis respondido." — Enseña que no se han de tratar ni resolver las cosas públicas en secreto, a escondidas, sino donde se puedan y deban conferir, para que las resoluciones sean prudentes y acordades.

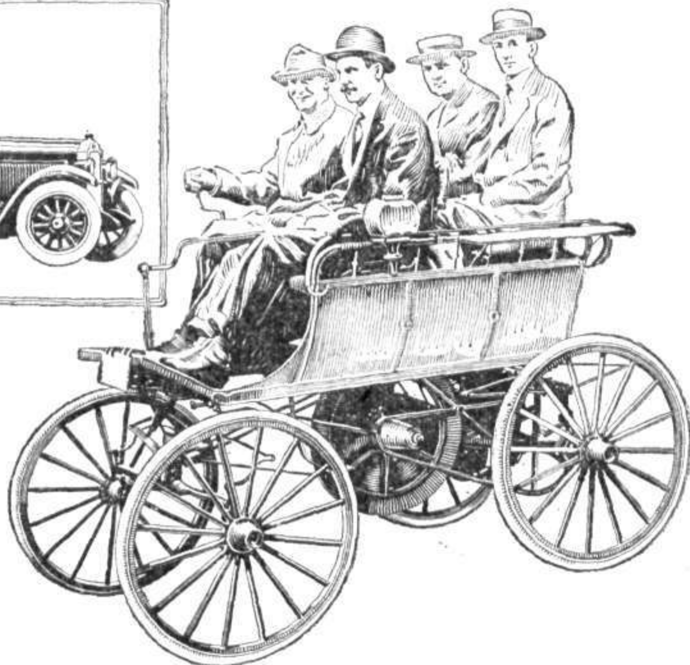
2.º "Quien por codicia vino a ser rico, corre más peligro". — Explica que lo mal ganado dura poco.

3.º "Amigo del buen viento se muda con el tiempo". — Enseña la inconstancia con que se comportan muchos que se tildan de amigos, volviendo la espalda cuando la suerte del protector se hace adversa, o cuando hallan otra conveniencia más favorable.

La pobreza tiene una puerta tan baja que por más grande que sea el hombre, tiene que inclinarse al pasar por ella. — VÍCTOR HUGO.

¡Escuchadme, hombre! Dentro de ti está todo. En lo más íntimo de tu alma reside el poder que te ha brindado la naturaleza para que te desarrolles. — PESTALOZZI.





Compárese el automóvil de hace veinticinco años con el automóvil de hoy. Entre los ingenieros, en los laboratorios de investigación científica y en las fábricas de la General Motors se encuentran muchos de los hombres que más han contribuido al progreso y desenvolvimiento del transporte automóvil.

¿En qué consiste el valor de un automóvil?

II. *La experiencia*

LA EXPERIENCIA es el mejor maestro. Reuniendo en una sola familia varias grandes y antiguas compañías de automóviles, la General Motors pone al servicio de las unas el acervo de experiencia de las otras.

Así, por ejemplo: El Oldsmobile fué el primer automóvil fabricado en escala comercial, y el Cadillac fué el primero que adoptó el completo equipo eléctrico y las piezas intercambiables; el Buick perfeccionó el primer motor de válvulas sobre la culata, y el Oakland fué el primer coche ligero de seis cilindros que se fabricó, en tanto que el Chevrolet combinó las características de los automóviles más costosos en un coche de bajo precio.

Cada una de estas subsidiarias, veterana en la industria del automóvil, contribuye su *especializada* práctica al fondo de las comunes exigencias; y a este gran tesoro de experiencia agrega la General Motors una veintena de subsidiarias que fabrican piezas, accesorios y equipos para sus automóviles.

. . . .

Síguese de lo dicho que al comprar usted un automóvil o un camión de la General Motors se beneficia directamente con la larga experiencia de la fábrica que lo construye, al par que con el conocimiento y práctica acumulados de la gran familia de que forma parte.

Para más detalles relativos a la General Motors, dirigirse a General Motors Export Company, Calle Garay No. 1, Buenos Aires.

GENERAL MOTORS

BUICK CADILLAC CHEVROLET
OAKLAND OLDSMOBILE CAMIONES GMC

AUTO-MOTO-AVIACION

Entre el Atlántico y el Pacífico



Primero fué a lomo de mula, después el ferrocarril trasandino los que nos unieron con nuestros hermanos de allende los Andes. Dentro de poco será también el automóvil el encargado de acercarnos más aún a ese pueblo cuyos anhelos son los nuestros.

Para esto último, mucho vienen haciendo los entusiastas muchachos que, a menudo, desafiando los peligros y las peripecias, se trasladan de una a otra capital.

En la presente fotografía vemos a los señores Rusconi y Pesquie, viajando sobre la vía del F. C. Trasandino, momentos antes de entrar al túnel de la frontera argentino-chilena, en las Cuevas

La estadística al día

De los 21.000.000 de automóviles que hay en el mundo entero, 18.000.000 se hallan en circulación en los Estados Unidos.

A pesar de no haberse publicado aún la estadística oficial, se cree que durante 1924 han entrado 25.000 automóviles en la Argentina, con lo que el total hasta la fecha alcanzaría a 135.000, de los cuales más de 80.000 en circulación.

La quincena automotriz

Fuera del «Gran Premio Nacional 1925» del Automóvil Club Argentino, pocos son los acontecimientos de importancia que han absorbido la atención del mundo deportivo en la quincena pasada. Es que el poder de influencia de la gran carrera es capaz de por sí de eclipsar todo lo demás, al punto que, próxima ya la prueba del Moto Club Argentino a Córdoba (para motosidecars), esta cuestión ha pasado a lugar secundario.

En otro lugar de este mismo número nos ocupamos detenidamente de los detalles del «Gran Premio», reservando el comentario que nos sugiere para próximas ediciones.

Cuatro automovilistas argentinos, los señores Rusconi (tres hermanos) y Pesquie, han cumplido en la pasada quincena su doble «raid» de Buenos Aires a Valparaíso y regreso, que representa un recorrido de más de 3.500 kilómetros.

Estos viajes que sirven para estrechar vínculos de camaradería con los colegas de allende los Andes, tuvo la virtud de hacer que días después de la partida de Valparaíso, para ésta, de los aficionados argentinos, otros cuatro chilenos salieran de la misma ciudad en viaje a ésta, llegando diez días después para luego reiniciar el «raid», luego de haber cumplido una misión interesante de solidaridad y cambio de ideas para el progreso del moderno medio de transporte. La delegación chilena estaba dirigida por el señor Francisco Montes de Oca.

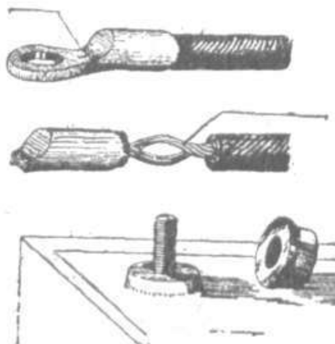
La Unión Propietarios de Automóviles, organizadora del paseo en automóvil, ofrecido en la tarde del 31 de enero último a los huerfanitos de nuestros asilos, ha resuelto dejar establecida oficialmente esta fecha como la consagrada a repetir acción tan humanitaria. Todos los años, el 31 de enero, los huérfanos de los asilos nacionales tendrán así un día consagrado a la alegría, pues no es otra cosa la que les proporcionan estas excursiones automovilísticas.

El Gobierno de la nación activa los preparativos para recibir dignamente a los representantes de todos los gobiernos sud-centro y norteamericanos, que enviaron delegaciones especiales para la Primera Conferencia Panamericana de Caminos, a celebrarse del 22 al 25 de mayo próximos en Buenos Aires, bajo los auspicios del P. E. Nacional.

Se cree fundadamente que esta conferencia resultará de provechosos resultados para nuestro país, puesto que se anuncia que el gobierno de la nación, en ocasión de la misma, enviará un proyecto de ley de caminos al Congreso Nacional.

El sábado 14 del corriente partió rumbo al sur la delegación enviada por el Touring Club Argentino, bajo la dirección del señor Baldrich, para inspeccionar las carreteras que sobre la distancia total de 3.000 kilómetros, servirán para la excursión automovilística que se anuncia para marzo próximo bajo los auspicios del gobierno de la Provincia de Buenos Aires. El delegado del Touring Club formará a su paso por las localidades a visitar delegaciones especiales encargadas de preparar todo lo concerniente para el mejor éxito de la gran excursión que se anuncia.

Reparación de las conexiones de la batería



Los cables conductores que se sujetan a los acumuladores son terminados generalmente por unas vainas con un ojal a la cual va soldado el cable.

Con el tiempo, debido a la corrosión del ácido, se suele romper según indica el grabado.

Siempre que suceda esto, se subsanará el inconveniente, cortando la composición aislante a una pequeña distancia del fragmento restante, y sacándola de modo de dejar al descubierto el hilo conductor.

Como este cable está formado por varios otros más finos, será fácil el dividirlo en dos partes iguales haciéndole un ojal según indica el grabado, con lo cual estará nuevamente en disposición de uso.

A. BURGOS SANTILLAN



Sarrasqueta y su sobrino



Texto y dibujos de REDONDO



Sarrasqueta tiene un sobrino, que nació con el cráneo tan desarrollado, que es un prodigio de inteligencia, y todo lo aprende en el acto.



Es un virtuoso en música, pintura y escultura, habla todas las lenguas, vivas y muertas, descifra jeroglíficos y hasta sabe hacer chistes y jaulas cazamoscas.



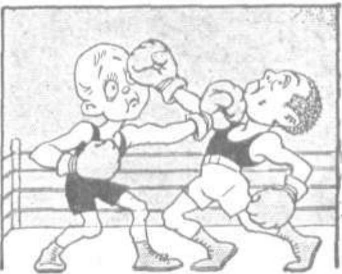
Con tanta sabiduría almacenada, ésta ya no le cabe en el mate, que sigue inflándose, hasta causar alarma en la familia.



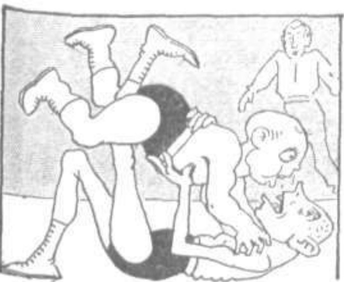
La que llama en consulta a los doctores, para que vean el medio de evitar el estallido de aquella mollera, los que le recetan que se ejercite en toda clase de deportes.



Y el fenómeno empieza por jugar al "fútbol", dando pateadura a los chicos del barrio con lo que las extremidades inferiores empiezan a crecer y la cabeza a menguar.



Con mucha aplicación se entrena en el boxeo, poniendo k.o. a muchos, pero sufriendo él también abolladuras en su cabeza la que sigue disminuyendo.



Para que el desarrollo del cuerpo sea uniforme, se ejercitaen la lucha grecorromana, con lo que el torso sigue aumentando y la testa decreciendo.



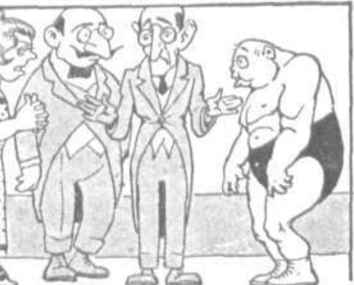
Adquiere fuerzas levantando pesos, pero para poder luego levantar pesos sin hacer fuerzas, y hacerse rico, sin necesidad de sabiduría.



Aprende la equitación y doma de potros, como deporte eficaz para el desarrollo del cuerpo y la pérdida de la cabeza estrellándola en el suelo.



Con el desalojo de ciencia por falta de espacio en el cráneo, pierde la memoria, no habla ni u idioma, no acierta jeroglíficos, ni sabe ya hacer jaulas cazamoscas.



La familia asustada ante el descabezamiento del chico, llama otra vez a los doctores, que declaran ser un caso perdido de "estraviatistestático", fuera de los recursos de la ciencia.



Consiguiendo por fin, ya eliminado el estorbo del saber que tanto le abrumaba, ganarse cómoda y tranquilamente la vida sin esfuerzo ni trabajo.

De Lanús



Grupo de aficionados que tomaron parte en el festival.



Público que asistió a la fiesta del Club Atlético.

Enlaces



Señorita Elena Clara Telmenesi con el señor Carlos Romeu. — Capital.



Señorita María Rodríguez con el señor Francisco Calvo. — Capital.



Señorita Ventura Vicenti con el señor Juan Benseng. — Colón.



Señorita Nora Gardelli con el señor Pedro Monquelli. — Tucumán.



Antongoli - De Benedetto. — Junín.







"LOS CHIFLADOS" POR BENJAMÍN MARTÍNEZ

Son muchos los tipos de chiflados estudiados por el autor, que es médico, en este interesante trabajo; pero se le ha escapado uno: el que tiene la chifladura de encontrar chiflados a todos los demás. Y, aparte esto, ¿quién podría tirar la primera piedra a los chiflados? ¿Quién no ha estado chiflado alguna vez en su vida? Chiflados lo somos, hemos sido o seremos todos, pues, de manera que el libro del doctor Martínez viene muy en sazón para prevenirnos que no nos riamos mucho de los chiflados, porque en cada uno de nosotros hay, por lo menos en potencia, un chiflado sin saberlo. Y para que nuestros lectores saquen algún provecho práctico de estas breves líneas sobre un libro que merecería detenido estudio, les prevendremos que entre las múltiples causas de las deficiencias o anormalidades que se traducen en chifladuras, figuran las intoxicaciones orgánicas causadas por el alcohol y el tabaco. Según esto, en los Estados Unidos, en donde está prohibido el uso del alcohol desde hace algunos años, debería haber disminuído el número de los chiflados, y sin embargo lo cierto es que ha aumentado, a causa del desarrollo increíble de la chifladura consistente en creer que beber un vaso de cerveza cuando se tiene calor y sed, o tomar un par de copas de vino en la comida, es poco menos que suicidarse, o adquirir una enfermedad.



"MANUEL GALVEZ" POR NICOLÁS OLIVARI Y LORENZO STANCHINA

Nadie que conozca siquiera superficialmente el desarrollo literario de nuestro país en los últimos años, podrá desconocer, si es sincero, que el autor de «Nacha Regulez» es una de las figuras descollantes de la literatura argentina actual. Ha cultivado con igual éxito todos los géneros: poesía, novela, cuento, ensayo, teatro, libro de viajes; pero es indudablemente su obra como novelista la que más merecida fama le ha ganado, no solo aquí sino también en el extranjero. Algunas de sus novelas han sido traducidas a diversos idiomas y, lo que vale más, han sido elogiadas por la crítica de los respectivos países. No podría, por lo tanto, extrañar a nadie que los señores Olivari y Stanchina hayan creído al señor Gálvez digno de ese trabajo de presentación y en cierto modo de exégesis literaria. Es un libro hecho a conciencia, con sinceridad no maculada por el entusiasmo excesivo, y con la preparación necesaria para discernir y señalar al lector los valores positivos contenidos en la abundante y variada obra del distinguido colaborador.



"A PUNTA DE LANZA" POR CARLOS MOLINA MASSEY

Fuerza es reconocer que cabe a muchos escritores «gauchescos» la responsabilidad de haber tornado algo fatigosa y no poco majadera la literatura que tiene como tema a los gauchos, gentes simpáticas pero que, a juicio de los entendidos, ya no existen sino en los libros. Esos gauchos de sensibilidad folletinesca y de inteligencia más larga que su melena, casi han hecho perder el gusto por los hermanos de suerte de Martín Fierro. El señor Molina Massey, excelente poeta narrativo, por decirlo así, no nos presenta en su bello libro a gauchos de esos. Los suyos son decididamente humanos, todos, así los hombres como las mujeres, de suerte que sobrada razón asiste al prologuista, otro poeta de verdad; Ricardo del Campo, cuando dice que este libro «da la sensación de lo definitivo y perdurable, dejando en el espíritu el sano deleite de las cosas que, por

virtud de su fuerza emotiva, hacen vibrar las fibras más nobles, en la íntima correspondencia de la mente y el corazón». Y el final del poema del señor Molina dice conmovedoramente, y mejor que muchos libros graves de sociología y de psicología; ¿cuál fué el verdadero destino del gaucho, su misión real y positiva: luchar con el indio para plantar en su tierra la civilización que a su vez habría de eliminarle al gaucho por obra de dolorosa fatalidad.



"TRES NOVELAS COLONIALES" POR ENRIQUE RICHARD LAVALLE

El fecundo autor de este libro tiene puestas sus más nobles aficiones en el estudio de la historia patria. La historia, como alguien ha dicho, es ante todo, obra de imaginación y de sensibilidad, y el señor Richard Lavalle posee en grado sumo esas dos condiciones. Ama al pasado, no precisamente por padre del presente y abuelo del porvenir, sino porque le entretiene y le distrae su estudio; y ya se sabe que estudio que no entretiene y distrae no produce resultados fecundos. De ahí que prefiera a escribir libros de historia propiamente tal, estos en que la historia se nos presenta con el atrayente ropaje de la novela, lo que no quiere decir que no haya mucha verdad en ello. La novela histórica tiene que ser así: género híbrido pero no infecundo, por que si no no sería novela histórica sino novela o historia. Escritor fácil, el señor Richard Lavalle se hace leer con interés, agrado y provecho, triple resultado que no a muchos es dado alcanzar.



"INMORALIDADES ACTUALES" POR ENZO ALOISI

No dos, sino tres son las máscaras que el señor Aloisi ve a la vida: patética, trágica y grotesca, y la máscara patética debe de ser la que otros llaman dramática. Y el lector no ha menester en realidad, diferir el pedido del autor de ser indulgente con su libro, porque la indulgencia está de más. El señor Aloisi es un escritor que, a nuestro juicio, no necesitaría sino un estilo más sobrio, la eliminación de muchas palabras y hasta frases inútiles que le quitan claridad y sobre todo precisión, para ganarse el puesto que sus condiciones le señalan. Por lo demás, la vida no ofrece al autor sino espectáculos serios y graves aun en la serie que ha llamado grotescas. Hasta qué punto ese concepto de la vida sea fenómeno meramente literario, sería difícil indicarlo. En todo caso, estamos de acuerdo con el autor, en que el título de su libro no deja de ser un tanto presuntuoso. Supuesto que esas fuesen inmoralidades, en cualquier significado del término, de ningún modo son precisamente actuales. Son de siempre y lo serán, y con los cambios en la organización social que el autor parece propiciar o por lo menos señalar como deseables, no se cambiará el corazón humano, de infinita capacidad para el mal, pero también de infinita capacidad para el bien.



"LA VENUS CALCHAQUI" POR BERNARDO GONZÁLEZ ARRILI

No nos hemos percatado bien de si el autor de esta novela le ha dado o no carácter simbólico; pero nos ha parecido que la triste aventura de Deolinda, la Venus Calchaquí, y Aurelio, descendientes seguramente de conquistadores o a lo menos de colonizadores españoles, vale decir criollo, puede tener cierto valor simbólico desde el punto de vista de la tendencia indianista que se observa en algunos círculos literarios y artísticos, en donde se querría encontrar en el indio, en la civilización indígena, algo más que un tema para discusiones científicas o estéticas, aparte, por supuesto, la consideración que el indio merece por el simple hecho de ser hombre. Deolinda abandona la casa de su padre tras de Aurelio, el hombre blanco, su ideal. Aurelio sueña que ha convertido a la Venus Calchaquí en una Venus conforme a su concepto de la mujer que debe amar, y como no ha sido sino un sueño, el despertar es rudo y triste: Deolinda resuelve regresar a casa de su padre, o mejor dicho, hacerse la que regresa, para suicidarse. Aurelio, naturalmente, no se suicida: jamás un blanco se ha suicidado por una india, ni en los tiempos más felices del mestizaje. Esta aventura lamentable y edificante es la que cuenta a sus lectores el señor González Arrili, en una novela que se lee, como se dice, de un tirón; pues al interés del argumento une estar escrita en el estilo sencillo, fácil y elegante característico del autor.

Escuela Normal N.° 1 de Profesores 4.° Año C



M. T. Vilas.



A. Roccatagliata.



M. L. Viñals.



E. E. Bordato.



F. del Rivero.



J. Alinovi.



M. A. Vega.



M. T. Sabater.



L. M. Yapichino.



J. Terrel.



M. S. Bordato.



A. Suglia.



F. Rivas.



M. T. Viturro



O. P. Selvaggi.



P. A. Skoczdopole.



C. J. Alberdi.



C. Vincente.



B. Kaplum.



N. Rossi.

De Lomas de Zamora


Niñas que tomaron la primera comunión el día de la patrona de Lomas, Nuestra Señora de la Paz.

LOS ALMANAQUES MÁS ANTIGUOS

El almanaque más antiguo fué usado en Inglaterra y Dinamarca; se componía de un pedazo de madera cuadrado de 8 pulgadas de longitud y fabricado para colocarse colgado en la pared o también para usarse a manera de bastón. Cada esquina y lado representaban tres meses del año, los días festivos se marcaban con símbolos de acuerdo con el día que estaban designados a celebrar. Christmas se distinguía con un cuerno pintado y noviembre 23 se representaba con un vaso pintado también. Ese día se conocía con el nombre de "Día de San Clemente" y la costumbre había decretado de que los pobres fueran a mendigar por un poco de cerveza para divertirse. Los primeros almanaques escritos fueron hechos por los Griegos en Alejandría en el año 150 A. D. Quizás los almanaques más antiguos que se han conocido hasta la fecha son los de Salomón Jarchus publicados en el año 1150. Una copia del almanaque de Petrus de Dacia, publicado en el año 1300 aún se conserva en Oxford. Los almanaques vinieron a ser predominantes durante el siglo XV.



LOS ULTIMOS MINUTOS

(Escena: el piso antiguo. Tiempo: 1.º de mayo.)

EL MARIDO. — ¿Cómo es eso? ¿Dos hombres quieren bajar ese armario?

EL MOZO DE LA MUDANZA. — ¡Claro está!

EL MARIDO. — Cuatro hombres no serían bastante. Lo dejarán ustedes caer.

LA ESPOSA. — Está lleno de ropa.

EL MOZO. — Déjennos hacer a nosotros... ¡Levanta!

LA ESPOSA. — ¡Por Dios, cuidado con la lámpara!

EL MOZO. — Ya lo sabemos, señora.

EL MARIDO. — Déjalos hacer, querida, que tienen una gran costumbre de estas cosas. La diferencia entre nosotros y ellos consiste precisamente en que para ellos la mudanza es una cosa corriente, mientras que para nosotros es algo desusado. ¡Quién sabe! Tal vez sea la milésima mudanza que hacen.

LA ESPOSA. — Julieta, baje usted al carro y cuide de que no roben nada.

(Los mozos soportan (silenciosamente aquella sospecha).

JULIETA — Ya voy, señorita (*Sale, y roba la camisa de batista que hacia seis meses la gustaba*).

EL MOZO. — ¡Hala, agarra...!

EL OTRO MOZO. — ¡A... up! (*Levantan el armario*).

LA ESPOSA. — ¡Qué gentes tan fuertes!

EL MARIDO. — No es tan difícil como tú crees... Si yo me pusiera... ¡Eh, eh, la lámpara!

EL MOZO — (*mientras la lámpara cruje y cae en mil pedazos*). — Déjennos hacer a nosotros.

LA ESPOSA. — Ya lo había yo dicho.

EL MARIDO. — ¿No pueden ustedes poner cuidado?

LA ESPOSA. — Esta Sociedad de transportes no envía más que bribones.

(Entra Julieta y comienza a barrer los restos de la lámpara.)

LA ESPOSA. — Julieta, ¿qué hace usted ahí? ¿No le he dicho que bajase usted para tener cuidado? ¿Es que lo tengo yo qué hacer todo? ¡Me van a robar toda mi ropa!

JULIETA. — Sí, señorita. (*Sale y roba la falda de raso*).

EL MARIDO. — ¡Qué pena dejar este piso! (*Triste, entra en una habitación vacía*).

LA ESPOSA. — Vamos, no sigas hablando. ¿Ahora piensas en ello? Y además, el nuevo piso es más barato, está situado en mejor sitio, no es tan alto como éste, y el niño tendrá una habitación aparte.

EL MARIDO. — ¿Más barato? Cuesta ochenta florines más.

LA ESPOSA. — Pero es mayor, luego, relativamente, es más barato. Aparte de eso, me es igual. ¿Para qué te has despedido? A mí me gustaba vivir aquí, subía con gusto los tres pisos, con gusto me veía privada del cuarto de baño y hasta gozaba profundamente teniendo la cocina obscura. ¡Hasta había cucarachas!

EL MARIDO. — Tranquilízate; las cucarachas se vendrán con nosotros. Esas no tienen necesidad de automóvil; se irán en la caja del carbón, en la cesta de la leña y en el armario de la cocina. Y si no fuesen más que las cucarachas; pero nos seguirán también las chinches...

LA ESPOSA. — Eso es ya pesimismo.

EL MARIDO. — Es la pura verdad. Habría que dejar aquí este cuadro. Siempre sospeché de él. Generalmente, tengo observado que prefieren los cuadros patrióticos.

LA ESPOSA. — También yo lo he observado. Tiraré fuera ese cuadro.

JULIETA — (*entra, con cara inocente*). — Señora; no encuentro por ninguna parte la falda de raso.

LA ESPOSA. — Ya lo había dicho yo. Pronto, vaya usted al carro, pues van a robar todo lo demás.

JULIETA. — Sí, señorita. (*Sale y roba el pañuelo del traje de novia.*)

(Breve (silencio.)

EL MARIDO. — ¡Qué pena dejar este piso!

LA ESPOSA. — Tú fuiste el que se despidió.

EL MARIDO. — Fuiste tú la que quisiste un piso mayor.

(Vuelven los mozos de la mudanza.)

EL MOZO — (*tiene en la mano las dos terceras partes de un objeto rococó*). — ¿De dónde es este pedazo?

EL OTRO MOZO. — Es la pata de algo.

EL MARIDO. — Se ha roto del espejo.

LA ESPOSA. — ¡Todo lo estropean! ¡Todo lo rompen!

EL MOZO. — ¡Perdón, señora, no está roto! Esto es preciso quitarlo. (*Mira el trozo de madera y ve que su declaración no puede tenerse en pie.*) Además, estaba ya roto.

EL OTRO MOZO. — Estaba pegado con cola.

EL MARIDO. — Tal vez han sido las muchachas las que lo rompieron... Bajen ahora este sofá.

EL MOZO. — Levántalo.

EL OTRO MOZO. — ¡A... up! (*Lo levantan.*)

LA ESPOSA. — Lo menos hace un año que no habían barrido debajo de ese sofá. ¡He de despedir a esa Julieta!

EL MARIDO. — ¡Eh, la lámpara!

EL MOZO. — Déjenos usted hacer a nosotros. (*Rompe el cristal de una ventana.*)

EL MARIDO. — Pero... ¿es que no saben ustedes tener cuidado?

EL MOZO. — ¿Para qué estaba esa ventana precisamente cerrada?

LA ESPOSA. — ¡Oh, todo lo rompen! ¡Vaya una gente que nos ha enviado la Sociedad de transportes! Rómpanlo todo, señores, adelante! ¡Tenemos dinero de sobra! ¡Ay, qué nerviosa estoy! ¿Para qué nos iremos de aquí?





EL MARIDO. — Pero, querida... (*Al mozo*). ¡Animal!

LA ESPOSA. — Ya sé que eres muy bueno, y que no quieres más que mi bien... (*Lo besa.*) No te enfades; pero estoy muy nerviosa. Echate al bolsillo esta figurita china.

EL MARIDO. — Es imposible; tengo ya llenos todos los bolsillos. Aquí tengo el soporte de cristal del piano, el pedazo roto del espejo, y en este otro bolsillo me he metido la moldura...

LA ESPOSA. — ¿Qué moldura?

EL MARIDO. — La que se ha roto del armario.

LA ESPOSA. — Luego... ¿también eso se ha roto? ¡Ay, Dios mío, todo se ha deshecho! Hasta mi vida, que se deshizo cuando fuí tu mujer... (*Se echa a llorar.*)

EL MARIDO. — No llores, querida, no llores... No son ellos los que lo han roto, sino yo...

LA ESPOSA. — Dices eso para consolarme. Eres tan bueno... (*Lo besa.*)

EL MOZO — (*coge de cualquier modo el ramo artificial*). — Pepe, pon eso entre los dos armarios para que no se rocen.

EL MARIDO. — ¿Por qué no ponen ustedes allí sus cabezas? ¿Quién ha oído nunca decir cosa semejante; poner un ramo Macquart entre dos armarios para que se estropee?

EL MOZO. — Déjennos hacer a nosotros. (*Huele el ramo artificial*).

EL NIÑO. — (*entra corriendo*). — ¡Mamá, mamá! El «sol mayor» se ha roto.

LA ESPOSA. — ¿Qué es lo que se ha roto?

EL NIÑO. — El «sol mayor» del piano. ¡Ay, qué furiosa se pondrá la profesora!

JULIETA — (*apareciendo.*) — Señora, no encuentro por ninguna parte su corsé.

LA ESPOSA. — Probablemente lo habrán robado.

JULIETA. — Sin embargo, yo he cuidado...

LA ESPOSA. — Usted es una buena muchacha, Julieta, buena y fiel. Le doy como regalo la camisa de batista.

JULIETA (*con aspereza*). — Muchas gracias, señora.

LA ESPOSA. — ¿Es que no le gusta?

JULIETA. — Sí, señora, sí. (*Sale devanándose los cascos sobre lo que debe robar en vez de la camisa*).

LA ESPOSA. — ¡Son todos tan buenos! También Pepito es un buen muchacho, que cuida en la calle. ¿No es para entusiasmarse? Quiero darle un beso. Ven aquí, Pepito.

EL NIÑO. — ¡Mamá, te juro que no he sido yo el que ha roto el jarrón de China; estaba ya roto!

EL MARIDO — (*aparte*). — ¿Eso también? (*En voz alta.*) ¡Pst! Cierra esa boca, que nadie te pregunta nada. ¿Por qué disgustas a tu madre? ¿No ves lo nerviosa que está?

LA ESPOSA. — Ven, hijo mío, ven que te dé un beso.

EL MARIDO — (*le da rápidamente algunas bofetadas*). — Bien, bien, hijito; vete a jugar. Aquí estorbas.

EL MOZO. — Este espejo forma parte del tocador.

LA ESPOSA. — A ver...

EL MARIDO (*aprovecha la ocasión para darle al niño doce o catorce bofetones más*). — ¡Toma, por el jarrón! Bájate a jugar, hijito. Ya te daré yo, para que digas que «estaba ya roto».

(*Llega la cocinera jadeante.*)

LA ESPOSA. — ¿Qué tal?

LA COCINERA. — Sí, de allá vengo. La cocina es como un agujero de pequeña, no tiene hornillo en el fogón y la puerta no cierra. Lo menos tengo una semana de trabajo antes de limpiar aquella puerca cocina, pues los antiguos vecinos eran gente muy sucia; y está todo lleno de cucarachas.

LA ESPOSA. — ¡Dios mío, Dios mío!

EL MARIDO. — ¡Bien, bien; deje tranquila a la señora!

LA COCINERA. — Prefiero marcharme, pues una no es un perro.

LA ESPOSA. — ¡Ay, ay!... (*Llorando.*)

EL MARIDO (*dando a la cocinera un golpe en la espalda*). — ¡Bien; váyase, hija mía... (*La sopla al oído*); Cierre usted la boca, pues si no la echo fuera.

LA COCINERA. — Sin embargo...

EL MOZO (*a tiempo*). — Cuidado, buena mujer, que le voy a dar un golpe con este armario. (*La empuja fuera de la habitación.*)

EL MARIDO. — No llores, querida; que ya se ha concluído. Está ya todo cargado.

LA ESPOSA. — ¿Por qué nos marchamos de esta casa? Aquí ha nacido Pepito.

EL MARIDO. — Voy a abofetearle a Pepito.

LA ESPOSA. Sin embargo, yo había pensado que nunca nos marcharíamos de aquí. Estaba tan acostumbrada a este pisito tan íntimo. ¡Ay, no puedo separarme de él!

EL MOZO. — Ya está todo, nos iremos.

LA ESPOSA. — Ven, querido... ¡Qué pena dejar este piso!

EL MARIDO. — Ya te acostumbrarás al otro. Todo es cuestión de costumbre. Y, además, el niño estará más cerca del colegio, y tendrá un cuarto para él solo. Ya verás qué bien estamos. Pero no te pongas tan nerviosa. Esas roturas, ¿qué importa? Siempre se rompe algo. Con todo, estos mozos son los más hábiles.

(*Salen.*)

EL MOZO (*con el rostro radiante de orgullo*). — Señora, tenga usted, he puesto aparte este cuchillo de pescado para que no se pierda, pues estaba caído en el suelo. (*Le tiende un pedal del piano.*)

EL MARIDO (*metiéndose rápidamente en el bolsillo para que su mujer no lo vea*). — ¡Está bien, buen hombre!

LA ESPOSA (*sonriendo a través de sus lágrimas*). — ¡Pobre hombre, qué previsor! Dale un florín.

EL MARIDO (*dándole un florín*). — Tenga.

EL MOZO. — Muchas gracias. (*Con interés.*) Voy a buscar también el tenedor; debe estar en alguna parte.

(*El marido y la esposa se marchan de allí precipitadamente. El portero cierra el piso.*)

FRANCISCO MOLNAR



De Olivos



Picnic realizado por los telegrafistas, radiotelegrafistas y telefonistas, del Círculo Social de Olivos.

EL SILENCIO EN EL CINE

Aunque la conversación y el ruido de ella parecerían mucho menos molestos en un cinematógrafo que en un teatro donde se representan cosas vivas con personajes que no son sombras fotográficas, no sé qué de inoportuna y hasta de profanadora tiene la palabra hablada en las penumbras un poco ensoñadoras de las salas de la escena muda...

Cuando asistimos a la ilusión de una de esas películas un poco sentimentales, ingenuas e infantilmente sumados e identificados a los acontecimientos que registra la fotografía movible en la falaz pantalla, es molesto oir conversar. Y no se diga si las gentes que cometen esta pequeña profanación, resuelven leer en voz alta las leyendas de cada cinta...

Entonces la molestia pasa a martirio. Es algo que nadie medianamente sensible y refinado puede sufrir con calma o pasar con indiferencia.

El lector en voz alta de los letreros de las películas es uno de los seres que más atenta contra el bienestar social... ¡Cuántos corazones y cuántas almas que van soñando con el celuloide corredizo son llamados continuamente a la realidad por un vecino que quiere probar a los circunstantes que sabe leer, y generalmente leer mal!...

De Las Flores



Señoritas que tomaron parte en la organización de las romerías.

PROSA ESTIMULANTE

—Debe ser espantoso el estado de conciencia de un rico que, ya en vísperas de morir, cae en la cuenta que el destino le concedió el más formidable, el más estupendo instrumento de bien que hay el mundo, y lo empleó en frivolidades brillantes, en snobismos ridículos y en elegantes minuciosidades.

—La libertad suele andar vestida de harapos: pero aun así, es muy bella, más bella que todas las libreas de oro y plata.

¿Qué pensar de una humanidad en que las clases más altas y más ricas se disputan las libreas?

AMADO NERVO.

En general, las vacas grandes dan mayor rendimiento en leche, no sólo en absoluto, sino también en relación a su peso.

Hay en el país vacas que han dado más de 40 litros de leche en un día; sin embargo, nuestros tamberos trabajan en general con vacas de 5 litros de producción.

Rendimos culto al hombre "Bien Vestido"

Actualmente con las grandes

REBAJAS

en los precios de los Trajes Modelos listos para usar de la Casa M. ALVAREZ, adquiéralos y le costará muy barato "Vestir Bien".

Ya sabe Vd. que somos los productores de las mejores y más perfectas prendas de vestir, porque elaboramos los Trajes con excelente casimir importado, bajo la experta vigilancia de los eximios cortadores de la Casa M. ALVAREZ, ¡y no olvide que los Trajes Modelos llevan forros y entretelas de lana.

APRESURESE, ADQUIERA HOY MISMO UN TRAJE



R E B A J A S



C O N S I D E R A B L E S



Mod. 34 — TRAJE de saco, res botones, pantalón y chaleco a la americana. Modelo listo para usar. En excelente casimir importado. REBAJADO $ **72.-**

Mod. 32 — TRAJE saco tres botones y tres bolsillos, pantalón a la americana. Modelo listo para usar. En excelente casimir importado. REBAJADO, a $ **48.-**

Mod. 60 — TRAJE de saco cruzado a cuatro botones, pantalón y chaleco a la americana. Excelente casimir importado. Modelo listo para usar. REBAJADO a........ $ **58.-**

SASTRERIA DE LUJO

(LA MAS GRANDE EN SUD AMERICA)

Al Interior enviamos álbum de figurines y muestras. Al solicitarlas, sirvase indicarnos color y precio del traje que piensa encargarnos.

M. ALVAREZ
B. AIRES
B. MITRE ESQ. ESMERALDA

NO TENEMOS SUCURSAL



Las modas que no se llevan

Por Luz y Sombra

«Tanto tuonò, che piovve», dicen los italianos. Tanto se habló del destronamiento de la «cloche» que al fin se han visto salir a la calle unos sombreritos que no son «cloches». Son pequeños sombreros de reminiscencias mosqueteras, porque tienen la alita levantada de un lado. Pero el «haut - de - forme» masculino con que los señores dibujantes han obsequiado de antemano sus figurines, no salió del campo de las excentricidades. El sombrero de copa rígido, acompasado, majestuoso, no hubiera podido alegrarse con la sonrisa de una pícara flor, o de un moño risueño... y sin flores y sin moños las calles nos hubieran parecido desoladas.

También nos han regalado los figurines, unos «tailleurs» con saco derecho, que llevaban unas colitas de «petit gris» en algún lado, como caídas allí por casualidad, y unos cuellos de piel independientes del tapado, tiras de lutre o colas de leopardo (iba a decir de gato) para atar al cuello como un pañuelo. Pero las elegantes han preferido también este año el tapado de piel, o en el peor de los casos el saquito, y, por la verdad, hay hoy día tantas imitaciones buenas hechas *con esos animales domésticos* (que, al fin y al cabo, deberían ser más preciados que los otros), que no tener un tapado de piel, significa no quererlo.

Hablando de las modas anunciadas y no aparecidas, recordamos los figurines parisienses de otoño, que nos han traído una infinidad de *modelos casi uniformes*, como una palabra de orden, de polleras cortísimas y sacos o sobretodos tres cuartos. Imposible encontrar, en dichos figurines, un modelo de tapado que cubriese enteramente el vestido.

Puede ser que algunas tentativas en ese sentido hayan sido hechas. Pero en el acto práctico la mujer debe haberse dado cuenta de que esos tapados, a los que faltaban quince centímetros de largo eran un grave compromiso, porque el color, la forma y el estado de la pollera hubieran sido esclavos de ellos. Y los tapados, prudentemente, se alargaron hasta el borde de la pollera.

Lo cual no quiere decir que tengan que ser largos. A pesar de que se ha reducido sensiblemente la parte visible de las piernas, la mitad inferior de la pantorrilla queda siempre expuesta al juicio de los entendidos, con reserva, naturalmente, de descubrir la otra mitad al sentarse o al levantarse, por una distracción tan común hoy día...

También han sido previstos los vestidos-forros, derechos, lisos, pegados al cuerpo, como si la mujer de senos pequeños, caderas finas y bien arqueadas, cuerpo esbelto, sin delgadez, *fuera cosa de todos los días*... Y entonces, al vestido-forro se ha substituído el de túnica, que compensa todos los defectos y es «*más vestido*».

En fin, se ha cantado al tapado de piel de lechuza (no confundir con lechuga), pero es un absurdo, porque estos animales han sido desprestigiados moralmente desde hace mucho tiempo.

Se ha predicho la vuelta de los abanicos de encaje, los cuales no han conseguido destronar el más voluptuoso rival de plumas, así como los bordados de jais y de seda que parecían triunfar sin molestias por todas las mil y una noches de nuestras previsiones, han sido repentinamente aplastados por la vuelta de las «paillettes» relucientes y cálidas, de las mismas tonalidades de los vestidos. Póngase en una vidriera bien iluminada un vestido de «crêpe» rojo ladrillo o lila pálido, modelo sencillo, sin mangas, bordado desde la mitad hasta abajo de «paillettes» del mismísimo tono colocadas en desorden y, a su lado, la caída exuberante de un abanico de plumas del mismo color. Y habrá para hacer célebre a esa vidriera por muchos años...

En estos días han salido en las *fiestas* los *primeros* modelos de vestidos bordados de «paillettes» y, por el éxito obtenido, es de creer que, si aún hay vestidos con jais, es por motivos de economía, en este caso bien deplorable.

La moda, pues, no está precisamente en los figurines, y todos recordamos haber encontrado, una vez por lo menos, en la vida, a una mujer vestida de un modo extraño, entre lo excéntrico y lo absurdo. Era una mujer que había querido vestirse *exactamente como* el figurín.



Tapado de corte moderno, con adornos de leopardo y lutre.

El figurín, señoras, contiene siempre algo de ensueño. Todos somos un poco soñadores; el más empedernido hombre de negocio acaba por dejarse transportar por la fantasía. Sueña el marido creyendo que con el gasto más reciente, su esposa tendrá vestidos para más de un mes; sueña la señora creyendo que dentro de un vestido ajustado sus formas desaparecerán...

Pero sueña, sobre todo, el periodista. Cuanto más soñador es (y habría que decir embustero) más grande periodista es. Así sueña a ojos abiertos el cronista social en Mar del Plata..., teje fantasías macabras el cronista de policía..., sólo el pobre cronista de modas no puede soñar. Su tarea es decir sencilla y exactamente si los vestidos son cortos o largos, angostos o estrechos, claros u obscuros; su tarea es la de decir la verdad, por más ingrata que ésta pueda ser... Y los maridos lo tienen sobre el estómago, a este cronista de elegancias por instigación a delinquir, y los otros periodistas lo acusan por falta de imaginación.

A pesar de todo esto, el cronista de moda persigue imperturbable su fin, dichoso *de aconsejar a sus lectoras* nuevas vías para nuevas bellezas. Y es por eso que las lectoras, ellas solas, deberían de querer y estimar un poco *más* a este pobre cronista de modas, que no a todos los otros colegas... «Quod erat demonstrandum».


Fibrol

De Bolívar



Kermesse a beneficio del Hospital y Asilo de niños huérfanos. — Comisión de damas presidida por la señora María S. de Salazar.



Sus ojos como luceros...

Esos ojos que tanto cautivan y que parecen servirle de espejo a las dulces ilusiones de madre; esa cabecita llena de alegrías y travesuras, son otras tantas pruebas que evidencian un rebosante estado de salud. — Y, colmados sus ansiados anhelos maternos, ella se recordará gratamente de la Malta Palermo, elemento que tanto le facilitó su tarea en la lactancia.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A. — BUENOS AIRES



Malta
PALERMO

De Cabildo.-Bahía Blanca



Familias de la colectividad inglesa en el festival campestre en la estancia "Los Algarrobos".

AFORISMOS SELECCIONADOS

—Una ambición violenta y una desconfianza general casi siempre van junto.

—En las novelas existen enfermedades letales que, en la vida diaria, no tienen nada letal. Al mismo tiempo, hay, en la vida diaria, enfermedades letales que no lo son en las novelas.

—Fulano de tal, como ha crecido, su biblioteca no le resulta ya ajustada, así como ocurre con chalecos en la edad del crecimiento. A veces las bibliotecas resultan demasiado anchas o estrechas para el alma.

—Cuando Fulano de tal está en el teatro viendo una comedia, a cada salida que le parece cómica, mira a ver si los demás ríen.

—El que busca el agradecimiento de los otros ha de hacer lo que les gusta y no lo que le gusta a él mismo.

—Fulano de tal era miembro extraordinario del género humano.

—¿Quién escucha disculpas cuando podría oír acciones.

AGRICULTURA

NUESTRO INVENTARIO TRIGUERO

Toda vez que contemplamos con ánimo de sereno estudio el fenómeno de nuestra producción agrícola, con poco esfuerzo se evidencia el predominio absoluto que en él ejercen los cereales y entre estos el rey, el trigo, que con su extensión cultivada representa casi la tercera parte de la total explotada en agricultura; es también confortable comprobar que, a veces, se anotan rendimientos *máximos* excepcionales, que han llegado a 44 quintales por hectárea y de trigos que alcanzan a pesar, algunos años 87 kilogramos por hectolitro; esto no obstante, es vulgar el dato, por conocido y repetido hasta el cansancio; que los promedios de rendimientos no son nada satisfactorios, pues, si bien en estos dos últimos años acusan un alza regular, en los últimos quinquenios no pasan de 7 quintales por hectárea.

Ahora bien, por poco que se analicen las causales que intervienen en el resultado lamentable que anotamos, fácil es advertir que, entre las numerosas, y de diversa índole cultural, climatéricas y económicas, hay una que es de acción casi preponderante y previa, y es el escaso número de variedades de trigo de que dispone el agricultor que no permite una explotación adecuada en cada zona o región del país.



Linda espiga de Rieti criollo.

En efecto, basta dar una ojeada a nuestra producción triguera para darse cuenta, de inmediato, de cuán breve es nuestro catálogo de variedades cultivadas en el país, que no pasa de una docena, de las cuales dos son de trigo duro; pero si examinamos, de cerca, el área que ocupa cada una de estas variedades en las chacras y la importancia que tiene su producción, veríamos que esa lista es más reducida aún, pues las variedades que tienen cotización oficial en las Bolsas de Cereales de Buenos Aires y Rosario, no son más que, el Barleta, Húngaro, Ruso, Francés, Pampa, Tusela, Candeal y Tapemrog; y si, por fin, profundizamos más aún el análisis, podríamos concretar que una sola variedad representa en la mayor proporción la producción triguera argentina, el Barleta y los tipos o mezclas que bajo esta *denominación* se agrupan, que cubre, a no dudarlo, las tres cuartas partes del área cultivada con trigo en el país y que constituye el tipo fundamental de nuestro trigo de exportación, conocido y apreciado en su más alto valor en los mercados del exterior, así como en nuestro medio de consumo interno. De lo que resulta que una o pocas variedades de trigo se cultivan y explotan en zonas diferentes de condiciones de tierras y clima diversos y, a veces, totalmente opuestas; tomemos, como ejemplo, el Barleta y vemos que se cultiva por igual en las tierras de regadío del Río Negro y del Chubut, en las arenosas y secas del oeste de la provincia de Buenos Aires y La Pampa, en las pedregosas del noroeste de la provincia de Córdoba, en las tierras francas del centro de la misma, en las tierras negras del centro de la de Santa Fe y en las compactas y arcillosas de Entre Ríos; y en cuanto a clima, desde las zonas frías del Sud hasta las cálidas del Norte, desde las regiones húmedas y lluviosas hasta las áridas y de secano de Santiago del Estero; y si bien la variedad, con el transcurso del tiempo y el cultivo y la acción del cultivo, se ha adaptado natural o forzosamente, a los ambientes más variados, adquiriendo caracteres distintivos *propios*, hasta formar subvariedades bien delineadas, en algunos casos, forzoso es convenir que no puede dar el mismo resultado en rendimiento y calidad en todas partes.

El catálogo de variedades de trigo es muy extenso en los países de agricultura perfeccionada y ello responde precisamente a *exigencias* de ambiente natural, clima y suelo y a necesidades culturales y comerciales a la vez; por esto vemos que Europa tiene más de 600 variedades y en Norteamérica, el Departamento de Agricultura, coleccionó cerca de mil, bien clasificadas y catalogadas.

Nosotros también deberíamos tener numerosas variedades adaptables a nuestros climas cálidos, templados, fríos, húmedos y secos; a nuestras tierras, desde las más arenosas y sueltas, hasta las más compactas y arcillosas; si tuviéramos una lista regular de variedades a disposición, más fácil sería ampliar la zona triguera aun dentro de sus límites económicos, utilizando nuevas tierras; y no veríamos, en cambio, una sola variedad, o tipo *más o menos semejante*, ocupar zonas tan extensas y diversas, expuesta su producción a las contigencias climatéricas adversas, con riesgo de un desastre total, que a veces, depende de una helada, de un golpe de sol; ni se vería obligado el agricultor a sembrar la misma variedad en toda la extensión de su chacra, resultando que el primer trigo se siembra en mayo y el último en agosto, una demasiado temprano y otra demasiado tarde, efectuando así *una siembra a destiempo*, en un cincuenta por ciento o más de la extensión de su chacra.

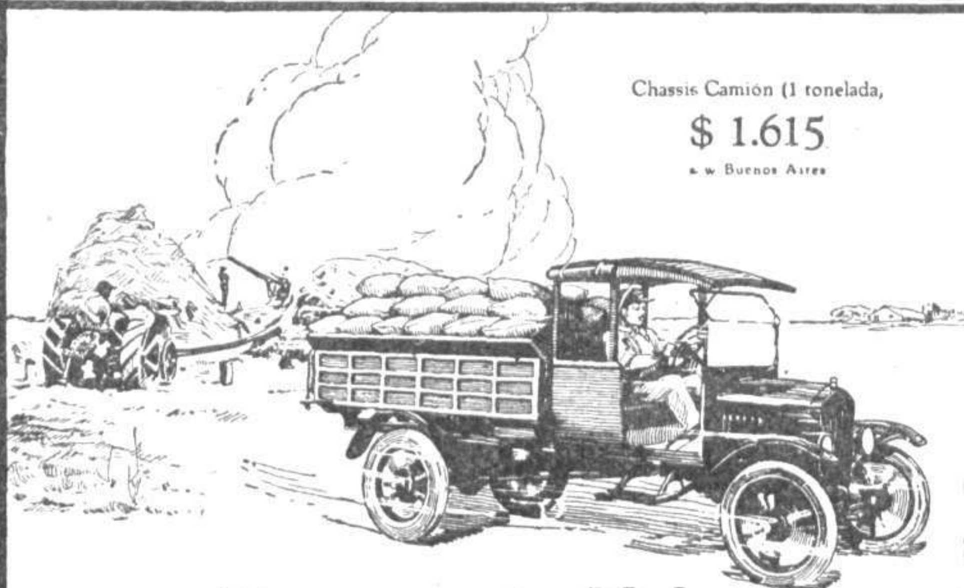


Un hermoso trigal de Barleta.

Pero, felizmente, esta deficiencia técnica de nuestra producción cerealista, se encargará de corregir y mejorar la Genética del Ministerio de Agricultura que está trabajando con tesón para preparar nuevas variedades adecuadas y productivas, o propagando otras importadas que han dado ya resultados evidentes e inconfundibles.

HUGO MIATELLO

INGENIERO AGRÓNOMO



Transporte Mejor y Más Rápido a Menor Costo

EL camión Ford es el medio de transporte rápido, sencillo y económico que a usted le conviene, lo mismo si es Vd. agricultor que si es comerciante, para efectuar el acarreo de sus productos, o la distribución de sus mercaderías, en la forma más cómoda y práctica.

Si Vd. es agricultor, con el camión Ford podrá efectuar cómodamente sus embarques en la estación o puerto más próximo, o alcânzar las mejores horas de venta en los mercados; aparte de hacer rápidamente los continuos viajes que siempre se necesitan dentro del establecimiento.

Si Vd. es comerciante, con el camión Ford podrá atender una clientela mucho más numerosa y extendida en un radio mucho más grande. Además podrá presentar mejor las mercaderías del reparto, su casa ganará en importancia y el nombre de su comercio en los costados de su camión, conjuntamente con las ventajas mencionadas, sería una excelente propaganda que aumentaría constantemente sus ventas.

Pida datos al Agente Ford más próximo.

Puede proveerse cualquier tipo de carrocería.

Ford

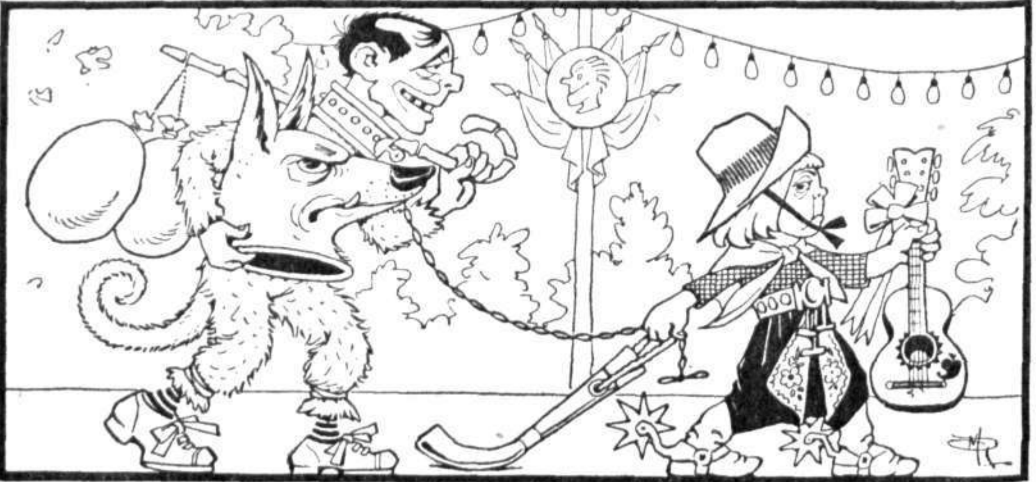
AUTOS CAMIONES · TRACTORES

ADQUIERALO EN PEQUEÑAS CUOTAS MEDIANTE EL PLAN SEMANAL

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán **CIEN PREMIOS**, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 115.

Nombre y apellido..

Domicilio..

Población..

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Los cien premios ofrecidos para los niños que revelaran más condiciones artísticas y de buen gusto para colorear el dibujo del Concurso N.° 114 han correspondido a los firmados con los nombres que a continuación se expresan:

Arijón, Oscar.
Acerbi, Antonio.
Andrada, Roque H.
Aparicio, Gregorio
Aguirre, Elba.
Aramburi, Elvirita.
Abud, Raúl J.
Allende, Juan.
Ayala, Angélica Victoria.
Albisu, Dora.
Agulla, Enrique Eduardo.
Alperin, J.
Bertiz, Alberto.
Ballester, Amelia.
Baistrochi, Josefina.
Bettosini, Haydée.
Begino, Bernardino.
Botta, Edgardo.
Bottini, Julia María.
Bianchi, Julio Argentino.
Baragiota, Juan M.
Barrera, Victor Manuel.
Borga, Teresa.
Borzone, Juan José.
Buggiani, Celia.
Canziani, Dora.
Carrera, Avelino.
Casellato, Norma.
Cuenca, Carlitos Radivoy.
Cabanellas, Albino Gabriel P.
Cuesta, Josefa.
Cesti, Celia.
Corrales, Alfredo Rubén.
Capria, Carmen.
Conte, Aurora.
Cecapolli, Gustavo.
Cabrera, Hernán.
Costa, Esther.
Casella, Juanita.
Capdevila, Bertita T.
Dulcich, Santiago.
Dinella, Lucía.
Decima, A.
Donnet, Nieves A.
Dorta, Alberto R.
Darros, María P.
Emparanza María Josefina.
Echagüe, Luis María.
Ferrari, Luis Antonio.
Fioreti, Héctor Anselmo.
Fiore, Felipe.
Galbusera, Eldita.
Gamarra, Roberto.
Jocker, Heberto.
Giola, Lita.
Grigera, Aurora.
Iglesias, Elena.
Ibañez, Juan Antonio.
Kneipp, Matías.
Lugea, Esther.
Morriello, Atilio.
Murray, Emita.
Molina, Emilio M.
Montes, Marina.
Mobilia, Amadeo.
Nader, Heriberto.
Nelli, Luis Francisco.
Newton, María Teresa.
Natella, María Esther.
Pozzo, José C.
Priano, Juan Pedro.
Poitevi, Emilio.
Padín, Eduardo.
Paglietino, Ricardito.
Pesenti, Baby L.
Pirillo, Baltasar E.
Pinto, Elba C.
Pastor, Enrique.
Prieto, Ezequiel.
Palmieri, Lelia.
Reyna, Nélida Elsa.
Raffo, Elena D.
Raggi, Luis.
Romei, Miguel.
Sosa, Benjamín.
Stern, Carlos Marcelo.
Santoliquido, Francisco.
Sarcine, Bartolomé.
Scala, Cecilia Adelina.
Sagardoy, José B.
Suffern, Susana.
Timone, Sergio.
Tachino, Delia.
Tettamanti, Guillermina
Tortorello, Armanda.
Ugarte, Elías.
Vidaurre, Fanny Esther.
Vilches, Carlos.
Vera, Rovira.
Zanfrognini, Clara.

Los niños premiados residentes en la Capital deberán presentarse a retirar sus premios a esta Administración los días 3 y 4 de Marzo, de 9 a 12 y de 15 a 18. — A los que residan fuera de la Capital rogamos soliciten sus premios por carta.

EL AUTOMÓVIL-DE-TURISMO DODGE BROTHERS

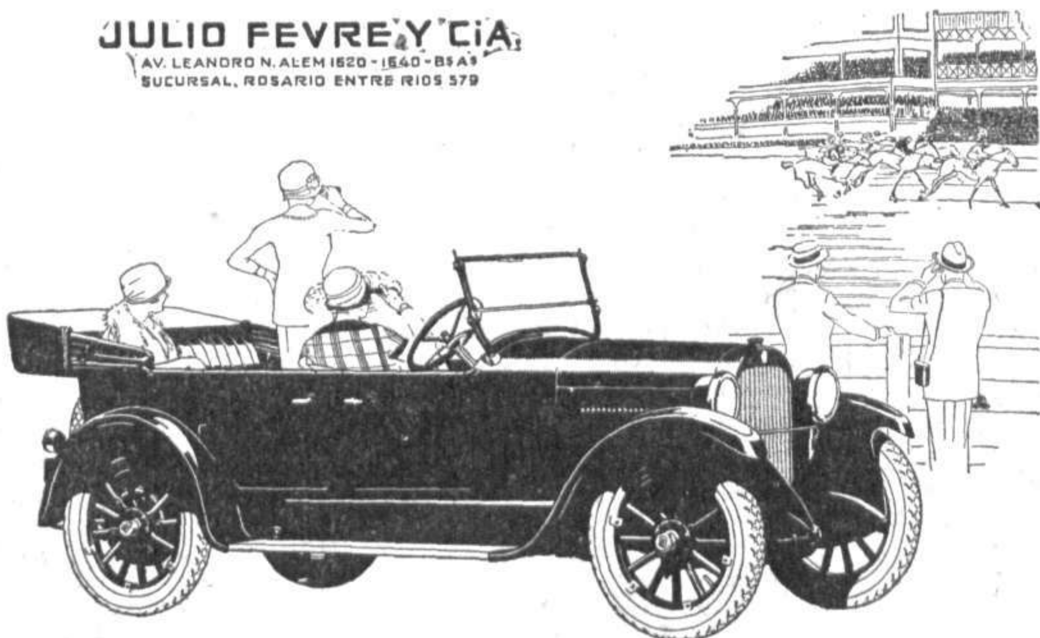
Frecuentemente se preguntan cómo es posible que un automóvil tan relativamente liviano, pueda ser al mismo tiempo tan sobresalientemente fuerte.

La contestación es, por supuesto, fácil. En lugar de pesados moldajes, se usan piezas de acero prensado y forjaduras de acero perfectamente hechas.

En combinación con el admirable estilo y el excelente balance del automóvil, dicha construcción da por resultado, facilidad de manejo, durabilidad de los neumáticos, módico costo de mantenimiento y larga y vigorosa vida.

PRECIO DEL DOBLE FAETON
equipado con su quinta goma $ **4.400.-**
(puesto sobre vagón Buenos Aires).

JULIO FEVRE Y CIA.
AV. LEANDRO N. ALEM 1620-1640 - BS AS
SUCURSAL, ROSARIO ENTRE RIOS 579





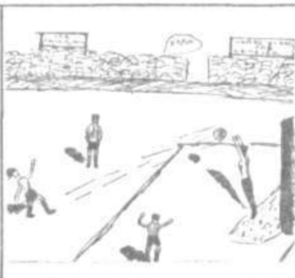
CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



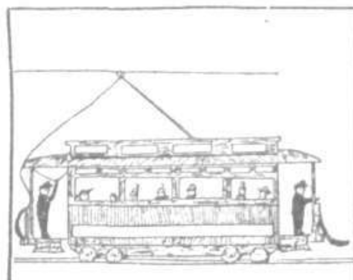
1922 — Un partido de football. CARLOS MASTRANGELO.



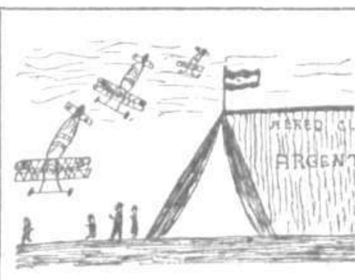
1923 — Tesorieri en una de sus atajadas. SANTOS HERNÁNDEZ.



1924 — El regalo que nos trajo tía. MARCELA DUPRAT.



1925 — El tranvía que pasa por mi casa. JUANCITO GALLI.



1926 — Entrando al hangar. J. BAKER.



1927 — Llegando con CARAS Y CARETAS. YOLANDA BELTRAMO.

De los dibujos publicados durante el mes de enero, han sido premiados los siguientes números: 1880, 1882, 1883, 1884, 1886, 1889, 1890, 1893, 1894, 1896, 1898, 1899, 1900 y 1902.



CARAS Y CARETAS
REVISTA SEMANAL ILUSTRADA
DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
151, CHACABUCO, 155, — BUENOS AIRES

TELÉFONOS:	Dirección:	Unión, 0598 (Aven.)
	Administración:	Unión, 2316 (Aven.)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL:		EN EL INTERIOR	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00
Semestre	» 5.00	Semestre	» 6.00
Año	» 9.00	Año	» 11.00
Núm. suelto	20 ctvs.	Núm. suelto	25 ctvs.
Núm. atrasado	40 »	Núm. atrasado	50 »

EN EL EXTERIOR:

Trimestre	oro $	2.00
Semestre	» »	4.00
Año	» »	8.00

Para Bolivia, Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba Estados Unidos de América, España, Ecuador, Filipinas, Honduras, Méjico, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año .... $ oro 5.—

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.

Bodas de oro y de plata



El señor Dionisio Coralie y señora, rodeados por sus descendientes, el día en que celebraron sus bodas de oro matrimoniales.—Pigüé.



Los esposos Bernardi-Mariano. — Santa Fe.



Señor José I. Basaldúa y señora, cuyas bodas de plata celebraron recientemente. — San Nicolás.



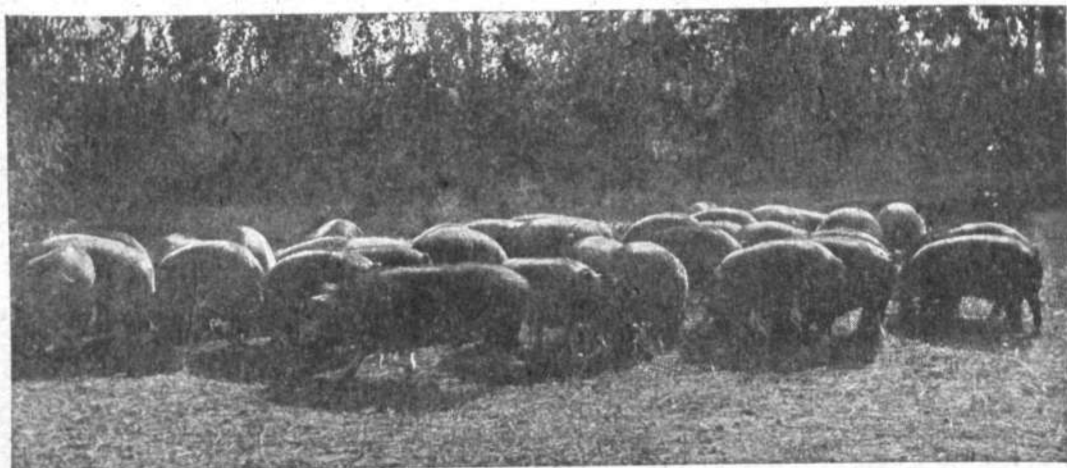
Los esposos Carrasco-Bustos, en el 25 aniversario de su enlace. — Tucumán.



Los esposos Zampatti-Cocbi. — Olavarría.

LA CRIA DE CERDOS COMO MEDIO DE GANARSE LA VIDA

Condiciones que deben tomarse en cuenta para conseguir éxito



Un lote de capones mestizos Berkshire, criados al aire libre, y listos para frigorífico. Vista tomada en un campo del partido de Brandzen, F. C. Sud.

En los últimos días del mes de enero próximo pasado, en el patio de Adolfo Bullrich y Cía., estuvieron en exposición y venta un buen lote de porcinos de la raza Berkshire, de la cabaña «La Dolores». Hubo una buena concurrencia el día del remate, y entre varios criadores se suscitó una conversación animada respecto del tipo más provechoso de porcinos; es decir, el animal que produce carne fresca, que se vende en locales municipales y carnicerías, para consumo general, o el animal que produce carnes más aceptables para la elaboración de tocino de la primera clase. Después de una discusión acalorada, en la cual el que subscribe tomó parte, la opinión general fué que el animal productor de tocino es el más provechoso, y que los capones de 6 a 7 meses, debidamente alimentados, debieran pesar de 74 hasta 78 kilos de carne preparada. Un criador muy conocido por sus éxitos en las varias exposiciones de Palermo, tanto por sus animales reproductores como de gordura, fué un decidido partidario de esta idea, pero indicó que es esencial comenzar con la raza más apropiada y que es absolutamente necesario dedicar la más especial atención a los puntos más deseables de la crianza de porcinos, y especialmente de la raza que se elija. Explicó que los puntos más necesarios para los frigoríficos, quienes elaboran tocino de primera con el objeto de dominar los mercados europeos, no están opuestos en ningún sentido a los intereses de los criadores; mientras que algunos puntos en que ellos insisten, como son el espesor de la carne de barriga y buen costillar resultan directamente en favor de los intereses de los criadores.

Para producir las características más deseables, sólo se requieren pocas generaciones, siempre que se ejerza una selección adecuada en elegir los animales de cría. Es indudablemente necesario que mejoremos las razas de porcinos en este país, si es que deseamos hacernos conocer como reproductores de tocino de primera calidad. Tenemos en la Argentina algunos planteles buenos, y machos de las mejores razas del mundo, pero también tenemos muchísimos que no dan provecho, ni para criar, engordar ni preparar. Son éstos los porcinos que deben eliminarse a fin de reemplazarlos con animales de crianza seleccionada, que resultarán más beneficiosos para todos los criadores y la industria en general.

Es muy cierto que en general, existen dos opiniones distintas respecto a la crianza de porcinos; una de ellas arguye que la industria porcina nunca ha dado resultados satisfactorios y que menos los dará en lo futuro, y la otra sostiene que cualquier ignorante puede ganar dinero criando porcinos. No hay duda que ambas opiniones son completamente equivocadas. Un número bastante elevado de criadores en este país ha ganado y sigue ganando dinero con sus porcinos, pero hay otros que han hecho la prueba sin éxito. Yo soy de opinión que cualquier persona que comience como criador de porcinos, con una buena orientación, puede obtener resultados satisfactorios, y si no los consigue con la cría de porcinos, no es probable que los consiga con ninguna otra industria.

Lo mismo es comenzar en grande que pequeña escala, las mismas cualidades y aptitudes son necesarias. Con porcinos bien seleccionados, con buenas instalaciones en terrenos adecuados y alimentación apropiada, todo lo demás es cuestión de sentido común y métodos comerciales. Naturalmente, no quiero despreciar los conocimientos técnicos; muy al contrario, no es posible conocer demasiado, siempre que sean conocimientos prácticos. Yo conozco varios criadores quienes saben mucho más que otros de la crianza de porcinos, pero pierden gran parte de su tiempo en estudiar la teoría, no dedicando lo suficiente para las observaciones prácticas, y es antiguo el refrán que dice que «una onza de experiencia equivale a una tonelada de teorías». Para mí, el criador que ha podido establecer y mantener en condiciones de prosperidad durante varios años su plantel, vale muchísimo más que el criador que posee vastos conocimientos teóricos, con certificados, etc., pero que no ha podido comprobar todavía su valer práctico como criador.

Admito, desde ya, que para lograr el éxito más lisonjero en la industria porcina es indispensable tener ciertos conocimientos y aptitudes generales. Las cualidades que más se necesitan son coraje, confianza en sí, sentido común, cuidado, el don de fijarse en los detalles, y un sistema metódico de trabajar. El criador debe inspeccionar personalmente todo el trabajo de su establecimiento, pues si bien es verdad que el hecho de depender de otros puede ser motivo de llegar a la fortuna, no es menos verdad que en la mayoría de los casos lleva a la quiebra. En condiciones normales el hombre que con cierta práctica se remite a su propia actuación, puede contar con toda confianza en un éxito relativo. Si fuera necesario emplear peones, el dueño del criadero hará bien en insistir en que los trabajos se hagan según sus propias ideas, pues únicamente de esta manera resultarán provechosos.

El mejor consejo que se puede ofrecer a los criadores argentinos, es el de aprovechar en debida forma las ventajas naturales que posee este país para la crianza de cerdos. De este modo, es posible criar el mejor tipo de porcino para elaborar los productos más buscados en los mercados mundiales.

Guo. A. J. Peters

De Bahía San Blas


Señoritas de Barbieri.


Señoritas de Soria y señor Tomás Papini.


Grupo de pequeños bañistas jugando en la playa.

Necrológica



SAN MARTIN. — Señor Nicolás Arenas, cuyo reciente fallecimiento ha repercutido dolorosamente en el seno de esta sociedad, donde ocupaba un destacado lugar. El extinto, que actualmente gozaba los beneficios de una merecida jubilación, tuvo en la Policía de la Provincia una brillante actuación, haciéndose acreedor de generales simpatías.

EN EL FERROCARRIL SUBTERRÁNEO DE LONDRES

En la estación de Oxford Circus, en Londres, del ferrocarril subterráneo, se han hecho experimentos con un "estentoreófono", es decir, un gramófono provisto de una gran trompeta amplificatriz del sonido, para dirigir los movimientos de los pasajeros. Hay siempre una gran multitud a la entrada de la escalera movible ("tapiss roulant"), que conduce a los trenes, y los empleados se rompían la garganta regularizando la afluencia y la distribución de pasajeros. Pero ahora el "estentoreófono" ahorra los gritos de los ferrocarrileros, y da las órdenes respectivas: "Muévanse, señores, muévanse!...", grita el aparato recomendando a los pasajeros que no permanezcan inmóviles sobre la escalera, sino que pasen a los escalones que ascienden a los que descienden. A los pocos momentos, la inmensa corneta lanza este grito: "El que no suba ni baje, que se mantenga a la derecha!..." (De este modo, se deja libre la izquierda de la escalera para que los que desean subir a la calle o bajar a tomar los trenes). Y nuevamente, a los pocos momentos, el "estentoreófono" recomienda movimiento, circulación constante: "Seguid adelante, señores, hay personas que tienen prisa. *No estorbéis, señores!*"

El periódico "Daily Mail" protesta contra esta mecanización de la vida. Ya los pasajeros tienen bastante incomodidad con la furia, el ruido, la confusión de las estaciones subterráneas. La miseria de la *vida será aumentada por este super*gramófono que acabará por perseguir, si el invento da resultado, a los pobres mortales en el ángulo de cada calle, en los ómnibus, en los tranvías; en todas partes.

PAPEL DEL BAZO EN EL ORGANISMO

Ignórase todavía cuál es el verdadero papel que desempeña el bazo en el organismo. Se le ha atribuido cierta influencia en el origen de los glóbulos de la sangre, ya rojos, ya blancos; en la producción de la colesterina, en la resistencia de la economía a las intoxicaciones; pero nada de ello ha podido demostrarse, y, en ocasiones, las hipótesis emitidas han llevado a resultados opuestos, y aun a veces completamente contradictorios.

Desde luego, puede establecerse que el bazo no es órgano indispensable, por cuanto algunos animales, y aun hombres, a quienes se *les* ha extirpado, han continuado viviendo sin padecer molestias ni indisposiciones.

Los experimentos realizados por M. Richet parecen demostrar que este órgano sirve para disminuír la desnutrición, ya que los animales que han sufrido la "esplenotomía" o extirpación del bazo, necesitan alimentarse más que los otros para conservar su equilibrio ponderal.

Sin embargo, el mismo Richet opina que no debe ser ésta la única función, y que el problema de averiguar cuál es el papel del bazo en nuestro organismo, aunque se haya aclarado, no puede darse todavía por enteramente resuelto.

De Mendoza. — Cacheuta


Señora Herminia Mansilla y señor Martínez Leane.


El senador Melo y señores Gálvez y Encina.


Señores Obligado y Pedernera.


Señora Carmen B. de Repetto.


Señor José Alberto Gao y señora.

De Tucumán



Miembros de la Sociedad Española que organizaron una comida campestre, con el fin de estrechar vínculos de camaradería.



Enfermitos del Hospital de Niños que fueron obsequiados con juguetes donados por la señora Pacini de Alvear.

De Tucumán



Bodas de oro del presbítero Sixto Colombo. — Miembros de su familia y amigos que concurrieron a saludarlo.

EL ESPANTAPÁJAROS

Dije una vez a un espantapájaros:

—Estarás ya cansado de permanecer siempre en pie y solitario en este campo.

Y respondióme:

—La alegría de espantar es profunda y durable y jamás me canso de ello.

Díjele después de un momento de reflexionar:

—Verdad dices, porque yo también conocí esa alegría.

Respondióme él:

—Sólo quienes están rellenos de paja pueden saberlo.

Le dejé, sin estar seguro de si me había adulado o *deprimido*.

Transcurrió un año durante el cual se hizo filósofo el espantapájaros. Cuando junto a él pasé de nuevo, vi dos cuervos construyendo un nido bajo su sombrero.

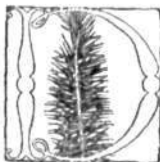
KAHIL GIBRAM.

De Córdoba



LA FALDA. — Núcleo de veraneantes porteños en la escalinata del Edén Hotel.

EN EL MOLINO

OÑA María de la Piedad era considerada en toda la villa como «una señora modelo». El viejo Nunes, Jefe de Correo, siempre que se hablaba de ella decía acariciando con autoridad los cuatro pelos de la calva:

— ¡Es una santa! ¡Eso es!...

La villa tenía cierto orgullo de su belleza delicada y conmovedora; era una rubia de perfil fino, la faz ebúrnea, y los ojos obscuros de un tono violeta, a los cuales las pestañas largas obscurecían más el brillo sombrío y dulce. Vivía al final de la carretera, en una casa azul, de tres pisos, y era para la gente que por las tardes iba a dar un paseo hasta el molino un encanto siempre nuevo verla por detrás de las vidrieras, entre las cortinas de muselina, encorvada sobre la costura, vestida de negro, recogida y seria. Pocas veces salía. El marido, más viejo que ella, era un inválido, siempre en la cama, inutilizado por una enfermedad de la médula; hacía años que no salía a la calle; le veían también a veces en la ventana, mustio y abatido, agarrado al bastón, encogido en la *robe-de-chambre*, el rostro macilento, la barba descuidada y con un gorrito de seda enterrado melancólicamente hasta el cogote... Los hijos, dos muchachitas y un muchacho, estaban también enfermos, crecían poco y con dificultad, llenos de tumores en los oídos, llorones y tristones... La casa interiormente parecía lúgubre. Se andaba de puntillas, porque el señor, en la excitación nerviosa que le daban los insomnios, se irritaba con el menor rumor; había sobre las cómodas algunos frascos de botica, algunas escudillas con harina de linaza; las mismas flores con que ella, en su esmero y en su afición a la frescura, adornaba las mesas, en seguida se mustiaban en aquella atmósfera sofocante de fiebre, nunca renovada por causa de las corrientes de aire; y era una tristeza ver siempre alguno de los pequeños, o con un emplasto sobre la oreja o en un rincón del canapé, envuelto en cobertores, con una amarillez de hospital.

María de la Piedad vivía así desde los veinte años. Aun estando soltera, en casa de los padres, su existencia había sido triste. La madre era una criatura desagradable y aceda; el padre, que se había engolfado por las tabernas y por las chirlatas, ya viejo, siempre borracho, los días que pasaba en casa los pasaba al lado del hogar, en un silencio sombrío, fumando en pipa y escupiendo sobre las cenizas... Todas las semanas apaleaba a la mujer. Y cuando Juan Coutinho pidió a María en matrimonio, a pesar de estar enfermo ya, ella aceptó sin vacilación, casi con reconocimiento, para salvar la casa de la hipoteca, no oír más los gritos de la madre, que la hacían temblar y rezar allá arriba en su cuarto, donde la lluvia entraba por el tejado... No amaba al marido, ciertamente; y hasta en la villa se había lamentado que aquel lindo rostro de Virgen María, aquella figura de hada, fuese a caer en manos de Juan Coutinho, que desde mozo siempre había estado imposibilitado... Coutinho, por la muerte del padre, había quedado rico; y ella, acostumbrada por fin a aquel marido gruñón, que pasaba el día arrastrándose sombríamente de la sala a la alcoba, se hubiera resignado a su condición de enfermera y de consoladora si al menos los hijos hubiesen nacido sanos y robustos... Pero aquella familia que le nacía con la sangre viciada, aquellas existencias vacilantes, que después parecían pudrírsele entre las manos, a pesar de sus cuidados inquietos, la avergonzaban. A veces, estando sola arreglando su costura, corríanle las lágrimas de los ojos; una fatiga de vivir invadíala como una neblina que le obscureciera el alma...

Mas si el marido desde dentro llamaba desesperadamente o uno de los pequeños lloriqueaba, limpiábase los ojos y aparecía con su bonito semblante tranquilo, con alguna palabra consoladora, componiendo la almohada a uno, yendo a animar a otro, feliz en ser buena... Toda su ambición era ver su pequeño mundo bien tratado y bien halagado. Nunca había tenido desde casada una curiosidad, un deseo, un capricho; nada le interesaba en la tierra sino las horas de las medicinas y el sueño de sus enfermos. Todo esfuerzo le era fácil cuando era para contentarlos; a pesar de ser débil, pasaba horas enteras llevando al cuello al pequeñito, que era el más impertinente, con las heridas que hacían de sus pobrecitos labios una costra obscura; durante los insomnios del marido tampoco dormía, sentada al pie de la cama, conversando, leyéndole las Vidas de los Santos, porque el pobre impedido iba cayendo en devoción. Por la mañana estaba un poco más pálida, pero muy correcta en su vestido negro, fresca, con los bandós bien lustrosos, poniéndose bonita para ir a dar las sopas de leche a los pequeñitos. Su única distracción era por la tarde sentarse a la ventana con su costura y la chiquillería alrededor, acurrucada en el suelo, jugando tristemente... El mismo paisaje que ella veía desde la ventana era tan monótono como su vida; abajo, la carretera,

después una ondulación de campos, una tierra pobre, plantada aquí y allá de olivos y levantándose al fondo, una colina triste y desnuda, sin una casa, sin un árbol, sin un humo de hogar que pusiese en aquella soledad de terreno pobre, una nota humana y viva...

Viéndola así tan resignada y tan sujeta, algunas señoras de la villa afirmaban que era beata; sin embargo, nadie la veía en la iglesia a no ser los domingos, con el niño mayor de la mano, muy pálido en su traje de terciopelo azul. En efecto, su devoción limitábase a esa misa todas las semanas. La ocupaba mucho su casa para dejarse invadir por las preocupaciones del cielo; en aquel deber de buena madre, cumplido con amor encontraba una satisfacción suficiente a su sensibilidad; no necesitaba adorar a los santos o enternecerse con Jesús... Instintivamente pensaba que todo afecto excesivo tributado al Padre del Cielo, todo el tiempo gastado en arrastrarse por el confesonario o junto al oratorio, sería una disminución cruel en su cuidado de enfermera; su manera de rezar era velar por los hijos; y aquel pobre marido, clavado en una cama, pendiente de ella, teniéndola solo a ella, parecíale con más derecho a su fervor que el otro, clavado en una cruz, teniendo para amarle toda una humanidad dispuesta... A más de eso, nunca había tenido esas sentimentalidades de alma triste que llevan a la devoción. Su larga costumbre de dirigir una casa de enfermos, de ser ella el centro, la fuerza, el amparo de aquellos inválidos, la había hecho tierna, pero práctica; y así era ella ahora quien administraba la casa del marido con un buen sentido que el afecto había dirigido, con una solicitud de madre próvida... Tales ocupaciones bastaban para entretener su día; además, el marido detestaba las visitas, el aspecto de caras saludables, las conmiseraciones de ceremonia, y se pasaban meses sin que en casa de doña María de la Piedad se oyese otra voz extraña a la familia, a no ser la del doctor Abilio, que la adoraba y que decía de ella, con los ojos empañados:

— ¡Es un hada! ¡Es un hada!...

II

Por eso fué grande la excitación en la casa cuando Juan Coutinho recibió una carta de su primo Adrián, que le anunciaba que en dos o tres semanas iba a llegar a la villa. Adrián era un hombre célebre, y el marido de María de la Piedad tenía en aquel pariente un orgullo enfático. Hasta se había suscripto a un diario de Lisboa sólo para ver su nombre en las noticias de sociedad y en la crítica. Adrián era novelista, y su último libro, *Magdalena*, estudio de mujer trabajado con exquisito estilo, de un análisis delicado y sutil, le había consagrado como un maestro. Su fama, que había llegado hasta la villa en una vaguedad de leyenda, le presentaba como una personalidad interesante, un héroe de Lisboa, amado de las aristócratas, impetuoso y brillante, destinado a una alta situación en el Estado. Pero realmente en la villa era, sobre todo, notable por ser primo de Juan Coutinho.

Doña María de la Piedad quedó aterrada con esta visita. Vió ya su casa en confusión con la presencia del huésped extraordinario. Después la necesidad de hacerse más *toilette*, de alterar las horas de la comida, de conversar con un literato, ¡y tantos otros esfuerzos crueles!... Y la brusca invasión de aquel mundano, con sus maletas, el humo de su cigarro puro, su alegría de sano, en la paz triste de su hospital, dábale la impresión aterradora de una profanación. Por eso fué un alivio, casi una gratitud, cuando Adrián llegó y muy sencillamente se instaló en la antigua posada del tío Andrés, al otro extremo de la villa. Juan Coutinho se escandalizó; tenía ya el cuarto del huésped preparado, con sábanas de encajes, una colcha de damasco, vajilla de plata sobre la cómoda, y lo quería todo para él, para el primo, el hombre célebre, el gran autor... Adrián, sin embargo, se negó:

— Yo tengo mis hábitos, ustedes tienen los suyos... No nos encontraríamos, ¿eh? Lo que hago es venir a comer. Además, no estoy mal en casa del tío Andrés. Veo desde la ventana un molino y una presa, que son un cuadrito delicioso... Y quedamos tan amigos, ¿no es verdad?...

María de la Piedad le miró asombrada; ¡aquel héroe, aquel fascinador por quien lloraban mujeres, aquel poeta a quien los periódicos glorificaban, era un sujeto extremadamente sencillo; mucho menos complicado, menos espectaculoso que el hijo del Delegado!... Ni guapo era; con su sombrero de alas cortas en un rostro relleno y barbudo, con la chaqueta de flanela cayendo a lo ancho de un cuerpo robusto y pequeño, con sus zapatos enormes, parecíale a ella uno de los cazadores de aldea que a veces encontraba cuando de mes en mes iba a visitar las haciendas del otro lado del río. A más de eso no hacía frases, y la primera vez que vino a comer habló solamente, con gran bonachonería, de sus negocios. Había venido por causa de ellos. De la fortuna del padre, la única tierra que no estaba devorada o abominablemente hipotecada, era la Curgossa, una hacienda al pie de la villa que andaba, amén de todo eso, mal arrendada... Lo que él deseaba era venderla. Pero eso parecíale a él tan difícil como escribir *La Iliada*... Y lamentaba sinceramente ver al primo allí, inútil sobre una cama, sin poderle ayudar en esos pasos que había de dar con los propietarios de la villa. Por eso oyó con gran alegría a Juan Coutinho declararle que la mujer era una ad-

miradora de primer orden y muy hábil en estas cuestiones, ¡como un antiguo leguleyo!

— Ella va contigo a ver la hacienda, habla con Telles y te arregla todo eso... ¡Y en la cuestión de precio, déjala a ella!...

— Pero ¡qué superioridad, prima! — exclamó Adrián maravillado. — ¡Un ángel que entiende de cifras!...

Por primera vez en su existencia, María de la Piedad se ruborizó con la palabra de un hombre. Desde luego se dispuso a ser la procuradora del primo...

Al otro día fueron a ver la hacienda. Como estaba cerca y era un día de Marzo, fresco y claro, salieron a pie. Al principio, avergonzada por aquella compañía de un león, la pobre señora caminaba junto a él con el aire de un pájaro asustado; a pesar de ser él tan sencillo, había en su figura enérgica y musculosa, en el timbre rico de su voz, en sus ojos pequeños y refulgentes, algo de fuerte, de dominante que fascinaba. Habíasele prendido a la orla de su vestido una ortiga de un zarzal, y como él se inclinaba para desprendérselo delicadamente, el contacto de aquella mano blanca y fina de artista en la franja de su saya la molestó singularmente. Apresuraba el paso para llegar muy de prisa a la hacienda, arreglar el negocio con Telles y volver inmediatamente a refugiarse, como en su elemento propio, en la atmósfera ahogada y triste de su hospital. Pero la carretera se extendía larga y blanca bajo el sol tépido; y la conversación de Adrián la fué lentamente acostumbrando a su presencia...

El parecía desconsolado con aquella tristeza de casa. Le dió algunos buenos consejos: lo que los pequeños necesitaban era aire, sol, otra vida diversa de aquella asfixia de alcoba... Ella también lo entendía así; pero ¡qué!, el pobre Juan, siempre que se le hablaba de ir a pasar algún tiempo en la quinta se afligía terriblemente; tenía horror.. al aire libre y a los horizontes amplios; la naturaleza fuerte casi lo hacía desmayar, se había convertido en un ser artificial enfundado entre los cortinones de la cama...

El entonces la compadeció. Ciertamente podría haber alguna satisfacción en un deber tan santamente cumplido... Pero, en fin, debía tener momentos en que desease alguna otra cosa fuera de aquellas cuatro paredes impregnadas de vaho de enfermedad...

— ¿Qué más he de desear? — dijo ella. Adrián se calló; parecíale absurdo suponer que ella desease realmente el Chiado o el Teatro de la Trinidad... En lo que él pensaba era en otros apetitos, en las ambiciones del corazón insatisfechas... Pero esto parecíale tan delicado, tan grave de decir a aquella criatura virginal y seria, que habló del paisaje...

— ¿Y vió el molino? — le preguntó ella.

— Tengo ganas de verlo; si me lo quisiera ir a enseñar, prima.

— Hoy es tarde...

Combinaron en seguida ir a visitar este rincón de verdor, que era el idilio de la villa...

En la hacienda, la larga conversación con Telles creó una aproximación mayor entre Adrián y María de la Piedad. Aquella venta, que ella discutía con una astucia de aldeano, ponía entre ellos como un interés común. Ella le habló ya con menos reserva cuando volvieron. Había en los modales de él, de un respeto conmovedor, una atracción que a su pesar la llevaba á revelarse, a concederle su confianza; nunca había hablado tanto a nadie; a nadie dejara jamás ver tanto de la melancolía oculta que erraba constantemente en su alma... Por lo demás, sus quejas eran sobre el mismo dolor: la tristeza de su vida, las dolencias, tantos cuidados graves... Y le entraba hacia él una simpatía, como un indefinido deseo de tenerle siempre presente, puesto que así se convertía en depositario de sus tristezas...

Adrián volvió para su casa, a la posada del tío Andrés, impresionado, interesado por aquella criatura tan linda y tan dulce. Destacaba sobre el mundo de mujeres que hasta entonces había conocido, como un perfil suave de ángel gótico entre fisonomías de mesa redonda. Todo en ella concordaba deliciosamente: el oro del cabello, la dulzura de su voz, la modestia en la melancolía, la línea casta, haciendo de ella un ser delicado y conmovedor, a la cual hasta daban un cierto encanto su mezquino espíritu burgués, cierto fondo rústico de aldeana y una ligera vulgaridad de costumbres; era un ángel que vivía hacía mucho tiempo en una villa grosera y estaba por muchos lados atada a las trivialidades del sitio; pero bastaría un soplo para hacerle remontarse al cielo natural, a las cimas puras de la sentimentalidad...

Le parecía absurdo e infame hacer la corte a la prima... Pero involuntariamente pensaba en el delicioso placer de hacer palpitar aquel corazón que no estaba deformado por corsé, y poner al fin sus labios en un rostro donde no hubiese polvos de arroz... Y lo que tentaba, sobre todo, era pensar que podría recorrer todas las provincias de Portugal sin encontrar ni aquella línea de cuerpo ni aquella virginidad conmovedora de alma adormecida... Ocasión como aquella no volvería...

III

El paseo al molino fué encantador. Era un rincón de naturaleza digno de Corot, sobre todo a la hora del medio día, en que fueron allá, con el frescor de la verdura, a la sombra recogida de los grandes árboles, y toda suerte de murmullo y de agua corriente huyendo, espejeando entre los musgos y las piedras, llevando y es-

parciendo en el aire el frío del follaje, de la hierba, por donde corrían cantando. El molino estaba en una altura pintoresca, con su vieja edificación de piedra secular, su rueda enorme, casi podrida, cubierta de hierbas, inmóvil sobre la helada limpidez del agua obscura. Adrián lo encontró digno de una escena de novela, o mejor, de la morada de un hada. María de la Piedad no decía nada, encontrando extraordinaria aquella admiración por el molino abandonado del tío Costa. Como ella venía un poco cansada, sentáronse en una escalera descoyuntada de piedra, que sumergía en el agua de la presa los últimos peldaños; y allí quedaron un momento callados, en el encanto de aquella frescura murmuradora, oyendo a las aves piar en las ramas. Adrián la veía de perfil, un poco inclinada, agujereando con la puntera del quitasol las hierbas bravas que invadían los peldaños... Ella estaba deliciosa así, tan blanca, tan rubia, de una línea tan pura sobre el fondo azul del aire; su sombrero era de mal gusto, su mantelete anticuado; pero él encontraba en todo eso una ingenuidad picante. El silencio de los campos en derredor los aislaba, e insensiblemente él comenzó a hablar bajo. Era siempre la misma compasión por la melancolía de su existencia en aquella triste villa, por su destino de enfermera... Ella escuchábale con los ojos bajos, asombrada de hallarse allí tan sola con aquel hombre tan robusto, muy recelosa, encontrando un sabor delicioso a su recelo... Hubo un momento en que habló él del encanto de quedar allí para siempre en la villa...

— ¿Quedar aquí? ¿Para qué? — preguntó ella sonriendo.

— ¿Para qué? Para esto, para estar siempre cerca de usted.

Ella se cubrió de rubor; el quitasol se le escapó de las manos... Adrián temió haberla ofendido y añadió al punto, sonriendo:

— ¿Qué, no sería delicioso? Yo podría alquilar este molino, hacerme molinero... La prima había de traerme buena parroquia...

Esto hízola reir; estaba más linda cuando reía; todo brillaba en ella: los dientes, la piel, el color del cabello. El continuó bromeando con su proyecto de hacerse molinero y de ir por la carretera arreando al burro, cargado de sacos de harina...

— ¡Y yo vengo a ayudarle, primo! —dijo ella, animada por su propia risa, por la alegría de aquel hombre a su lado.

— ¿Vendría? — exclamó él. — Le juro que me hago molinero. ¡Qué paraíso los dos aquí en el molino, ganando alegremente nuestras vidas, oyendo cantar estos mirlos!...

Ella se ruborizó otra vez por el fervor de su voz, y retrocedió, como si fuese ya a arrebatarla hacia el molino. Pero Adrián ahora inflamado ante aquella idea, pintábale con su palabra colorida toda una vida novelesca, de una felicidad idílica; en aquel escondrijo de verdura, de mañana, levantarse temprano al trabajo; después comer en la hierba, a orilla del agua; y a la noche, las buenas pláticas allí sentados, a la claridad de las estrellas o bajo la sombra cálida de los cielos negros de verano...

Y de repente, sin que ella se pudiese resistir, la cogió por los brazos y la besó en los labios con un solo beso, profundo e interminable. Ella se había reclinado en su pecho, blanca, como muerta, y dos lágrimas le corrían a lo largo del semblante. Estaba así tan dolorosa y tan débil, que él la soltó; ella se levantó, recogió el quitasol y quedó delante de él, con los labios temblorosos, murmurando:

— Está mal hecho..., está mal hecho...

El mismo estaba tan perturbado que la dejó bajar hacia el camino, y de allí a un momento seguían ambos callados hacia la villa. Solo ya en la posada fué cuando pensó:

— ¡Fuí un tonto!...

Pero en el fondo estaba contento de su generosidad. A la noche fué a casa de ella; la encontró con el pequeñito al cuello, lavándole con flor de malva las heridas que tenía en la pierna. Y entonces le pareció odioso distraer a aquella mujer de sus enfermos. Además, un momento como aquel en el molino no volvería. Sería absurdo quedar aquí, en aquel rincón odioso de la provincia, desmoralizando en frío a una buena madre...La venta de la hacienda estaba concluída. Por eso al día siguiente vino de tarde a decir adiós; anochecido salía la diligencia...La encontró en la sala, a la ventana acostumbrada, con la chiquillería enferma anidada entre sus sayas... Oyó ella que él se marchaba sin mudársele el color, sin alzársele el pecho. Pero Adrián le encontró la palma de la mano tan fría como un mármol; y cuando él salió, María de la Piedad quedó vuelta hacia la ventana, escondiendo el rostro de los pequeños, mirando abstractamente el paisaje que obscurecía, con las lágrimas, cuatro a cuatro, cayéndole en la costura...

Le amaba. Desde los primeros días, su figura resuelta y fuerte, sus ojos refulgentes, toda la virilidad de su persona se le habían apoderado de la imaginación. Lo que la encantaba en él no era su talento, ni su celebridad en Lisboa, ni las mujeres que le habían amado; eso para ella aparecíale vago y poco comprensible; lo que la fascinaba era aquella seriedad, aquel aspecto honesto y sano, aquella robustez de vida, aquella voz tan grave y tan rica; y preveía, más allá de su existencia ligada a un inválido, otras existencias posibles, en que no se ve siempre delante de los ojos un semblante débil y moribundo, en que las noches no se pasan esperando la hora de los remedios... Era como una racha de aire, impregnado de todas las fuerzas vivas de la Naturale-

za, que atravesaba súbitamente su alcoba ahogada, y la respiraba deliciosamente... Después había oído aquellas conversaciones en que él se mostraba tan bueno, tan serio, tan delicado; y a la robustez de su cuerpo, que admiraba, juntábase ahora un corazón tierno, de una ternura varonil y fuerte, para cautivarla... Este amor latente invadióla, apoderóse de ella una noche en que se le apareció esta idea, esta visión: — *¡Si él fuese mi marido!...* — Toda ella se estremeció, apretó desesperadamente los brazos contra el pecho, como confundiéndose con su imagen evocada, agarrándose a ella, refugiándose en su fuerza... Después él le dió aquel beso en el molino...

¡Y se había marchado!

IV

Entonces comenzó para María de la Piedad una existencia de abandonada. Todo lo que había en torno de ella le pareció lúgubre de repente: la dolencia del marido, los achaques de los hijos, las tristezas de sus días, la costura... Sus deberes, ahora que no ponía en ellos toda su alma, le eran pesados como fardos injustos... Su vida se le presentaba como desgracia excepcional; no se rebelaba aún, pero tenía de esos abatimientos, de esas súbitas fatigas de todo su ser, en que caía sobre la silla, con los brazos colgando, murmurando:

— *¿Cuándo se acabará esto?*

Refugiábase entonces en aquel amor como en una compensación deliciosa. Juzgándolo todo puro, todo de alma, dejábase penetrar de él y de su lenta influencia. Adrián se había convertido, dentro de su imaginación, en un ser de proporciones extraordinarias, todo lo que es fuerte y lo que es bello y lo que da sentido a la vida... No quiso que nada de lo que era de él o venía de él le fuese ajeno. Leyó todos sus libros, sobre todo aquella *Magdalena*, que también había amado y había muerto de un abandono... Estas lecturas la calmaban, le daban como una vaga satisfacción al deseo. Llorando los dolores de las heroínas parecía sentir alivio a los suyos...

Lentamente esta necesidad de ocupar la imaginación de esos lances de amor, con dramas infelices, se apoderó de ella. Fué durante meses un devorar constante de novelas. Se iba así creando en su espíritu un mundo artificial e idealizado. La realidad se le tornaba odiosa, sobre todo bajo aquel aspecto de su casa, donde encontraba siempre agarrado a las sayas un ser *enfermo*... Vinieron las primeras rebeldías. Hízose impaciente y áspera. No soportaba el ser arrancada a los episodios sentimentales de un libro para ir a ayudar al marido a volverse en la cama y sentir su *aliento fétido*. Le vino el asco a los frascos, a los emplastos, a lavar las heridas de los pequeños. Comenzó a leer versos... Pasaba horas enteras sola, en un mutismo, a la ventana, teniendo, bajo su mirada de virgen rubia, toda la rebelión de una apasionada. Creía en los amantes que escalan los balcones entre el gorjeo de los ruiseñores; y quería ser amada así, poseída de un misterio de noche romántica...

Su amor desprendióse poco a poco de la imagen de Adrián y se ensanchó, se extendió a un ser vago, que estaba compuesto de todo lo que la había encantado en los héroes de novela: era un ente medio príncipe y medio bandido, que tenía, sobre todas las cosas, la fuerza... Porque era esto lo que admiraba, lo que quería, por lo que ansiaba en las noches cálidas en que no podía dormir: dos brazos fuertes como acero que la apretasen en un abrazo mortal, dos labios de fuego que en un beso le chupasen el alma... Estaba hecha una histérica.

A veces, al pie del lecho del marido, viendo delante de sí aquel cuerpo de tísico, en una inmovilidad de imposibilitado, le venía un odio torpe, un deseo de acelerarle la muerte... Y en medio de esta excitación mórbida del temperamento irritado tenía debilidades súbitas, sustos de ave que se posa; un grito al oir llamar a una puerta, una palidez de desmayo si había en la sala flores muy olorosas... Por la noche se asfixiaba; abría la ventana; pero el aire cálido y el vaho húmedo de la tierra calentada por el sol le henchían de un deseo intenso, de un ansia voluptuosa, cortada por crisis de llanto... La Santa convertíase en Venus...

Y el romanticismo mórbido había penetrado tanto en aquel ser y lo había desmoralizado tan profundamente, que llegó un momento en que bastaría que un hombre la tocase para que ella se echara en los brazos: y fué lo que le sucedió al fin con el primero que la enamoró, de allí a dos años... Era el mancebo de la botica...

Por causa de él escandalizó a toda la villa. Y ahora deja la casa desarreglada, los hijos sucios y pringosos, llenos de harapos, sin comer hasta altas horas, todo el trabajo de los emplastos encima de las sillas, todo en un desamparo torpe, para andar detrás del hombre, un gandul odioso y fiero, de cara fofa y gordinflona, gafas negras, con una gruesa cinta por detrás de la oreja y gorrito de seda puesto a lo chulo... Viene de noche a las entrevistas, con chinelas de orillo; insolente y sucio, y le pide dinero prestado para sustentar a una tal Juana, criatura obesa, a quien llaman en la villa «la bola de sebo»...

EÇA DE QUEIROZ

De Entre Ríos



CONCORDIA. — El doctor Pedro Sauré, presidiendo el banquete que le fuera ofrecido por las autoridades de Tiro Federal, celebrando su brillante actuación en el campeonato sudamericano.

EL «BAR» DEL REY DE INGLATERRA

Hemos leído en un periódico francés que el rey de Inglaterra acaba de obtener la renovación de la licencia del *bar* titulado "Feathers hotel", que posee en Deringham, Norfolk.

¿El rey de Inglaterra, *barman*? ¡Exactamente! — dice ese periódico. — No hay nada más exacto. Y no es un *barman* excepcional, sino un *barman* como todos los demás.

En su establecimiento se entra lo mismo que si perteneciese a otro propietario cualquiera.

Allí se *charla*, allí se discuten los acontecimientos políticos, allí se bebe, y hasta, igual que en otras partes, se paga lo que se consume.

La casa está dirigida por un gerente de calidad, lord Ullswater, antiguo *speaker* de la Cámara de los Comunes y presidente de la Asociación de Comerciantes en Bebidas, de la que el rey es miembro.

La única diferencia que existe entre el *bar* de Jorge V y sus similares es que, en el del rey, se permite entrar a disfrutar en invierno de la luz y de la calefacción, aunque no se tome nada. Y si se toma algo, lord Ullswater interviene *dulcemente* para aconsejar que se consuman bebidas sin alcohol, o poco alcoholizadas.

Lo más curioso de la historia — seguimos traduciendo, y claro está que dejamos la responsabilidad de lo dicho al citado periódico — es que al rey le ha costado trabajo la renovación de la licencia.

De Corrientes



Destacadas personalidades políticas y educacionales de la provincia, que hicieron objeto de una demostración de aprecio al señor Pedro Vidal, celebrando su designación para presidente del S. C. de Educación.



Señor Pedro Vidal.

PENSAMIENTOS AJENOS

Las penas vienen muy pronto porque nosotros acortamos el camino que conduce a ellas.

La ciencia de la vida consiste en saber respetar las tonterías de los demás.

El matrimonio no tiene término medio. O agranda, o achica.

A los cuarenta años, la mujer comienza a fijarse, como las veletas que enmohecen.

CHISTES

En un baile: —Señorita, esta noche está usted idealmente hermosa. —López me ha dicho lo mismo hace un instante. —No lo crea usted; López no dice más que tonterías.

En una escuela: —¿Por qué se llama "Paraíso" a la primera morada del hombre? —¡Ya lo creo! Porque no había allí más que una sola mujer.



Público realizando sus operaciones de pagos de impuestos.

Recaudación de Impuestos Fiscales en San Martín

Una iniciativa plausible por varios motivos éticos, es esta cuya aplicación se puso ya en práctica. La fotografía se encarga de transmitir a nuestros lectores el espectáculo que diariamente ofrece la sucursal del Banco de la Provincia, en San Martín, mientras se efectúa el cobro de los impuestos territoriales, bajo el severo control y crédito de aquella institución. Indudablemente la medida trajo algún desconcierto, merced a las aglomeraciones que se producen, inconveniente que la gerencia ha subsanado.



Sección comercial del Banco. — El gerente señor A. A. Ferraris en su despacho.

Personal del Banco que atiende con toda regularidad la sección comercial y la percepción de impuestos fiscales. En círculo: público, esperando el acceso a la sección Recaudación Fiscal.

DESDE EL MIRADOR

VOLAR SI; PERO SABER VOLAR

Es muy halagüeño el rápido desarrollo de los servicios de volación en el país, y nada nos parece más justo que alentar ese progresivo empeño.

Pero es preciso que al mismo tiempo que los aeroplanos e hidroplanos acortan las distancias y tratan de contribuír al avance general de las riquezas nacionales, se establezca y desarrolle una idónea fiscalización. Lo uno no debiera existir sin lo otro.

Merecen por tanto ser celebrados los nuevos servicios de volación que pronto quedarán establecidos, según parece, entra La Cocha y la Capital y entre ésta, Gualeguaychú, Uruguay y Colón. Pero, ya lo decimos: a la vez que las comunicaciones aéreas tomen más y más vuelo — diremos — en la Argentina, las autoridades respectivas deben fiscalizar con mayor precisión y competencia, a fin de evitar accidentes evitables con un poco de celo. La legislación ha de ser cada día más vasta y adecuada. Este es un punto de especial importancia. Las ordenanzas y leyes previsoras, sobre volación, contribuirán eficazmente en el avance de esta nueva vía comercial que se ofrece a las ingentes posibilidades de la Nación.

BIBLIOTECAS OBRERAS

La formación de bibliotecas obreras es quizá la medida más feliz que en beneficio de las clases trabajadoras pueda tomarse en cualquier país inteligentemente democrático. Las bibliotecas públicas son escuelas de voluntarios, donde la espontaneidad es la mejor de las maestras, y son inapreciables los resultados que con ellas alcanzan las sociedades.

Es, por eso, digna de señalarse y de estimularse la creación de una biblioteca obrera en Mendoza, efectuada últimamente por el director del Departamento del Trabajo. Que ojalá muchas otras entidades sigan el ejemplo. El libro es lo mejor del hombre para el hombre.

LOS NIÑOS MODERNOS Y EL CINEMATOGRAFO

Las influencias cinematográficas, que poco a poco van moldeando la mentalidad de las nuevas generaciones, son más visibles cada día. Así lo confirman los anales de policía de todos los grandes centros urbanos. No hay jefe que no se muestre alarmado al notar que la delincuencia infantil aumenta de un modo considerable, debido a la apoteosis del latrocinio y del bandolerismo hecha pintoresca y hasta bellamente por la mayor parte de cierta fotografía movible.

Y cuando las influencias de la película de aventuras se combinan — allá en las cabecitas romancescas — con las proximidades de la carnestolenda, entonces la cosa se complica, llegándose a fenómenos que ya no dejan duda de la labor desequilibrante de algunas manifestaciones del progreso, progreso que es la más compleja y abrumadora responsabilidad que pudiera pesar sobre los representantes de la autoridad en nuestros días.

Las visiones del cinematógrafo son lecciones que los niños no olvidan. Esto ya lo han observado muchos hombres de estudio y lo han olvidado no pocos hombres de gobierno amigos de la extática sabrosa. En las niñas, particularmente, la escena muda ejerce una verdadera influencia imperativa que hace de la coquetería natural y de la veleidad sus cómplices y esclavos.

No de otra manera se puede explicar la doble y delictuosa aventura de esas chicas que algunos diarios han fotografiado ampliamente en la sección de las crónicas de policía. Esas criaturas son dos muestras o ejemplares de la legión de almitas infantiles que quieren ser «estrellas»... y que se estrellan trágicamente contra las realidades. Porque de la pantalla a la vida hay la distancia del dolor...

¿Que la publicidad que se les ha hecho las ha notabilizado hasta hacerlas dignas de formar una nueva constelación de celuloide?...

Es muy posible; pero no menos doloroso.

TRIUNFOS ARGENTINOS

En estos días se conversa en las altas esferas policiales neoyorquinas sobre la adopción en aquella metrópoli del método argentino de identificación.

El solo anuncio de ello puede ser motivo de satisfacción legítima en las altas esferas de la policía argentina, toda vez que así se le reconoce en un gran país extranjero y progresivo la excelencia del más original y propio de sus métodos.

Ello demuestra asimismo que la visita reciente que hiciera a Buenos Aires el jefe de policía de la densa cosmópolis estadounidense le ha sido fructuosa; lo cual no puede menos que ser un motivo de agrado para la plana mayor del cuerpo de policía de la capital argentina. Al mismo tiempo, la adopción del sistema argentino de identificación constituye un estímulo considerable para funcionarios que, como el comisario Etcheverry, dedican su vigorosa inteligencia y su vida a la creación y al perfeccionamiento constante de nuestros métodos de defensa social.

¡CUMPLASE LA ORDENANZA!

La ordenanza del 29 de junio de 1921, relacionada con la desinfección de casas y de habitaciones «cada vez que sean desocupadas», no se cumple. Hay que confesarlo y declararlo así, brutalmente. No se cumple esa ordenanza, que es una de las más necesarias entre las llamadas a salvaguardar los imperiosos intereses de la salubridad pública.

Se impone que los encargados de hacer cumplir tan urgentes medidas desempeñen honradamente su cometido. Porque los habitantes de Buenos Aires tienen derecho a esperar que los servicios sanitarios elementales no sean un mito. Hay cada pensión incalificablemente sucia, en pleno centro de la capital, donde no se ha limpiado ni una cama desde tiempos inmemorables!...

Eduardo Encina

Arrugó la frente, luego continuó: "Me habló un poco de lo que había perdido, y luego se enfrascó en divagaciones acerca del espiritismo, de la lectura de conciencias y de una cantidad de cosas semejant.s".







El coronel Penny se hace detective



UNA mañana de temprano estío, el coronel Elihn Penny entró vivamente a la hora de costumbre en su oficina y cruzó la habitación general donde sus empleados tenían sus respectivos pupitres. Dirigióles una inclinación de cabeza, desapareciéndo luego tras una puerta de vidrio opaco que comunicaba con un departamento privado.

Dos minutos más tarde reapareció en aquella misma puerta con una extraña e intencionada expresión pintada en el semblante habitualmente pálido. Compuso el pecho de manera ostentosa y permaneció unos minutos paseando su mirada por el salón; luego habló a sus hombres y se fué.

A su espalda dejó un cuerpo de oficinistas desmoralizados: los rostros de Senkins, de Campbell, de Jacobson y de Bennett mostraban una expresión semejante a la de quien ha visto caer a sus pies un dardo luminoso.

El coronel Penny se dirigió calle arriba, hacia el consultorio del doctor Juan Becker. Encontró al médico poniendo en orden unos libros.

— Doctor, — comenzó el recién llegado, — quiero que deje usted de lado ese trabajo por unos instantes y me escuche con atención. Acabo de ser objeto de un robo por valor de cinco mil dólares —

que no es poca cosa, — y deseo condensar mis nebulosas ideas al respecto confiándoselas a alguien...

El doctor Becker lo miró. Era éste un hombre corpulento, florido, con una capacidad única para expresar el espanto y la desaprobación.

— La policía... — empezó a decir.

— Juan — interrumpió con firmeza el coronel Penny, — en el hecho simplísimo de llevar cualquier hombre prendida en el saco una estrella de plata no hay nada que pueda dar a ese hombre fuerza pensante. Yo quiero encontrar no sólo al ladrón sino también el dinero. En esa empresa pondré todo mi cerebro.

Daba una impresión de arbitrariedad, de determinación, allí sentado, la barba puntiaguda escondida en el puño y dos dedos de la otra mano en uno de los bolsillos del chaleco. Sus ojos se cerraron y su cabeza fué descendiendo poco a poco hasta descansar la barbilla en el pecho. Luego se irguió resueltamente y prosiguió:

— Ante todo, le contaré a usted ciertos detalles del hecho. Alrededor de las dos de la tarde de ayer, Antonio Hatch estuvo en mi oficina y me pagó una cuenta de cinco mil dólares. Yo lo esperaba y tenía todos los papeles listos, la operación apenas nos tomó cinco minutos, y cuando Antonio se hubo retirado, enrollé los cincuenta papeles de a cien, los envolví y los ajusté con una goma. Deposité el fajo en mi escritorio con la idea de llevarlo inmediatamente al banco.

A la señorita Coper le incomoda andar por la calle con sumas grandes de dinero... Creo que esto se debe a los horripilantes novelones que ha de haber leído.

El médico escuchaba con admirable atención. Sentado en su sofá giratorio, oía cuidadosamente todos los detalles de la relación de su amigo. El coronel Penny vió en ello una aprobación y continuó:

— Bueno. Ayer por la tarde parecía como si todas mis relaciones hubieran venido a mi oficina y como si todas ellas hubiesen tenido necesidad de hablarme personalmente; tal fué el número de personas que recibí. Pero es el caso que cuando acordé eran más de las tres de la tarde y, por lo tanto, pensé que ya los bancos estarían cerrados. Claro está que eso no me preocupó en lo más mínimo. Decidí llevar el dinero a mi casa y guardarlo allí en la caja de hierro hasta el día siguiente, es decir, hasta hoy.

He dicho recién que ayer a la tarde recibí a gran número de personas, debo añadir que cada uno de mis empleados entró a verme *por lo menos dos veces*. Ninguno de los extraños lo hizo en más de una ocasión. ¿Qué es lo que este hecho le sugiere?

El doctor Becker frunció el ceño:

— ¿Que debió usted estar demasiado ocupado para seguir pensando en el fajo de billetes? — aventuró luego.

— Posiblemente; no obstante, hay algo más que eso. Pero permítame antes que concluya con lo del robo. Llegó el atardecer y yo, tomando el dinero, lo guardé en uno de los bolsillos del saco. Me fuí a casa e hice lo que tenía pensado, vale decir, puse el dinero en la caja de caudales. Esta mañana, al levantarme, volvílo a tomar. Ya en la oficina deshice el rollo con el objeto de ponerle una nueva faja de depósito. Fué entonces cuando descubrí que había un papel de cien pesos en la parte exterior pero que todos los demás eran de a uno. ¿Comprende usted el significado de las visitas dobles de mis empleados?

El doctor Becker, irritado, agitó la cabeza.

— Esa suerte de diagnósticos está fuera de mis alcances — declaró. — Tendrá usted que explicarme.

— Bien. La persona que efectuó la substitución del fajo originario de billetes por el falso debió hacer dos viajes: el primero, cuando descubrió el dinero sobre el escritorio, el segundo cuando volvió preparado para sacar provecho de su descubrimiento. Y como mis empleados son las únicas personas que me visitaron ayer más de una vez, estoy obligado a creer que entre ellos encontraré al ladrón.

— Si lo encuentra usted... — añadió con duda, el doctor Becker. — ¿Sospecha de alguno en particular?

— Debo decir que no, a pesar de que mi ánimo ha empezado a aglomerar aquellos detalles que pueden ser significativos. Pero tenga presente que quiero encontrar tanto al ladrón como el dinero. Eso complica las cosas. Ahora le hablaré brevemente de mi cuerpo de oficinistas.

El coronel Penny hizo una pausa y sus ojos se tornaron introspectivos. Mientras los describía, parecía estar viendo a sus empleados.

— Primeramente, está ese jovenzuelo Archibaldo Campbell. Es demasiado lindo, cosa que le hace la vida imposible. Los muchachos le llaman «hermana Carrie», según tengo entendido, y Archibaldo para desvirtuar ese mote trata de fingirse pillo y brusco. Hasta de un modo excesivo; más de una vez he pensado en hablar con él al respecto. Sin embargo, en el fondo, yo creo que es un buen muchacho, a pesar de que vino a mí sin referencias y vacilé mucho antes de concederle el puesto que ocupa.

A Senkins lo conoce usted. Parece un hombre de confianza, fiel, pero he sabido que ha sufrido este año algunos reveses, que ha tenido grandes gastos; creo que enfermaron algunos miembros de su familia. Senkins, por otra parte, es uno de esos seres aficionados a jugar al pócker con todo el mundo Es imposible adivinar lo que hay detrás de esos ojos suyos, fijos, que parecen no parpadear.

Luego está Jacobson. Es mi empleado principal, llegó hasta mí con cartas de lo más granado de la sociedad, y yo, francamente, no lo hubiera tomado a no haber sido que el médico le aconsejó aire y campo. Es muy vivo y no me extrañaría que tuviera ya puestos los ojos en una posible sociedad conmigo. Y, finalmente le hablaré de Samuelito Bennett. Este se imagina que nació para actor de carácter, que tiene pasta de gran artista, y como no ha podido llegar a ser nada de eso, le tiene inquina al mundo y a todo cuanto hay en él. Ultimamente ha dado en dedicarse a las buenas lecturas, y la otra mañana oí que decía a Campbell que aquello que los «plutócratas» necesitan es una buena sangría. Esto me resulta desfavorable para Samuelito.

El coronel Penny hizo una pausa, mirando interrogativamente a su compañero.

— ¿Ha pensado usted en todo esto? — preguntó. — No hay en ello nada de confuso.

— Nada, efectivamente, excepto en lo que se refiere al pequeño detalle del hombre que robó los cinco mil dólares... Me agradaría saber cómo espera usted descubrir al ladrón.

— Bueno — dijo el coronel, — puedo también decirle eso. Pienso consultar los espíritus. Doctor: quiero que permita disponer de su biblioteca durante el resto del día. Deseo, en particular, empáparme de todo aquello que posea usted referente al sistema nervioso y subsconciencia. Y si tiene algo

que se relaciona con los fenómenos físicos, tanto mejor.

Brillaron los ojos del doctor Becker. Era un hombre práctico y sabía que cinco mil dólares son cinco mil dólares. No estaba conforme con la ligereza con que el coronel encaraba el caso.

Una sombra se cernía sobre la oficina de Elihn Penny, administrador de bienes. El ladrón no dejó de advertirla, pero estaba habituado a esta suerte de cosas. Sabía muy bien todo lo que lógicamente debía suceder. Durante un tiempo habría sospecha general, señalando primero a éste, luego a aquél de entre los oficinistas. Este estado de cosas cesaría gradualmente, y entonces sería llegado el momento de verdadero peligro. Penny fingiría no tener sospechas y se mantendría en ese «camouflage» de sí mismo; pero el coronel no dejaría el asunto como cosa muerta.

En cuanto a aquella declaración suya de que no había dado parte a la policía, era evidente que formaba parte de una treta. Es de suponer que había dado aviso inmediatamente después de tener noticia del robo. Eso sería, probablemente, lo que hizo aquella primera mañana, cuando salió en seguida de anunciar el crimen. ¿Pero qué podía esperarse de las facultades de esos oficiales de pequeña población? El ladrón tenía su sistema. No efectuó un robo confuso, sin previa y cuidadosa preparación, no. Puso toda su atención en lo concerniente a los negocios en una población tan próspera como Weston. Y jamás se permitió desviarse una sola pulgada de la línea de absoluta honestidad hasta que hubo estado en la oficina lo suficiente como para tener labrada una reputación. Esto le facilitó el desliz hacia una equívoca transacción cuya exacta naturaleza dejaba librada a la suerte.

Y no es que fuera tan tonto como para pensar que no podía ser descubierto. Ya lo había sido en una oportunidad, pero todo se debió al descuido. Había «hecho tiempo»... ¡El recuerdo de la mala comida y de la disciplina de la prisión ponía en sus ojos una luz de ira, e, inconscientemente, se le iba la mano hacia el bolsillo de la cintura! ¡Nunca volvería a ver el interior de una celda! Tenía forjada su decisión al respecto.

Aquella tarde dejó la oficina a la hora habitual, y por espacio de media hora vagó por la ciudad, fingiendo detenerse a contemplar los escaparates de las tiendas y los pizarrones anunciadores de los escritorios. Pensaba que alguien podía espiarle y lanzaba frecuentemente a su alrededor rápidas y desconfiadas miradas. Esa era la idea que solía atormentarle en ciertos momentos... El pensar que Penny podía haber enviado a la ciudad en busca de algún sagaz detective. El ladrón creía que su huella estaría bien cubierta... pero esos hombres de la ciudad parecería tuvieran un poder sobrenatural para desenterrar detalles ocultos.

No bien estuvo seguro de que nadie le observaba, siguió la ruta determinada por las vías del ferrocarril y salió del pueblo. Lo mismo — y con igual propósito — hiciera en otra ocasión.

Estaba parado indolentemente con una mano en uno de los bolsillos laterales del saco, cuando se volvió bruscamente y echó un manotón a la cintura, extrayendo una pistola automática. En el mismo instante clavó tres balazos en un poste cercano. Se acercó a éste y examinó con agrado las marcas de los proyectiles. No obstante haber tirado sin hacer puntería, la palma de una mano bastaría a cubrir los tres agujeros. El arma era asaz buena; fiel y certera.

Después disparó más proyectiles, bien plantado sobre sus piernas abiertas, el brazo firmemente extendido, los ojos atentos, grandemente abiertos. Luego estuvo ensayándose para extraer la pistola sutil y suavemente.

Todas esas habilidades habíalas aprendido de un hombre en la penitenciaria. «Cuando salgas de aquí, muchacho, tienes que comprarte una pistola» — le había advertido el presidiario. — «Por más suave y calmoso que seas, tendrás necesidad de ella tarde o temprano. No andes con tarjetas de visita. Aprende a sacar el arma y disparar al mismo tiempo. Y no compres una de esas pistolas «suicidas» que se venden por ahí a poco precio. Consíguete una automática calibre 38, con el cañón lo suficientemente corto como para que quepa en el bolsillo posterior del pantalón».

El ladrón había recordado ese consejo y, abandonado el presidio, su primera compra consistió en una pistola. Ahora estaba ejercitándose en su manejo, y lo había llenado de sorpresa esa especie de apetito que esta práctica de blanco había abierto en sus nervios cansados. Era algo nuevo...

Sin aparentarlo, trató de seguir los movimientos del coronel Penny. En un principio lo desconcertó el hecho de que el viejo se hubiera convertido al espiritismo o a la lectura de la conciencia, o a algo por el estilo. Esto provocó en el ladrón una sonrisa. Era él «muy leído» y sabía que dentro de todas esas cosas no existe más que vacío.

Su sonrisa se hizo más abierta cierta tarde, cuando uno de los otros empleados entró a la oficina y, dejándose caer en una silla:

— Dígame, ¿qué es lo que le pasa al coronel? — gruñó. — Salió junto conmigo esta mañana y me preguntó si podía acompañarlo a caminar un poco; me expresó que debía consultarme acerca del robo. Yo accedí...

Arrugó la frente, luego continuó:

— Me habló un poco de lo que había perdido y luego se enfrascó en divagaciones acerca del espiritismo, de la lectura de conciencias y de una cantidad de cosas semejantes. Dijo que no había dado parte a la policía porque estaba convencido de que los espíritus, no sólo le confiarían el nombre del ladrón, sino también el lugar donde escondió la plata. ¿Qué saben ustedes de todo esto?

No importaba lo que el ladrón supiera, éste no cometería la necedad de comprometerse.

— Entiendo que el coronel Penny anda metido en esas cosas de un tiempo a esta parte — replicó suavemente. — Hay mucha gente ahora que ha tomado por el mismo lado. Sería muy interesante pero, en mi sentir, la prueba es todavía incompleta.

— Todo eso me resulta igual que griego — declaró el empleado que había estado conversando con el coronel Penny; — pero he de decirles una cosa: ¡El viejo ha logrado apoderarse de algo que representa más que un simple rayo de luna! Pueden ustedes reirse todo lo que gusten, pero mientras caminábamos esta mañana y él hablaba, yo sentía su alma buscando la mía en las tinieblas, lo mismo que si yo estuviese escondido en lo profundo de un pozo y él me alcanzara con sus enormes tentáculos... Y luego llegó hasta mí — quiero decir, que su alma llegó hasta la mía. Era como si una bomba de succión estuviera trabajando dentro del espíritu... Todavía lo siento...

Se levantó, volvió a fruncir el ceño y se puso a trabajar.

El ladrón experimentaba curiosidad. ¡Nada habría de seguro en el fondo de aquellas tonterías, nada que él hubiera podido descuidar! Sintió una vaga incomodidad, y resolvió observar aquella misma tarde la vecindad del coronel para cerciorarse de lo que allí pasaba.

MODERÓ su andar con el objeto de llegar a aquellos lugares a eso de las nueve. El crepúsculo habíase entrado del todo en la noche cuando llegó a la esquina donde se levantaban los dos pisos de ladrillos que ocupaba el coronel. Desde lejos pudo ver que estaban brillantemente iluminados, y cuando se aproximó notó que un pequeño grupo de personas hallábanse sentadas en el jardincillo. Dos de aquellas personas se levantaron, cruzaron el sendero, luego la puerta, y casi estuvieron sobre el ladrón antes de que éste pudiera moverse. Involuntariamente llevó su mano al bolsillo de la cadera.

No tuvo, sin embargo, necesidad de sacar la pistola, porque las dos figuras se alejaron sin verlo, en silencio. Vió que el que iba adelante era el doctor Becker. El rostro, habitualmente rosado, del médico, estaba pálido, y sus ojos azules brillaban con una luz sobrenatural. Caminaba rápidamente, uno o dos metros delante de su compañero.

Y este compañero era el coronel Penny, que parecía pendiente de los movimientos del médico. El espectador tuvo tiempo de observar que el semblante del coronel estaba cubierto de sudor y que sus ojos parecían absortos. Ninguno de los dos pareció descubrir al ladrón.

Este los miró hasta que desaparecieron calle abajo. Luego tomó la dirección opuesta y, pensativo, se encaminó a su casa.

Fué más o menos en este tiempo cuando comenzó a pensar en un buen lugar donde ocultar el dinero. Vivía a diez o doce cuadras de la oficina, y, de tiempo atrás, había adquirido la costumbre de irse a su domicilio por la calle de mayor tráfico, deteniéndose en los kioscos de revistas o en los almacenes de cigarros. Después, concibió el propósito de explorar. Tomó por los suburbios más alejados; a menudo siguió el camino que corría junto al río, que no distaba mucho del camino más propio entre su casa y la oficina, y que lo llevaba hasta el parque de la ciudad. Conservaba los ojos bien abiertos en busca del lugar más adecuado para ocultar «aquello».

Había considerado atentamente el problema. A despecho de las afirmaciones del coronel con respecto a la policía, tenía el convencimiento de que tarde o temprano su habitación sería sometida a registro. Nada encontrarían allí, excepción hecha de los objetos de la pertenencia de un joven empleado inclinado al estudio.

No tenía demasiada experiencia para ocultar su tesoro en su habitación, y, por otra parte, tampoco incurrió en la tontería de depositarlo en un banco. El coronel Penny conocía a todo el mundo en la ciudad, y le sería sumamente fácil averiguar si alguno de sus empleados había depositado más o menos cinco mil dólares. Podría muy bien alquilar una caja de seguridad, pero en un pueblo ni aun esto pasa inadvertido. Teniendo presente todos esos factores acababa de elegir el lugar que buscaba; y, a pesar de que intentaba encontrar otro mejor, desesperaba ya de hallarlo.

Había un detalle final. El ladrón sabía que



generalmente, al cometer un robo, el autor del hecho cae en la estupidez de abandonar demasiado pronto su posición fingida y salir del lugar. El no haría semejante cosa; seguiría trabajando metódicamente y dejaría transcurrir por lo menos seis meses antes de hacer un cambio.

DOS semanas después del robo, el coronel Penny salió un medio día de su oficina en el momento mismo en que el ladrón disponíase a retirarse. El coronel lo siguió hasta la puerta de entrada e hizo allí una pausa para encender un cigarro.

— Buen tiempo tenemos — comentó el coronel mientras sacudía el fósforo y lo arrojaba, ya apagado. — Estuve un rato en el campo ayer y tuve ocasión de ver que el trigo presenta un aspecto brillante. Como dice nuestro refrán, «para el cuatro

de julio llegará a la rodilla». Pero, ¿no tiene usted un rato libre para que conversemos antes de comer? Hay algo relacionado con nuestro misterio acerca de lo cual me agradaría conversar con usted.

Miró hondamente el ladrón al coronel Penny. Este le parecía de muy buena disposición para con él.

— Me agradaría sobremanera serle útil en la medida de mis fuerzas — contestó el oficinista. — Tengo entendido que ha consultado usted los espíritus...

Habló sonrientemente, con ligera mofa. El coronel apoyó su brazo en el de su compañero y echó a andar con él.





— Sí — dijo; — he puesto en juego muchas cosas, naturalmente. Los espíritus no me han dicho nada... aún; ¡pero estoy esperando su respuesta!

El coronel Penny sonreía, y a su compañero le pareció ver una confianza excesiva en esa sonrisa. Sintió una inquietud ansiosa y vaga.

— Creo que nunca he tenido ocasión de decirle a usted que en mi juventud estuve mucho tiempo interesado en ciertos aspectos de la lógica inductiva — continuó el viejo.

Iban dejando atrás la parte activa de la ciudad, y al llegar a una esquina el joven tuvo la sensación de que la elección entre seguir derecho o doblar iba a ser dejada a su arbitrio. Sin embargo, fué el coronel Penny quien dobló, tomando una calle que se dirigía hacia el río.

— Por supuesto que conoce usted todo lo que se relaciona con la lógica inductiva. Significa esto, simplemente, aplicar el sentido común, valiéndose de los propios ojos y de los propios medios, para llegar a conclusiones que se basen sólidamente en ellos. Luego, cuando ocurrió el robo, pensé en un principio dar parte a la policía.

El ladrón debió estremecerse al oir aquello, porque el coronel lo miró blandamente.

— Sí, así pensé en un principio. Pero después me convencí de que no era necesario colgar en público nuestra ropa sucia. Veamos, me dije, si descubrimos algo por nuestros propios medios. Comencé por eliminar la posibilidad de que alguno de los que me visitaron aquella tarde pudiera haber efectuado el robo; el porqué no importa. Me puse en el caso de que el ladrón fuera una de las personas de mi oficina. Pero ¿cuál de ellas? Allí estaban Jenkins, Bennet, Jacobsen y Campbell. Cuando lo medité detenidamente vi que acerca de todos ellos yo sabía bien poca cosa. Los empleados me duran poco. Si son buenos se van a la ciudad, donde pueden hacer más dinero, y si son pobres, me encargo de demostrarles que a mi lado están malogrando sus talentos. De modo que los cuatro empleados con que cuento hoy son hombres relativamente jóvenes.

Habían llegado a otra esquina. Permanecieron un instante en silencio. Luego el coronel Penny, sin vacilar, tomó hacia la izquierda. Corría esta calle paralelamente al río y llegaba hasta el parque.

El ladrón lo miró y luego miró atentamente la calle. No se veía a nadie allí. Quizá fuera sólo una coincidencia el hecho de que el viejo eligiera este camino, pero si no... Pensó en su pistola.

— Lo cierto es — continuó el coronel — que la mañana del robo, al salir de mi oficina, yo no tenía la menor idea acerca de la identidad del ladrón. De hecho, la lógica inductiva me había dado ya un indicio, aunque pobre. Cuando yo entré en mi despacho privado en seguida de mi llegada, el ladrón sabía que yo, o bien había descubierto ya el hecho, o bien lo descubriría inmediatamente. Por esa razón, su actitud mental con respecto a mí por fuerza no podía ser la misma de sus tres compañeros; debería sentirse en un estado como de tensión, y todo lo que hiciere saldría de la línea común. Bien; entré en mi despacho privado, descubrí el robo, la substitución, e inmediatamente volví al despacho general. Compuse el pecho y permanecí sin hablar, tratando de pensar rápidamente lo que debía hacer. Tres de los hombres allí sentados me miraron. ¡El cuarto no lo hizo!

Por un momento le pareció al joven como si el brazo que sobre el suyo hacía descansar el coronel lo oprimiera con mayor fuerza. Estaban otra vez ante una encrucijada, frente a la puerta del parque. Entraron. De un lado corría una senda que dividía le parque; del otro, se extendía un camino de cemento. Tomaron por la senda después de una ligera vacilación del coronel.

Una finísima transpiración acababa de aparecer en el rostro del ladrón. Era grave, inten-

cionada, la expresión del coronel Penny. Parecía considerar algo.

— Fué también la lógica inductiva la que puso bajo mi atención otro orden de hechos. Yo sabía que el hombre que se llevó mis billetes y dejó los suyos había estado dos veces en mi despacho privado. En su primera entrada, había visto el fajo. Luego había salido y hecho otro fajo de similar apariencia, con un billete de cien dólares en la parte exterior. Pero seguramente no tendría consigo ese billete y tuvo que ir a buscarlo en algún banco. Es más, no iría a ninguno de los tres establecimientos donde yo tuviera cuenta. Conociendo mis asuntos como cualquiera de mis oficinistas, escogería el cuarto banco. Allí me dirigí yo a averiguar. El pagador no sólo me suministró esa información, sino que me dijo algo más.

Se habían internado ya mucho en el parque. Una ligera brisa les acariciaba las mejillas, y algunas aves cantaban misteriosamente la hora del medio día... Un lago, con una pequeña isla boscosa, se alcanzaba a ver tras unos arbustos. Más adelante la senda se bifurcaba. Los dos caminantes llegaron hasta esta bifurcación y se detuvieron. El coronel Penny parecía estar escuchando. Volvió la cabeza con atención, como si se tratara de recibir vibraciones inalcanzables para otros oídos. Luego tomó hacia la derecha.

El brazo que el coronel Penny llevaba apoyado sobre el de su acompañante temblaba espasmódicamente y se ponía rígido como una piedra. El ladrón miró a su compañero con ojos criminales. Estaban solos en el camino... y lo imposible estaba sucediendo: ¡avanzaban, sin perder un solo paso, hacia donde él había ocultado el dinero!

Siguieron por el camino de casquijo hasta encontrar un rústico banco situado junto al tronco de un sauce. Aquí el coronel Penny pareció vacilar y se detuvo. Sus viejos ojos de lince examinaron los alrededores. Luego suspiró y abandonó el brazo del ladrón.

— Permítame que me siente, hijo mío — dijo. — Me ha traído usted demasido ligero.

Se sentó en un extremo del banco. En el otro, hizo lo propio el joven. Un brillo demoníaco jugaba en sus ojos.

— Bueno, ya ve usted cómo todas estas bagatelas me iban mostrando hacia qué lado arrastró el viento mi dinero. No solamente encontré el banco de donde se había retirado la suma necesaria para la substitución, sino una acabada descripción de la persona que realizó la operación. Y otra cosa más: al pagador le había llamado tanto la atención el extraño pedido de un billete grande y un puñado de pequeños, que había tomado nota de los números de los billetes, y había puesto sobre aviso al empleado de la ventanilla vecina. Estos números concuerdan con los que están en mi poder. ¿Ve usted cómo completa esto la red que envuelve al ladrón?

Hubo un largo silencio entre las dos personas (el viejo con el rostro bondadoso pero inflexible, el joven con un brillo criminal en los ojos) sentados en el banco, cambiando miradas. En la isla silbó un pájaro; la brisa volvía a soplar. Luego el ladrón se rió, y, por primera vez después de abandonar la oficina, habló:

— La red está completa — admitió. — Lástima que no encerró usted el dinero robado junto con el ladrón. Fué una insignificante omisión, es verdad...

El coronel Penny se puso de pie y subió sobre el banco. Apoyándose en el tronco del sauce, los pies en el respaldo del asiento, se estiró. Había allí, a ocho pies del suelo, un agujero abierto en un sitio de donde había sido arrancada una rama; parecía el trabajo de un ejército de pájaros carpinteros. El viejo introdujo el brazo y sacó un montón de papeles. Repitió la operación, extrayendo un pequeño envoltorio cubierto de papel. Poco tardó el coronel Penny en poner a la vista un grueso fajo de billetes.

— Creía yo que usted lo sabía — dijo con placidez. — Yo... ¡Hola! ¿Qué le pasa? ¿Ha perdido algo, Jacobson?

Jacobson, empleado y ladrón, había llevado rápidamente su mano a la cintura con el gesto tantas veces ensayado. Pero retiró la mano vacía, y la cara del pillo pareció contraerse en un gesto de espanto y rabia.

— Quizá fuera esto lo que buscaba — observó el coronel Penny mientras sacaba de su propio bolsillo una pistola automática. — ¡No se mueva de ahí, Jorge! Si este aparatito dispara accidentalmente, lo sentirá usted. Oh, sí. Se lo retiré en préstamo cuando comenzamos nuestro paseo. Ya ve...

Gruñó jovialmente. No existían dudas acerca del buen humor del coronel.

— Otra vez la lógica inductiva — dijo. — Circunstancia número uno: yo tenía la certeza de que el hombre que escamoteó los billetes debía de tener cierta rapidez en las manos, ya que cometió el hecho en mis propias barbas. Y me figuré que si la magia servía a un bribón, mucho más habría de servir a un hombre honesto. De modo que empecé a practicar. Y así he conseguido despojarlo de esta pistola sin previo aviso. Pensé que usted juzgaría a este viejo demasiado lento para ejecutar semejante cosa. ¿Que cómo sabía yo que usted tenía la pistola? Circunstancia número dos: cuando, hace pocos días, Becker y yo salíamos de mi oficina, pasamos junto a un joven que se acurrucaba en el jardín. No pude mirarlo bien, pero sí vi que echó una mano al bolsillo de la cintura.

De nuevo hizo una pausa. Su expresión cobró gravedad. Miró hondamente a su acompañante.

— Tendremos que llegarnos hasta los tribunales — concluyó. — ¿Puedo hacer algo por usted?

El semblante de Jacobson mostraba una expresión de horrorizada admiración. El brillo había desaparecido de sus ojos, y parecía cansado.

— Coronel — replicó, — ha ganado usted. Pero me gustaría saber cómo descubrió el escondite del dinero.

— ¿Eso? Hombre, Jorge, creí que ya se había usted dado cuenta. ¡Consulté los espíritus! Espíritus inconscientes, conciencias automáticas... o como quiera llamarlas. Primeramente puse a prueba a los otros empleados para tener la certidumbre de su inocencia. Luego salí a caminar con usted. Puse mi mano en su brazo y todo lo que tuve que hacer fué procurar que su mente no se alejara de la idea del robo. Cada vez que alcanzábamos una encrucijada, usted daba impulsos apenas perceptible hacia la derecha. Usted no podía evitarlo, Jorge, porque la honestidad es la ley básica de la naturaleza. Es aquello que mantiene en su sitio al sol y a los planetas; y es la fuerza que los libros estudian bajo el nombre de «lectura muscular». La honestidad de la subsconsciencia. El doctor Becker y yo hemos estado haciendo experimentos al respecto, durante cerca de tres semanas.

P A U L ELLSWORTH TRIEM



Traducción de E. A. M.
Especial para "Caras y Caretas"

Comentarios

Alguien, sin mala intención
a Gallardo le decía:
—Más que Angel, te convendría
ser diablo en esta ocasión.

* * *



— A una Colombina
que iba con un conde
éste, no sé dónde,
creo que en la esquina
dos bifes seguidos
dióle, y le decía cosas tan tremendas,
que ella sollozaba.
— Son muy distinguidos
esos aristócratas de carnestolendas.

* * *

Así grita un sujeto de fantasía loca:
— Aquí va a ocurrir algo. Se temen, ¡no te asombre!
el Hombre viendo a Roca
y Roca viendo al Hombre.

* * *

— Decir que un gran literato
escribe medianamente
es como llamarle ñato
a Noel, el intendente.

* * *

— Pérez es tremendo.
—Pérez es terrible.
— Pasará a la historia.
— ¡Calle, por favor!
El tirano López daba un miedo horrible;
del tirano Pérez se habla con horror.

* * *



— Veo que aquí, en la capital
jugar con agua han prohibido.
— Eso, según tengo entendido,
es la ley seca en Carnaval.

* * *

— Señor ministro.
— Caro colega,
no sé realmente lo que me ciega
¿Será la albura
de una divisa
que me parece bajar del cielo?
— Es la blancura
de la camisa
de don Marcelo.

* * *



— Como es un individuo tan cachafaz,
todos van a mirarle con gran temor,
al punto en que se fijen en su disfraz.
— ¿Y de qué se disfraza?
— De interventor.

* * *

Le Breton alegremente
habla con el intendente
y ruge de pronto:
— ¡No!
Ninguno absolutamente
haría lo que hice yo.
En unas cuantas jornadas
mis huestes disciplinadas
lograron triunfar. ¿No es cierto?
Y las gentes, asombradas,
vieron el trust descubierto.
Si, con tacto y energía,
como yo, quisiera un día
cuidar de sus intereses,
Elpidio descubriría
el trust de los cordobeses.

* * *



— A una gorda se abalanza
y empieza a bailar la polca.
Y no parece que danza;
parece que la remolca.

* * *

Era tan insufrible su cinismo
que por poco le rompen el bautismo.
Después se dedicó a la hipocresía
y por poco le matan otro día.
Actualmente, más sabio y cauteloso,
con un cinismo hipócrita es dichoso.

* * *

Dice Molina:
— Yo estoy dispuesto
a demostrarles que el presupuesto
que he proyectado
y he madurado
será el asombro de la nación.
Economista serio y profundo,
no hay en el mundo
sabiduría
como la mía,
aunque lo niegue la oposición,

DIBUJOS DE REDONDO

NUESTRO NUMERO PROXIMO

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: Aguas de fronteras, por **Víctor Juan Guillot**. Yamma Queyomen, por **Joaquín Castellanos**. Los tatetos, por **Horacio Quiroga**. El hombre de la barba verde, por **José Ignacio España**. Pascualito, por **Luisa Sofovich**. El tesoro del judío, por **Enrique M. Rúas**. Julio Herrera y Reissig, por **Ernesto Mario Barreda**. Camino de los paredones, por **Alfonsina Storni**. Enterrando el Carnaval, por **Fausto de Tezanos Pinto**. Carnaval provinciano, por **Gregorio Guzmán Saavedra**. Un juicio, por **Isaac R. Pearson**. Opera simplista, por **Alberto Hidalgo**. La protesta del bicho de cesto, por, **Alberto F. Pezzi**. Apellidos argentinos: **Del Solar**. Su nombre, por **Luis Rubaud**. Homo Duplex, por **Paul Margueritte**. Un sabio, por **Jacinto Octavio Picón**. La fotografía, por **Eusebio Blasco**. El torreón, por **José Martínez Jerez**. La rosa de la Alhambra, por **Wáshington Swing**. Momentos embarazosos, por el dibujante norteamericano, **Charles Dunn**. Las últimas novedades de la moda, para **"Caras y Caretas"**. Piensa y ejecuta, por **Arcadia de Mulbrodh**.